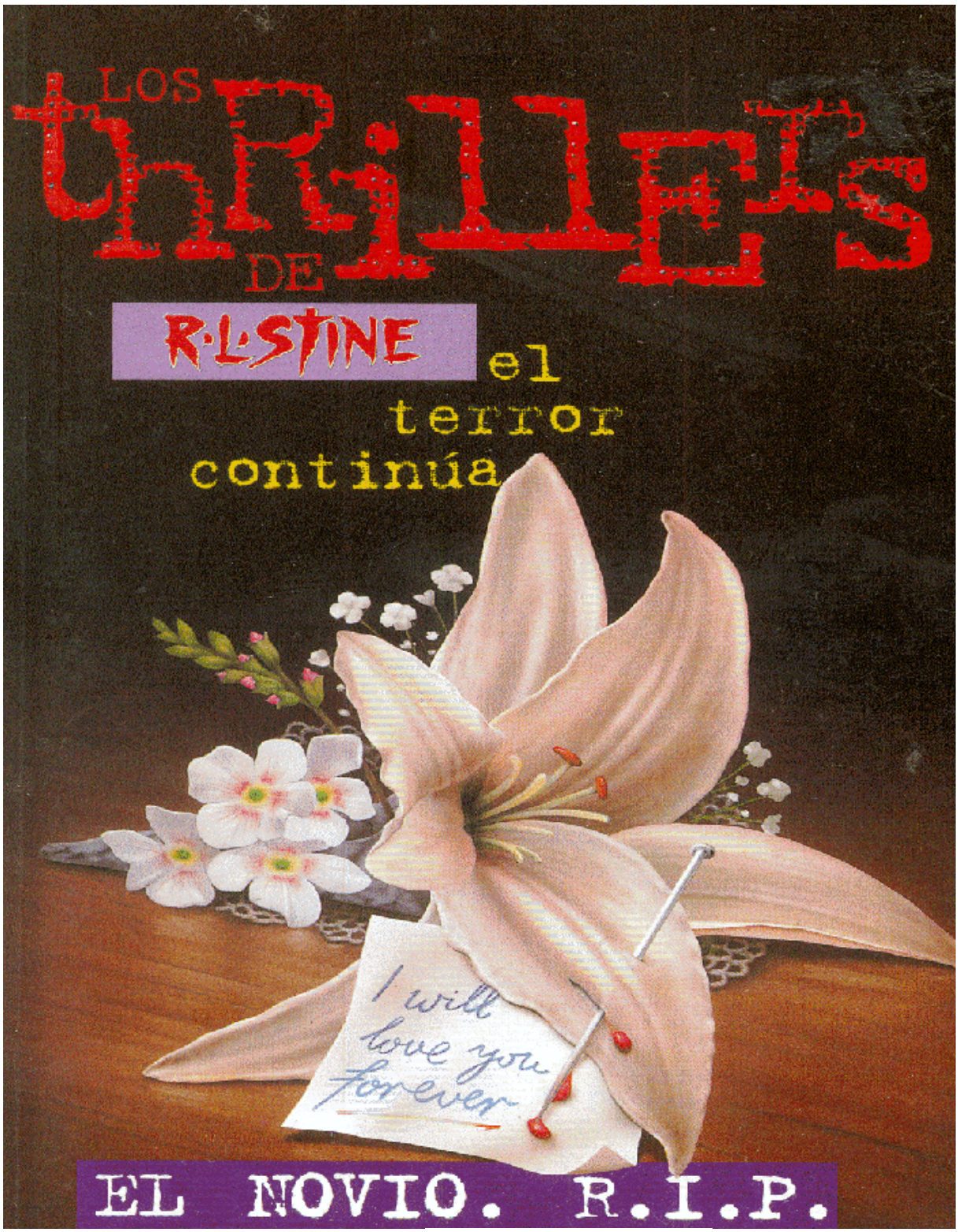
EL NOVIO R.I.P.

R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

«¿Seré capaz de hacerlo?», se preguntó Joanna.

En la superficie comercial intensamente iluminada, contempló la confusión de rostros: compradores cargados de paquetes tirando de niños que miraban los escaparates llenos de colorido; adolescentes que caminaban en grupos de dos o de tres y que empezaban su periplo nocturno de los viernes.

«Claro que sí -decidió Joanna, al tiempo que se le dibujaba una amplia sonrisa en el rostro-. Cuando se me mete algo entre ceja y ceja, siempre consigo lo que me propongo.»

«El ojito derecho de papá.» Así era como la llamaba su padre, Sherman Collier. Ése era su mejor cumplido: «El ojito derecho de papá. Nunca acepta un no por respuesta.»

«Papá me hacía muchos cumplidos», pensó Joanna con amargura, alejándose del lugar de la cita, junto a la librería. Cruzó el ancho pasillo y se detuvo. Era la niñita de papá, toda una Collier.

Claro, se dijo Joanna, cuya sonrisa había desaparecido del todo, que eso no le había impedido marcharse; no le había frenado a la hora de fugarse a Tucson o algún otro sitio por el estilo con aquella pelirroja barata. Su madre se había negado a decirle adónde habían ido.

Desde entonces no había vuelto a tener noticias de su padre, ni siquiera el día en que había cumplido dieciséis años.

Mamá, en cambio, lo había hecho todo bien, pensó Joanna. La pequeña y dócil mamá. Bueno, la verdad es que no fue tan dócil cuando negoció el divorcio. Le debió de sacar a papá hasta el último céntimo, y no eran pocos. Y desde entonces, ambas, mamá y Joanna, vivían como reinas, eran ricas y no tenían que soportar a papá.

Al menos así era para Joanna. El ojito derecho de papá no echaba de menos a papá en absoluto.

Y entonces, ¿por qué se encontraba en una punta de aquella gran superficie comercial viendo entrar a los juerguistas del viernes noche sin poder dejar de pensar en él?

Separaciones. Exactamente por eso. La desintegración de la familia, la ruptura con su novio. Sin embargo, las separaciones no eran tan tristes... En realidad, podían llevar a situaciones mejores.

Pensó en Shep, en su cabello rubio y abundante, en el hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda cuando esbozaba aquella divertida sonrisa ladeada. Se preguntó qué haría Shep esa noche mientras se suponía que ella estaba con Dex.

¿Qué era eso que sonaba por los altavoces? Una vieja canción de Elvis, de los años cincuenta: Don't be cruel.

Joanna tuvo que contener una carcajada. ¿No seas cruel? ¿Y por qué no? El mundo era cruel.

Joanna estaba a punto de hacer algo realmente cruel. Y tenía que admitir que lo estaba disfrutando por anticipado.

Se volvió y se vio reflejada en el escaparate de la tienda de velas. «No está mal», pensó.

Sabía que era hermosa. ¿Por qué tenía que aparentar modestia y fingir que no lo sabía, como las jovencitas de sonrisa boba que aparecían en esas desconcertantes películas de Elvis que Dex le había obligado a ver en la tele?

Poseía el atractivo físico de los Collier. Eso solía decirle su padre, normalmente para lanzarle una indirecta a su madre. Joanna tenía los pómulos prominentes, una nariz recta, perfecta, unos ojos azul pálido siempre muy abiertos, una frente alta y orgullosa, y el cabello rubio, tan suave y liso que incluso si lo llevaba muy corto le quedaba espléndido. La belleza de los Collier. Tal vez por eso Joanna nunca había estado tan unida a su madre como otras chicas. ¿O eso también era una cosa de película estúpida de los años cincuenta?

Su madre siempre había sido muy poquita cosa. Tenía un aspecto tan frágil y tan cómico enfundada en el lujoso abrigo de pieles que llevaba a todas partes con el cuello subido hasta las cejas. Joanna solía reírse para sí. Comprendía que su padre quisiera algo mejor, claro que sí... Rupturas... Sí, aquella noche las rupturas y separaciones no se apartaban de su mente.

Dos chicos delgados de doce años bajaban zumbando por el paseo en monopatín. Uno de los muchachos casi se le echó encima; por suerte, Joanna se apartó de un salto.

-¡Eh, tú! -le gritó, y luego se calló.

Tarde o temprano, la policía del hipermercado los detendría, y ella no quería llamar la atención. Al fin y al cabo, había ido allí para esconderse, para esconderse de Dex; para esconderse de su novio.

Recordó el olor de Dex. Olía a hierba fresca, a flores casi. A jabón.

Casi la entristecía. Casi, pero no del todo.

¿No era ese que estaba al otro lado del pasillo, en su habitual punto de encuentro?

No, era otro chico con vaqueros y camiseta.

Joanna se apoyó en la columna de cemento, con la cabeza contra un cartel que anunciaba un concierto del grupo musical del hipermercado.

¿Qué idiota se desviaría de su camino para entrar allí a escuchar a una banda? No era de extrañar que la gente se interesara más por lo que ocurría en los suburbios. Allí, en Middlewood, todo era tan... vulgar. Joanna tenía intención de trasladarse a Nueva York tan pronto como se graduase. Se apuntaría a una escuela de modelos. Y con su belleza y su fuerza de voluntad... Bueno, ¿quién sabía lo lejos que podía llegar?

Y ésa era una de las razones por las que Dex tenía que marcharse.

Allí estaba por fin. Corriendo hacia la entrada de la librería donde solían encontrarse. Otra vez llegaba tarde.

«Llegará con retraso toda su vida», pensó, sorprendida por su propia amargura. Nunca sería puntual.

Dex se detuvo frente a la puerta abierta y miró a ambos lados, luego pareció más tranquilo. Desde el otro lado de la atestada galería, Joanna notó su alivio.

«Cree que yo también llego con retraso. Qué gracia. Míralo -pensó Joanna con desaprobación, aplastándose contra la columna para que él no pudiera verla-, cómo se viste para salir con una chica. Con esos vaqueros viejos con desgarrones en las rodillas y esa camiseta estúpida. Seguro que ni siquiera está limpia.»

Y sin embargo, olía muy bien, a jabón. Y cuando se quedaban solos, a altas horas de la madrugada, en el asiento delantero del coche de Joanna, él... Bueno, ¿por qué entrar ahora en detalles?

Al fin y al cabo, Joanna le estaba dando esquinazo.

Y lo observaba mientras lo hacía. Se cambió el abrigo de mano y entre tanto, en el otro lado del amplio pasillo, Dex empezó a caminar de un lado para otro frente a la librería. Consultó el reloj, embutió las manos en los bolsillos de los vaqueros y siguió caminando.

«Es bajo», pensó Joanna. ¿Cómo no había notado lo bajo que era? Y los vaqueros le hacían bolsas por detrás.

«Mira lo nervioso que se está poniendo. Dex sabe que yo siempre soy puntual. También sabe que estoy perdiendo interés por él. Y creo que no he sido demasiado sutil a la hora de dárselo a entender. Eres cruel, Joanna -se dijo-. En realidad, es una de tus cualidades más admirables.»

¿De qué manera, si no, sobrevivir en un mundo cruel? Tarde o temprano, Dex tendría que saberlo. Y, ¿por qué no cuanto antes? Le haría bien.

Dex se detuvo. Nervioso, se pasó la mano por el abundante cabello negro.

A Joanna le había gustado tirarle del pelo, recogérselo en la nuca, tirar hasta hacerle daño. En aquellos momentos sólo lo veía grasiento.

«Córtate el pelo», pensó.

«No, Joanna, no te pases. Su cabello te encanta, no lo niegues. Te gusta cómo te hace cosquillas en la mejilla cuando apoya la cabeza en tu hombro y te abraza.

»Ahora no puedo echarme atrás», pensó. Se compuso el suéter azul, aquel que su padre le había regalado porque era del mismo tono que sus ojos. Empezaba a quedarle demasiado estrecho. ¿Por qué se empeñaba en seguirlo llevando?

«No voy a correr a sus brazos, me quedaré aquí viendo cómo se pone nervioso. Me lo estoy pasando de maravilla.»

Se le notaba enfadado. Volvió a caminar arriba y abajo con las manos en los bolsillos. Luego se detuvo y miró hacia el cine que se encontraba al fondo de la galería comercial.

«Romper con un chico es difícil», pensó Joanna. `Qué era aquello? ¿El título de una vieja canción? Bueno, ella ya sabía que con Dex no resultaría fácil. Era tan dramático, tan depresivo, tan teatral...

Dex quería ser actor. Y tenía un atractivo sombrío que lo ayudaba. Se parecía un poco al actor Matt Dillon. La voz también se le asemejaba.

La primavera anterior, Dex había invitado a Joanna a verle interpretar el papel protagonista en la representación de Julio César que había tenido lugar en su instituto, situado en las afueras de la ciudad. Joanna asistió complaciente, aunque se preguntaba si su BMW estaría seguro aparcado frente a aquel edificio de ladrillo. El barrio no tenía muy buena pinta. Cerró el coche y entró en el edificio a toda prisa, sorprendida por el aspecto cutre y descuidado que tenía todo. Hacía tanto que no entraba en una escuela pública...

Dex lo hizo bien. Tenía una voz clara y expresiva, y en el escenario estaba guapo; pero todo lo demás había sido horrible. Los decorados eran casi inexistentes y la iluminación de lo más deficiente.

Al terminar, Dex estaba muy excitado, se hallaba en la gloria. Joanna le dijo lo bueno que era, pero al mismo tiempo lamentaba que su tía no pudiera permitirse mandarlo a un instituto privado como Landover, al cual ella asistía. De ese modo sus ambiciones artísticas quizá se hicieran realidad.

Su tía, sin embargo, no tenía dinero. De entrada, nunca había querido ser la tutora de Dex; en realidad ni siquiera le importaba si su sobrino iba o no a clase. Vivía encerrada en su mundo gris y solitario.

«Un mundo que no me gustaría ver ni de lejos», pensó Joanna, observando a Dex desde el otro lado del pasillo. Doschicos a los que no había visto nunca se detuvieron a hablar con él. Ambos rieron, pero Dex permaneció impasible; seguía buscándola con los ojos.

«Esa ansiedad ayudará a Dex en su carrera artística -pensó Joanna-. Angustia. Un actor necesita angustia en su vida para poder sacarla mientras actúa, ¿no?»

Heartbreak Hotel[1]. ¿No era ése el título de una canción de Elvis?

«¿Por qué no puedo quitarme a Elvis de la cabeza? -se preguntó-. ¿Será porque Dex se parece un poquito al joven Elvis, al Elvis de esas películas? ¿Por eso le gusta tanto mirar esas pelis viejas?»

Había llegado el momento de volver a casa, decidió Joanna de repente, volviéndole la espalda. Luego se dirigió hacia la puerta que llevaba al aparcamiento.

«Todo esto es tan mezquino... -pensó mientras se alejaba-. Entonces, ¿cómo es que tengo tantas ganas de reír?»

2

[1] *En inglés «angustia, congoja». (N. de la T.)*

-¿Y así que te quedaste allí mirándolo?

Al formular la pregunta, la voz de Mary se elevó unas octavas.

Joanna se apartó el teléfono del oído antes de que aquella voz aguda le hiciera daño. Se imaginaba a Mary tumbada en la cama boca abajo, de codos y con una expresión de asombro en el rostro angelical.

-Sí... Resultó muy interesante -dijo Joanna. Sabía que aquello provocaría la reacción de su amiga.

-¿Interesante? -repitió Mary-. ¡Oh, Joanna, qué bien!

Mary era siempre tan amable, tan dulce, tan angelical, que a Joanna le encantaba sorprenderla, conmocionarla y conseguir que alzara la voz.

En el otro extremo de la población, Mary, tumbada en la cama tal como Joanna la había imaginado, con una camisa de hombre que le quedaba enorme y que utilizaba como camisón, miró el teléfono, como queriendo preguntar: «¿He oído bien?»

El cabello castaño le caía en abundantes rizos hasta los hombros y todavía lo tenía mojado de la ducha.

Se estremeció, pero supo que era Joanna la que la dejaba helada.

«¿Cómo puede ser amiga mía esta persona?» La pregunta destelló unos instantes en su mente; luego pensó cómo era posible que Joanna hubiese cambiado tanto.

Eran amigas desde la escuela primaria... Cuando la familia de Mary se marchó de Middlewood para instalarse en la zona de Westside, menos selecta, la amistad se había mantenido, sobre todo por teléfono.

Joanna siempre había sido un poco esnob, reconoció Mary. Y ese instituto privado tan elitista al que asistía había contribuido a potenciar esa pose. Pero era una chica lista, y divertida, y tan bonita, y tan buena amiga... Era alguien con quien siempre podías hablar, alguien en quien confiar y a quien contárselo todo.

Entonces, ¿cuándo se había vuelto tan fría, tan mezquina? ¿No habría sido todo el tiempo así y ella no lo había notado? No, decidió Mary, mientras Joanna continuaba murmurándole palabras al oído.

No, Joanna había cambiado. Desde el divorcio de sus padres, tal vez.

-Tendrías que conocer a Shep, en serio -decía Joanna-. Me parece que te gustaría de veras. Es muy guapo y...

- ¿Va al Landover? -preguntó Mary.

-Sí, este año acaba. Ya lo han aceptado en Yale. En su familia todos van a Yale.

- Muy bien -dijo Mary, que no sabía cómo seguir-. Lo que pasa es que estoy tan... tan sorprendida. De veras. Yo pensaba que Dex y tú íbais en serio...

-Sí -convino Joanna-. Demasiado en serio, y eso no ha sido bueno para ninguno de los dos.

-¿Qué quieres decir, Joanna?

-Quiero decir que Dex no tiene dinero ni nunca lo tendrá -respondió Joanna, hablando muy deprisa, como siempre que estaba muy excitada-. Le tengo cariño, por supuesto, pero una persona también tiene que ser práctica.

-¿Práctica? -Mary estaba pasmada, más por el tono de voz de su amiga que por otra cosa. Hablaba con tanta dureza, con tanto desapego... como si se refiriera a un desconocido.

-Pienso en ambos -dijo Joanna, que no quería parecer tan a la defensiva como estaba-. Mira, ¿cómo crees que se siente Dex cuando yo lo llevo siempre de aquí para allá con mi BMW?

-Pues no creo que le importe -replicó Mary con aspereza. Luego añadió-: Yo creo que a Dex no le importaría ir en autobús de vez en cuando.

-Sé realista -dijo Joanna tras una carcajada-. ¿Cómo quieres que yo tome el autobús si tengo un BMW de cuarenta mil dólares en el garaje?

No era la primera vez que mencionaba lo que valía el coche, pensó Mary, echándose hacia atrás el cabello mojado.

-¿Y Shep? ¿Qué coche lleva? -quiso saber Mary, incapaz de disimular el sarcasmo.

-Tiene uno de esos Cabriolet descapotables tan guays -respondió Joanna-. Rojo, con la capota blanca.

«¿En qué se habrá fijado primero? -se preguntó Mary-. ¿En Shep o en el coche? -Luego se reprendió por empezar a pensar con la misma frialdad que Joanna-. Esto no es más que un papel que Joanna está representando. No quiere admitir lo mal que se siente por romper con Dex; seguro que ni siquiera está dispuesta a admitirlo. Y por eso escenifica este personaje cruel, para fingir que es muy dura.»

-¿Estás segura de lo que haces? -le preguntó Mary a su vieja amiga-. Dex está loco por ti.

-Sí, tienes razón, está loco, pero no sólo por mí. Está loco de remate -dijo Joanna con un suspiro-. ¿Sabes qué ha hecho últimamente? Cada noche coge el autobús que atraviesa toda la ciudad y entra en mi dormitorio por la ventana sólo para hablar conmigo.

-Qué romántico, ¿no? -dijo Mary, que intentaba no parecer celosa.

-¿Estás loca? Si se entera mi madre me castigará sin salir un mes.

«Y ese BMW de cuarenta mil dólares se quedará en el garaje», pensó Mary.

-Dex es demasiado melodramático, demasiado teatral para mí -prosiguió Joanna-. Es... -Se oyeron unos chasquidos en la línea-. No cuelgues, Mary. Tengo otra llamada.

El teléfono se quedó mudo. Mary se sentó y frunció el ceño. Dejó el receptor sobre la cama y fue al baño a buscar una toalla para secarse el cabello.

-¿Hola? -preguntó Joanna con voz alegre. Sabía muy bien de quién se trataba-. Ah, hola Dex.

-«Manténte tranquila», se dijo.

-Eh, todavía estoy en el centro comercial. -Parecía muy triste. Joanna se imaginó la expresión de su rostro, con las cejas morenas fruncidas sobre los ojos. Seguramente se mordía el labio inferior, como solía hacer a menudo.

-¿Qué? ¿Dónde dices que estás? -se felicitó por parecer tan inocente.

-Pensaba que habíamos quedado en encontrarnos, Joanna. Teníamos que vernos a las...

-Ja, ja -rió ella. Sabía que la risa lo enfurecería de veras-. ¡Oh, Dios mío! Se me había olvidado por completo. Silencio en el otro extremo del hilo telefónico.

Más silencio.

Un chasquido y volvió a oírse el tono de marcado. Joanna escuchó el zumbido unos segundos y luego recordó que Mary esperaba en la otra línea.

-Hola, Mary, ya estoy aquí. Adivina quién era. Dex.

- ¿Y qué te ha dicho? -preguntó Mary, sentada en la cama y con la toalla enrollada en la cabeza.

-No mucho. Le dije que me había olvidado de nuestra cita -respondió Joanna con una risita.

-No puedo creer que seas tan mezquina. ¿Por qué juegas con él de esa manera, Joanna? ¿Por qué no le dices de una vez que no quieres verlo más?

- Vamos, Mary -se burló Joanna-. Es más divertido hacerlo sufrir un tiempo.

-No... no hablarás en serio, ¿verdad?

-No, en realidad, no. -Joanna no sabía si hablaba en serio o no. Le sorprendió la indiferencia que sentía hacia Dex, lo poco que le importaba.

Al fin y al cabo, creía haberse enamorado de él, pero en aquellos momentos veía que no lo amaba y en el fondo tenía que admitir que le gustaba hacerlo sufrir.

-Se lo diré de inmediato -le aseguró a Mary-, pero ya sé lo dramático que se pone. Me montará un buen numerito. Seguramente representará el tercer acto de Macbeth en la sala de casa y nos hará llorar a todos.

«Qué fría es -pensó Mary de nuevo-. Creía que lo amaba y veo que me ha engañado; nos ha engañado a todos.»

-Me parece que será más fácil desengañarlo poco a poco, insinuarle cosas de una manera sutil, ya sabes. Luego, quizá, dejarme ver con Shep. De ese modo empezará a comprender.

-Joanna... en serio. No puedes hacerle eso a Dex.

-Ya lo verás -repuso Joanna, al tiempo que admiraba el esmalte rojo de sus uñas.

-Quizá sería mejor que cambiáramos de tema -sugirió Mary-. Siempre hemos sido sinceras la una con la otra, Joanna, pero esta vez...

-Tienes razón, tal vez sería mejor cambiar de tema -rió Joanna, aparentando desinterés; pero incluso a ella misma su voz le sonó falsa.

Unos instantes de silencio.

-¿Ya te has comprado la chaqueta de invierno que querías? -preguntó Mary al cabo de unos instantes-. ¿La de cuero con la capucha de piel?

-Oh, la verdad es que había dos que me gustaban -respondió Joanna-, y como no fui capaz de decidir cuál me quedaba mejor, me compré las dos.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. A Joanna le pareció que su amiga contenía una exclamación. Disfrutaba asombrando a Mary. Era una chica muy sencilla y dulce y por eso resultaba fácil sorprenderla.

-Soy una mimada. Qué asqueroso, ¿no? -le preguntó Joanna.

-Sí -se apresuró a responder Mary-. Desde luego que sí.

-Eh, me parece que oigo a mi madre por el pasillo otra vez. Siempre tiene problemas para dormir. Creo que será mejor que cuelgue.

-Muy bien. Nos vemos pronto -dijo Mary.

-Te llamaré mañana. -Joanna desconectó el teléfono inalámbrico y volvió a ponerlo en su soporte, encima de la mesa. Suspiró hondo y se desperezó. Se sentía de maravilla.

Oyó los pasos callados de su madre alejarse por el pasillo. «Pobre mamá, está siempre tan nerviosa, tan inquieta...»

Movida por un impulso, Joanna cogió de nuevo el teléfono y buscó el número de Shep en su agenda.

«¿Lo llamo? ¿Y por qué no?»

El teléfono sonó cuatro veces antes de que alguien lo cogiera. Silencio.

-¿Shep? ¿Hola? -Alguien bostezó audiblemente-. ¿Shep? ¿Eres tú?

-Sí. ¿Quién es?

-Soy yo, Joanna. ¿Te he despertado?

-No. -Otro bostezo-. Bueno, sí. Hola, ¿qué hora es? Hablaron confusamente unos instantes, pero Shep no tardó mucho en despertarse.

-Me sorprende que sea viernes y no hayas salido -le dijo Joanna con frialdad.

- No, me quedé en casa por si tú llamabas -se burló Shep.

«Tiene sentido del humor. Eso me gusta», pensó Joanna. Decidió seguir adelante y proponerle salir juntos.

-¿Tienes algo que hacer el sábado por la noche?

- No, creo que no. No, en realidad no. -Shep parecía un poco asombrado por lo directa que había sido Joanna.

-¿Quieres que vayamos al cine o algo?

- Yo preferiría «algo» -bromeó. Y luego añadió-: Eh, pero ¿tú no salías con ese chico que vive en la otra punta de la ciudad?

-Oh, no -se apresuró a responderle Joanna-. No exactamente.

- ¡Bien! -exclamó él con repentino entusiasmo. Joanna imaginaba su cabello rubio y ondulado y sus mejillas redondas que le hacían parecer tan crío. Seguro que se había ruborizado; se ruborizaba constantemente, sin que hubiera motivo para ello-. Bien, pues nos veremos el sábado.

-Sí -convino Joanna-. Nos veremos el sábado. Media hora más tarde, bajo las mantas, aún revivía la conversación mientras contemplaba las sombras de los árboles del jardín que se movían en las paredes de su dormitorio.

No haría ni una hora que se había dormido cuando la despertó un estrépito.

Se incorporó despacio al tiempo que contenía una exclamación.

Enmarcado en la pálida y amarillenta luz de la luna, Dex se colaba por la ventana del dormitorio. Con aquella luz, su piel parecía verde y la expresión de su rostro era rarísima.

-Dex, ¿qué quieres? -le preguntó Joanna con la voz entrecortada.

3

Permaneció junto a la ventana, enmarcado en la luz fantasmal de la luna; mientras recuperaba el aliento, la miraba fijamente en la oscuridad de la habitación.

Joanna se subió la sábana de satén hasta la barbilla para protegerse.

-¿Qué haces aquí, Dex? -se dijo que aquello era el final. Aquellas visitas de madrugada tenían que terminarse.

-Hace una noche muy bonita -dijo él, sin dejar de mirarla y secándose las manos en los pantalones. Subir por el árbol hasta el segundo piso de la casa de Joanna no era empresa fácil.

-¿Y bien?

-Pues que vengas. -Su famosa sonrisa destelló. Incluso en la semioscuridad era una sonrisa fabulosa, triunfal-. Coge el coche, iremos a dar una vuelta.

- ¿Qué? ¿Estás loco?

-Sí -rió Dex. Empezó a caminar hacia ella.

-¿Cómo has llegado hasta aquí, Dex?

-Volando.

-Seguro que has bebido.

-Bueno, me he tomado un par de refrescos mientras te esperaba en el hipermercado. Vamos, vístete. -Joanna había dejado los vaqueros en una silla, junto a la cama. El los cogió y se los tiró.

-¿Has venido en autobús? -le preguntó ella, haciendo caso omiso de los pantalones-. ¿Tu tía sabe que te escapas de noche?

-No sé si lo sabe -respondió Dex-. No hablamos demasiado.

- Bueno, la verdad es que no creo que...

-No pierdas más tiempo -dijo él, caminando impaciente de un lado a otro del dormitorio.

Joanna volvió a verlo en las galerías, andando del mismo modo y con aquel aspecto tan infeliz.

-Vístete, vamos a dar una vuelta. Hagamos algo excitante, algo que nadie más sepa que estamos haciendo. Atreverse a vivir, ¿sabes lo que quiero decir?

-¿Eso es de una obra de teatro?

-Pete ha venido conmigo -respondió él, pasando por alto su sarcasmo-. Nos espera fuera.

A Joanna el amigo de Dex le caía bastante mal. Con aquel pelo corto de punta, el diamante en la oreja y música heavy metal machacando siempre en el walkman, era tan poco adulto... ¿Qué intentaba demostrar? ¿Que era audaz o qué?

Joanna miró a Dex. La luna iluminaba sólo la mitad de su rostro y la otra mitad no se veía.

«¿Qué era lo que yo quería demostrar saliendo con Dex? -se preguntó-. ¿Que soy audaz? ¿Que no soy la que soy? Sí, claro, es muy guapo, y es excitante estar con él en un cierto sentido, por su locura. Pero es de clase baja, no es de los míos. Dex ha representado mi fase de rebelión adolescente -decidió con repentina seguridad-. Eso es. Él ha sido una fase que he tenido que superar. Todos los adolescentes pasan por una etapa de rebeldía, ¿no?»

-Vamos, Joanna, Muévete. Estamos perdiendo el tiempo. ¿En qué estás pensando?

-En nada -respondió ella.

-Bueno, vístete. Pete nos espera. Iremos al Promontorio. Será muy hermoso. -Dex vio que ella empezaba a levantarse-. Sólo unos minutos, sólo para poder decir que lo hemos hecho.

Bueno -accedió ella. Cuando él le suplicaba de aquel modo, como un niño perdido en el bosque, nunca podía negarle lo que pedía.

-Y yo te prometo que no volveré a venir nunca más a estas horas de la noche. ¿De acuerdo?

- ¿Me lo prometes?

-Bueno... No vendré muy a menudo. -Rió, confiando en que Joanna lo haría, pero se detuvo de repente al ver la dura expresión de su rostro-. ¿Qué te pasa?

-Nada, todo... -le respondió, sabiendo que aquélla sería la última vez que cedería, que se apuntaría a aquella loca escapada a los acantilados en plena noche.

- Te he esperado dos horas en el centro comercial. Vamos, estás en deuda conmigo.

-¿Que estoy en deuda contigo? -Joanna rió-. Bueno, entonces supongo que no tengo alternativa. -Se volvió y puso los pies en la gruesa alfombra-. ¿Te importa volverte de espaldas mientras me visto?

-Eh, Jo, ¿desde cuándo eres tan recatada? -se burló Dex.

«Uf -pensó Joanna-. Es tan inmaduro... ¿Qué vería yo en él?»

Se dijo que era la última vez que iba a algún sitio con Dex. Se enfundó los vaqueros y luego revolvió en el cajón del tocador en busca de un suéter.

- Para ser octubre, hace mucho calor -dijo él.

-Ahórrame el parte meteorológico -le cortó ella en tono arisco. Joanna no había advertido que Dex estaba a sus espaldas. Le pasó los brazos por la cintura, la volvió hacia él y la besó, primero con precaución y luego con más intensidad.

«Tiene sus buenas cualidades», pensó Joanna, devolviéndole el beso. Después, lo apartó de un empujón y dijo:

-Vamos, Pete está esperando, ¿lo has olvidado?

-A Pete le gusta esperar -respondió Dex abrazándola de nuevo

Dex olía tan dulce, tan a jabón... Joanna lo besó de nuevo. No, aquello era una locura.

-Vamos, sacaré el coche. -Se apartó de él y salió al pasillo. Cogió la chaqueta y salieron a hurtadillas por la puerta principal.

Pete esperaba en la calzada de acceso a la casa, con los auriculares del walkman en las orejas, como siempre. La luz de la luna resaltaba la fealdad de su cutis. Llevaba una cazadora ligera con cierre de cremallera y el cuello levantado. Al ver a Joanna, sonrió.

Ella lo saludó con la mano y entró en el garaje, poniéndose la chaqueta. Una vez sentada tras el volante, suspiró hondo. El cuero olía tan bien... Puso el coche en punto muerto y Dex y Pete lo empujaron hacia atrás por la calzada, porque Joanna sabía que si lo ponía en marcha en el garaje su madre se despertaría. Aquélla no era la primera vez que los tres salían a dar una vuelta en plena noche.

«Pero será la última», pensó mientras Dex se sentaba a su lado sonriendo excitado y Pete doblaba sus largas piernas en el asiento trasero. Puso el coche en marcha y se dirigió hacia los altos acantilados de la salida de la ciudad conocidos por todo el mundo como el Promontorio.

A ambos lados de la calle las casas estaban a oscuras y no circulaba ningún otro coche.

-Pon la radio -dijo Pete al tiempo que se recostaba en el asiento-. La Z190. Ahora dan La hora de los maníacos del heavy metal.

-Para nada, tío -dijo Dex, abriendo la ventanilla para que entrara el aire frío-. Escucharemos esto: el silencio. Escucha. ¿No es hermoso?

Miró a Joanna que tenía la vista clavada en la carretera, en la línea blanca central que se curvaba ligeramente. Estaba más cansada de lo que creía y conducir exigía toda su concentración.

Dejaron atrás las casas y llegaron al campo. El Promontorio era un lugar de encuentros de adolescentes muy popular en Middlewood, pero a aquella hora estaría desierto.

Un gran camión hizo sonar el claxon mientras los adelantaba y Joanna se sobresaltó. Agarró el volante con fuerza y tomó la carretera hacia el Promontorio, que era más bien un camino de grava. La luna se había escondido tras unas nubes y los árboles susurraban y se agitaban en la oscuridad.

-¡Qué guay! -gritó Dex exultante por la ventana abierta, mientras el coche corría sobre la grava.

-¿No puedes cerrar esa ventana? Me estoy helando -se quejó Joanna.

Se volvió y la miró, sorprendido de que no hubiera captado la esencia de las cosas.

-Eh, alegra esa cara -le dijo-. ¡Esto es realmente fantástico! ¡Ju, ju!

Joanna no replicó. Cuando el camino se terminó de repente ante una valla de troncos, detuvo el coche. Unos cuantos metros por detrás de la valla, descollaban los altos acantilados de granito desde donde se dominaba toda la ciudad.

Dex se apeó y profirió una exclamación al ver el cielo.

-¡Eh, se te ha olvidado cerrar la puerta! -le gritó Joanna enfadada; pero él no la oyó. Corría y saltaba hacia el borde del acantilado. Mientras, Pete se apeó de la parte trasera moviéndose al ritmo que salía de sus auriculares.

Joanna se quedó con las llaves en la mano sin saber si cerrar el coche, pero enseguida decidió que era una estupidez. Allí arriba, a las tres de la madrugada, no habría otro loco como ellos.

Caminó hacia el otro lado del coche y notó la tierra blanda y mojada bajo las zapatillas deportivas. Cerró la puerta de Dex, se metió las llaves en el bolsillo de la chaqueta y empezó a avanzar hacia la valla, siguiendo los pasos de Dex.

-Uf, aquí arriba hace mucho más frío -se quejó, arropándose con la chaqueta para protegerse de una fuerte ráfaga de viento.

-¡Es increíble! -gritó Dex, que era una sombra oscura recortada contra el cielo negro-. ¡Ven aquí! ¡Mira!

Joanna se estremeció. ¿Era de frío? ¿O era debido al borde del precipicio? Siempre había tenido problemas con las alturas.

-Mira, toda la ciudad -dijo él tras tomarla de la mano.

-Está todo oscuro -comentó Joanna sin entusiasmo-. Las personas listas están durmiendo.

-Estás muy susceptible esta noche -dijo Dex en voz baja, al tiempo que la tomaba por la cintura y pegaba el rostro al suyo.

-Hace demasiado frío. Pensaba que la temperatura sería más agradable.

-Yo te daré calor. -Estrechó su abrazo.

Joanna se volvió en busca de Pete. Estaba sentado en una roca, a unos metros de distancia, mirando el oscuro valle que se extendía ante él sin dejar de seguir el ritmo de la música que sonaba en sus oídos.

«¿Qué estoy haciendo aquí con ellos? -pensó Joanna mientras una ráfaga de viento la empujaba hacia el borde del acantilado-. ¿Por qué no estoy en mi cama durmiendo, como las demás personas cuerdas de la ciudad?»

Se imaginó a su madre recorriendo los pasillos, incapaz de dormir. ¿Y si se le ocurría entrar en su cuarto y descubría que no estaba? Joanna se estremeció. «Me machacará. No me dejará apartarme de su lado hasta dentro de diez años. Y entonces no podré salir con Shep el sábado por la noche...»

-¿Eh, Dex? ¿Qué estás haciendo? -preguntó con voz entrecortada. El chico estaba en el mismísimo borde del precipicio, como un avestruz, con una pierna levantada.

-Lo hago para llamar tu atención -respondió-. Pareces otra, esta noche.

- ¡Dex! ¡Para, me da miedo!

-Muy bien -gritó él-. Por fin he logrado que me hagas caso. Y ahora, mi siguiente numerito será... -Había empezado a saltar arriba y abajo sobre un solo pie y con la otra pierna extendida en el aire, a su espalda.

- ¡No, por favor, para! ¡Te vas a caer!

Y mientras Joanna decía esas palabras, Dex resbaló y cayó al precipicio.

4

El cielo se tiñó de negro, la tierra empezó a girar.

-¿Dex?

Joanna cerró los ojos y pensó que cuando los abriera de nuevo, Dex estaría ante ella, apoyado en un solo pie y saltando junto al borde del precipicio.

Sin embargo, cuando los abrió, todo era oscuridad.

-¿Dex?

Fue como si el corazón le hubiera dejado de latir y no sabía seguro si podía respirar. Se acercó al borde del acantilado pero estaba demasiado aturdida.

-¿Dex?

Él asomó la cabeza sonriendo de oreja a oreja.

-¡Lo he conseguido! -gritó.

Joanna lo miró boquiabierta, incapaz de pronunciar una palabra.

-¿Me ayudas a subir? -le preguntó él.

-Eres... eres...

-Era un truco. -Apoyó las manos en la roca y se aupó cogiendo impulso-. Ahí abajo hay un pequeño saliente. Te he engañado, ¿eh? -La miró expectante.

-Estás majara -murmuró enfadada; el corazón empezaba a latirle de nuevo.

-¿Ves? Me quieres de veras -dijo riendo.

-Esto no ha tenido gracia, Dex.

-No tenía que tenerla -replicó él, al tiempo que se ponía a su lado y se sacudía el polvo de los pantalones-. Supongo que ha sido más como un número teatral.

Ella se alejó con una mueca de hastío.

- ¡Eh! ¿Qué pasa? -le preguntó acercándosele-. A ti siempre te han gustado mis actuaciones.

-¡Pues ésta no!

-Eh, ¿qué pasa? -gritó Pete en la oscuridad. Había encendido un cigarrillo y lo único que se veía era la brasa.

- ¿Te lo has perdido? -gritó Dex decepcionado.

-¿El qué?

-No, nada -se apresuró a responder Joanna. Ya no estaba preocupada o asustada.

La ira había barrido esos sentimientos. ¡Qué truco tan estúpido!

-¡Eh, mira! -chilló Dex-. ¡Te lo enseñaré!

Pete se puso en pie para ver mejor y una ráfaga de viento los golpeó a los tres.

- ¡No lo hagas! -gritó Joanna. Se volvió y empezó a caminar hacia el coche-. Me voy. ¿Venís conmigo?

- Un momento -dijo Dex-. Tengo que hacer mi número para Pete. Mira con atención...

-¡No! ¡No, por favor! -insistió Joanna-. Mira, Dex, la primera vez no ha sido divertido, ha sido horrible. Si lo haces de nuevo no volveré a hablarte nunca.

-La segunda vez te gustará más -dijo Dex, mirando si Pete le prestaba atención.

-¡Te lo advierto, Dex! -Joanna siguió acercándose al coche. Tenía los zapatos de lona empapados, tenía frío y se sentía incómoda-. ¿Vienes?

Se volvió y vio a Dex de nuevo junto al borde del precipicio, haciendo equilibrios sobre un solo pie.

-¡Tata! -gritó con una sonrisa de júbilo en el rostro. La sonrisa se desvaneció de repente y Dex abrió desmesuradamente los ojos, horrorizado.

Joanna advirtió su cambio de expresión. Entonces miró hacia abajo y vio por qué.

Una larga lancha de piedra se estaba desmoronando detrás de él; el borde del acantilado cedía bajo sus pies.

-¡No! ¡No!

Dex alzó desesperadamente los brazos para intentar agarrarse al extremo de la piedra pero ésta se deshizo entre sus manos.

-¡No! ¡Dex!

Su cabeza desapareció y después lo hicieron sus manos. Joanna oyó que el cuerpo golpeaba contra las piedras.

-¡No! ¡Dex!

Lo oyó gritar hasta llegar al fondo y luego escuchó un crujido, como de cascar huevos.

Aquello no era una broma, no era un número teatral. Era real, era una muerte.

Joanna ni siquiera advirtió que había echado a correr hasta que llegó al coche.

Oyó que Pete la llamaba con una voz aguda y aterrorizada, pero Joanna era incapaz de pronunciar una palabra más alta que la sirena de su pánico. La sirena lo ahogaba todo, parecía resonar en sus oídos, muy fuerte, insoportablemente alta.

No podía pensar, no podía oír. ¿Era Pete quien la llamaba? ¿Estaba ella huyendo? ¿Se estaba metiendo en el coche y buscaba las llaves en el bolsillo de la chaqueta?

-Joanna! ¡Vuelve!

La chica no oía nada. La sirena se había apoderado de todo su cerebro.

-¡Tenemos que ayudarlo, Joanna! ¡Vuelve! ¿Qué decía? ¿Que volviera? Pero ¿cómo?

Si se quedaba, su madre descubriría que había salido y se enteraría de todo; la ciudad entera sabría lo que había hecho. ¿Cómo iba a quedarse?

Su madre le quitaría el coche, las tarjetas de compra. Se lo quitaría todo...

¿Por Dex?

¿Quedarse y arruinarse la vida por Dex?

Se habría quedado... si ya no fuese demasiado tarde. Pero lo había oído caer; había oído el horrible golpe de su cuerpo contra el fondo del precipicio.

Quizás aquel sonido la acompañara el resto de su vida. «Imposible, Dex, imposible.» Pobre Dex, estaba muerto.

-Joanna! ¡Vuelve! ¡Tenemos que ayudarlo, tenemos que salvarlo!

-¿Ayudarlo? ¿Era eso lo que Pete decía?

La sirena sonaba demasiado fuerte, era abrumadora. «Si conduzco muy deprisa, tal vez se calle», pensó.

El coche ya estaba en marcha atrás y ella había empezado a retroceder, alejándose de la valla.

«Imposible, Dex, imposible. No puedo arruinar mi vida por ti y, de todas formas, yo iba a romper contigo. ¿No lo entiendes? Tú no eres la persona adecuada para mí, no eres de mi clase. ¿No lo comprendes?»

Los neumáticos chirriaron mientras ella pisaba el acelerador y el coche empezó a correr por la gravilla, levantando una nube de pequeñas piedras a su paso.

«¿Perder el coche? ¿Perder la reputación?»

El rostro de Shep destelló en su mente. Le gustaba tanto, se le veía tan centrado...

«Lo siento, Dex. Iré a pedir ayuda, no te abandono. Voy en busca de ayuda.»

Y era eso lo que iba a hacer. Tan pronto como llegase a casa, marcaría el 911. Les diría que corrieran al Promontorio. Y a fin de cuentas, sería ella la que habría salvado a Dex.

No huía de él, iba a buscar ayuda, y al advertirlo, empezó a sentirse mejor. El volumen de la sirena había descendido y había quedado reducida a un lamento persistente.

«Voy a buscar ayuda, voy a buscar ayuda -pensó-. Pete lo comprenderá.»

Los neumáticos chirriaron de nuevo cuando enfiló la carretera que llevaba a la ciudad y advirtió que corría demasiado.

«Pero tengo que ir muy deprisa, tengo que ayudar a Dex tan pronto como llegue a casa, lo antes posible.»

No vio el camión hasta que fue demasiado tarde.

Primero percibió los destellos y se preguntó por qué, de repente, estaba envuelta en luz; ésta se hizo cada vez más intensa: eran los faros de un camión.

El vehículo dio un bandazo, pero la carretera era demasiado estrecha y no pudo evitarla.

Cuando Joanna comprendió que iba a chocar de frente, era demasiado tarde para reaccionar.

Las luces se intensificaron y la rodearon por completo. Todo resplandecía.

Entonces la sirena quedó ahogada por un ruido de cristales rotos y metal aplastado. Y las luces dieron paso a la oscuridad.

5

La negrura se aclaró y todo se volvió de un gris borroso, como sombras en una niebla oscura, como grandes nubes densas. Luego, nada.

Joanna abrió los ojos. La habitación era una mancha confusa, un borrón indistinto, cálido y silencioso, totalmente silencioso.

«El silencio es ensordecedor», pensó.

Entonces advirtió que estaba despierta y que la habitación que, poco a poco, cobraba forma, era la suya. Feliz, reconoció la luz que entraba por la ventana abierta y las sombras de los árboles en el familiar empapelado de la pared y los dos grabados de Picasso colgados sobre la librería, junto al escritorio.

Estaba en casa, sí, en casa.

Levantó la cabeza con cautela, luego el brazo derecho y después el izquierdo. Estiró las piernas.

«No me he hecho daño, estoy bien», pensó.

Se apresuró a sentarse, bostezó; tenía que haber sido un sueño. No. El camión había sido un sueño, esos faros y aquella luz cegadora no eran reales. El accidente no había sido real, nunca había ocurrido.

«Estoy bien.»

Apartó la colcha y las sábanas de satén v se dispuso a bajar de la cama, pero un movimiento junto a la ventana la detuvo. ¿Habían sido las cortinas? No, claro que no. Entonces oyó unos crujidos en una de las fachadas laterales de la casa y luego un golpe sordo y apagado.

«Qué raro. -Se subió la sábana de nuevo-. ¿Por qué está abierta la ventana en pleno mes de octubre?»

Había otras cosas que la asombraban y el silencio era una de ellas. Salvo por los mortecinos golpes de fuera, todo estaba misteriosamente silencioso.

¿Dónde estaba su madre? ¿Por qué no estaba junto a la cama, esperando a que despertase?

«Porque no ha habido ningún accidente -se dijo-, por que todo ha sido un sueño.»

Una forma oscura llenaba la ventana; se movía deprisa, con esfuerzo, para entrar en la habitación: primero una pierna, luego un brazo, después la otra pierna. Toda la silueta quedó iluminada por la luna.

-¡Dex! -gritó Joanna.

-Chist. -Se llevó un dedo a los labios. Sus ojos brillaban como el azabache.

-¡Estás bien, Dex! -pensó-. ¡Y yo también! ¡No nos ha pasado nada a ninguno de los dos!»

-Hace una noche muy hermosa -susurró él, con una sonrisa que caldeó la habitación-. Vamos, vístete, iremos a dar un paseo.

-¿Un paseo?

Joanna se preguntó qué hora sería, de qué día, y cómo había llegado hasta la cama.

Tenía que recordarse a sí misma que no se había movido de la cama, que todo había sido una terrible pesadilla.

-De acuerdo -asintió Joanna, que se apresuró a levantarse. Su cuerpo era muy ligero, y cuando se acercó al armario en busca de unos pantalones y un chándal, le pareció que flotaba.

-Deprisa -susurró Dex, excitado y contento.

Joanna se vistió en un instante, se acercó a la puerta y luego se detuvo, dudando. Se acercó a Dex, lo cogió por el brazo y lo pellizcó con fuerza.

Era real, era de verdad, estaba allí.

-¿Qué te pasa? -preguntó él, riendo.

-Nada -respondió ella. «¿Para qué complicarse?»

Se recordó, además, que había decidido romper con él, no verlo nunca más. «Tendré que decírselo. No será fácil, pero tendré que hacerlo. Tal vez se lo diga durante el paseo.»

Salieron y empezaron a correr. Con el aire frío en la cara, hacer ejercicio sentaba de maravilla. Joanna apretó el paso, dejando atrás a Dex.

-¡Eh! ¡Espera!

«Siempre irá por detrás -pensó Joanna-. Nunca será capaz de estar a mi altura.»

Había mucho silencio, un silencio casi palpable.

Debía de ser muy tarde ya que no circulaba ningún coche y las casas estaban a oscuras. El viento soplaba pero los árboles no se movían Las hojas secas, esparcidas por el suelo, estaban quietas como si las hubieran pegado al asfalto.

Todo era muy extraño y Joanna aceleró el ritmo de la carrera.

-¡Eh! -gritó Dex, unos cuantos metros por detrás de ella.

Pero Joanna no se volvió, el ejercicio físico le estaba sentando muy bien.

-¡Eh!

Finalmente Joanna se volvió, pero sin aminorar el paso. Corría muy deprisa y no jadeaba ni le faltaba el aliento. -¡Eh!

Advirtió que Dex estaba enfadado. ¿Qué le ocurría?

Se volvió de nuevo. Un farol de la calle proyectó un cono de luz blanca sobre su cuerpo; tenía el ceño fruncido y los dientes apretados.

«Parece asustado», pensó Joanna.

Pero fue ella quien realmente se asustó al darse cuenta de que Dex ya no corría con ella; Dex corría tras ella: la perseguía.

-¡Eh!

Joanna supo que estaba en lo cierto. Apretó el paso, miró un momento hacia atrás y vio que Dex hacía otro tanto. Dex quería darle alcance.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué parecía tan aterrorizado, tan enfadado?

Joanna quiso detenerse, pero también tenía miedo. ¿Dónde estaban?

Las casas desaparecieron, los árboles dieron paso a unos campos llanos y Joanna vio unas colinas bajas y oscuras que se recortaban en el cielo púrpura de la noche.

«¿Hasta dónde hemos corrido? ¿Tanto nos hemos alejado?»

-¡Eh, tú, escucha!

Su tono de voz era de enfado, lleno de odio. «Va a alcanzarme. -Notó que las piernas empezaban a dolerle y que le faltaba el aire-. Va a cogerme y entonces...»

Un escalofrío recorrió su cuerpo y se obligó a correr más deprisa; pero cada paso le dolía, cada acometida de las piernas le contraía la espalda aunque sabía que tenía que seguir corriendo.

-¡Para, Joanna!

Ella hizo caso omiso de su llamada, inhaló a fondo y corrió, por más que las zapatillas se le hundieran en el barro. ¿Barro? ¿Dónde estaban?

El terreno parecía descender y luego subir de nuevo. El suelo de barro dio paso al granito.

El Promontorio. Habían corrido hasta el Promontorio, Dex la había perseguido hasta el Promontorio. ¿Era ese lugar el que tenía en mente desde el principio?

Joanna se encontraba a pocos metros del borde del acantilado y se detuvo, jadeante. Sentía punzadas de dolor en todo el cuerpo y se volvió.

-¡Dex! ¡Para!

Él corría hacia ella con la mirada cargada de odio.

-¿Por qué has hecho esto, Dex?

Parecía que, en vez de parar, corriera más, y sus ojos negros estaban encendidos de ira. Abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás, como si quisiera gritar.

-¡Para, Dex! ¡Por favor!

Pasó corriendo junto a ella, y girando en el aire y con las piernas abiertas, se volvió hacia ella con una mirada de acusación en los ojos al tiempo que saltaba al vacío.

Entonces fue Joanna la que intentó gritar. Cerró los ojos con fuerza, echó la cabeza hacia atrás y chilló y chilló, pero de su garganta no salió ningún sonido.

Cuando abrió los ojos, se hallaba en una habitación blanca, muy bien iluminada.

Vio la cara de su madre, las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos, los pequeños poros en sus mejillas cubiertas de maquillaje y los labios pintados de naranja. Veía su rostro con tanta claridad... El maquillaje estaba surcado por regueros de lágrimas. Hacía poco que había llorado.

Sin embargo, en aquellos instantes su sonrisa era muy ancha, demasiado ancha.

-Está recobrando el sentido -dijo una voz de mujer procedente de detrás de su madre.

-¿Qué? -preguntó Joanna.

- Sí, pronto estará despierta del todo -añadió una de las mujeres a las que no veía.

-Lo ha superado muy bien -dijo la otra, entre susurros. El rostro de su madre no se movía, parecía flotar sobre la cabeza de Joanna como un globo rosa.

«Todavía estoy soñando», pensó Joanna.

- Pronto estarás bien -le dijo su madre sin dejar de sonreír. Apartó un poco la cara y se le formaron unas lágrimas en las comisuras surcadas de arrugas.

«Sí, pronto estaré bien porque aún estoy soñando», pensó Joanna, al tiempo que intentaba sentarse.

Le dolía todo el cuerpo.

«No puedo moverme -pensó-. Estoy paralizada»; la dulce y tranquila sensación de estar soñando dio paso al pánico.

-¡Eh!

-Enseguida te recuperarás -le dijo su madre en voz baja. Las lágrimas habían seguido los regueros ya dejados por las anteriores.

«No te creo», pensó Joanna.

Se debatió para sentarse y, cuando vio que no le era posible, intentó mover los brazos, pero tampoco pudo. -Ayúdame, mamá.

-Ya está despierta del todo -dijo una voz.

-Eso es buena señal -añadió la otra voz.

«¿Quiénes serán esas mujeres?», se preguntó Joanna con enojo.

-No te muevas -dijo su madre.

-Pero si no puedo moverme -protestó Joanna con un hilo de voz, como si fuera una niña pequeña.

«Vuelvo a ser un bebé. He vuelto a nacer. Qué idea tan disparatada... Me han dado un sedante o algo por el estilo.» Una idea disparatada que bien podía ser verdad. Miró la

permanente sonrisa de su madre, manchada de lágrimas, y tras ella vio las paredes blancas, los brillantes tubos fluorescentes y a las dos enfermeras con uniforme blanco, una a cada lado de la puerta.

«Estoy en el hospital y esto no es un sueño.»

Asimilar todo aquello le costaba demasiado, exigía todas sus fuerzas, toda su concentración.

-Pronto te pondrás bien -repitió su madre, como si fuera el estribillo de una canción.

«Nunca has sabido mentir», pensó Joanna.

El olor del maquillaje de su madre le daba asco. Olía a naranja; asqueroso...

Volvió a adormilarse con aquel olor pegado a sus fosas nasales.

-Necesita dormir -dijo una voz cercana.

-Tuviste auténtica suerte -le comentó su madre al cabo de unos días. Estaba sentada muy erguida en una silla plegable, junto a la cama del hospital, con el abrigo de piel en el regazo-. Tu hermosa cara no ha sufrido ningún daño.

-Pero todo lo demás sí -gimió la chica.

-Mira, Joanna, no te quejes. Un camión como ése... Podrías... podrías haber... -El labio inferior le temblaba un poco y se lo mordió-. Unos cuantos huesos rotos. De veras, querida, tendrías que estar agradecida.

-Sí, agradecida -repitió Joanna.

El calmante que le daban a través del gota a gota la hacía sentir como si no estuviera del todo en la habitación, como si hubiera intercambiado el lugar con su sombra. Era su sombra la que yacía, cubierta de vendajes y escayola, en aquella dura cama de hospital. Su cuerpo verdadero, y su mente, estaban en otro sitio.

Se pasaba casi todo el tiempo adormilada, e incluso se quedaba dormida en medio de una conversación. Todavía no le permitían recibir visitas, y su madre era la única persona que iba a verla. Deseaba que su madre dejase de mirarla tan fijamente, que parasen de suministrarle narcóticos para poder pensar.

-Dentro de unas semanas estarás lo bastante fuerte como para empezar la terapia de la pierna -dijo la señora Collier en tono prosaico.

-Sí, claro. Y también debo estar agradecida por eso -replicó Joanna con sarcasmo.

-Ya basta, Joanna. Hay que hacer las cosas paso a paso.

-¿Paso a paso? ¿Con esta pierna? -preguntó airada. Sabía que le estaba dando un mal rato a su madre pero no le importaba.

-Ha sido una conmoción tan grande para todos... -prosiguió la señora Collier sin inmutarse por el sarcasmo de su hija-. Cuando me llamó la policía a las tres de la madrugada y los agentes dijeron que... que habías tenido un accidente y que...

En ese instante, Joanna advirtió que no le había contado nada a su madre.

-¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué habías salido de casa?

En aquellos momentos no tenía fuerzas para decírselo; flotaba a mitad de camino entre el mundo real y el confuso mundo inducido por los calmantes, y ni siquiera había vuelto a pensar en aquella horrible noche.

Ni siquiera había pensado en Dex.

Volvió a adormecerse al tiempo que se preguntaba si algún día podría explicarse lo ocurrido.

-¡Pete!

Joanna intentó sentarse y entonces recordó que no podía. Buscó a su madre pero no estaba. Era Pete quien estaba sentado en la silla plegable.

Tenía el rostro ruborizado y sus ojos se desviaron rápidamente de la cara de Joanna al suelo; mantenía las manos entrelazadas en el regazo.

- ¿Pete?

-Hola, Joanna. ¿Estás despierta? Quiero decir...

-No, hablo en sueños. Y tú, ¿cómo estás, Pete?

- Bien. -Su rostro enrojeció aún más-. Tu madre dice que te pondrás bien.

-Lo repite cuatrocientas veces al día -se quejó Joanna con amargura, poniendo los ojos en blanco. Eran la única parte del cuerpo que podía mover sin sentir dolor-. Seguro que es mentira.

- Un buen porrazo, ¿no? -preguntó Pete, mirándola fijamente.

-Buena pregunta, Pete -dijo Joanna, con una risa seca que se le clavó en las costillas rotas-. ¿No se te ocurre ninguna otra?

El chico tiró del diamante que llevaba en la oreja y ambos permanecieron callados un buen rato. Pete no podía apartar los ojos de ella y Joanna tuvo la sensación de que esperaba algo.

-¿No vas a preguntarme por Dex? -dijo Pete al fin, acusador. Se le veía muy enojado.

«¿Habré hecho algo malo? -se preguntó Joanna-. ¿Por qué yo tampoco me he preguntado por él? ¿Es por culpa de estos calmantes? ¿Me estoy volviendo loca? ¿Intento alejar todos los recuerdos de esa noche?»

-Pues bien, Dex ha muerto -le dijo Pete gritando. Se puso en pie de un salto, con cara de repugnancia-. Dex ha muerto, Joanna. Murió esa noche. Y tú ni siquiera te has molestado en preguntarme por él.

6

Al cabo de unos días, Mary fue a visitarla. ¿O era el mismo día? Joanna había perdido por completo la noción del tiempo.

-Mira, te he traído una cosa -susurró Mary, al tiempo que metía furtivamente la mano en el gran bolso bordado que siempre llevaba.

-Me gusta tu cabello -le dijo Joanna.

-¿.Mi cabello? Pero si ni siquiera me lo he cepillado -respondió sin dejar de buscar en el bolso-. Aquí está. -Se volvió y miró hacia la puerta para asegurarse de que no entraba nadie.

-¿Qué pasa, Mary? -preguntó Joanna, riendo ante tanto secreto.

-Deprisa, escóndela -le dijo su amiga al tiempo que le tendía una chocolatina.

-¿Chocolate? Mary, estoy emocionada.

-Escóndela antes de que te la quiten -insistió-. Supongo que ahora no tienes la manía de controlar el peso

-Qué considerada -dijo Joanna, metiendo la golosina debajo de la sábana,

Al principio las chicas hablaron animadamente, pero al cabo de un rato la conversación decayó. Ambas se daban cuenta de que tenían menos cosas que comentar desde que no iban al mismo instituto y no salían con los mismos amigos y amigas.

Hablaron de los huesos rotos de Joanna y de cómo se lo había tomado su madre, de las clases de Mary y de un chico al que ésta había conocido en el hipermercado.

Luego, como si toda la conversación hubiera llevado a aquel punto desde el principio, Mary dijo:

-Pete me ha contado lo de Dex.

-Sí -dijo Joanna, alargando la mano para ajustarse el tubo que todavía introducía fármacos en una vena de su muñeca.

-Tiene... tiene que ser tan duro para ti... -dijo Mary mirándola a los ojos, como si buscara una respuesta en ellos.

-Sí, bueno... -Joanna no sabía qué esperaba Mary que dijera ni por qué la miraba con aquella intensidad.

El silencio se hizo incómodo.

-Me gustaría sentirlo más -dijo Joanna, con el fin de llenar aquel silencio.

-¿Qué? ¿Qué quieres decir? -Mary parecía muy sorprendida.

-Es que... ¡es tan terrible! Cuando Pete me contó que Dex había muerto, mi primera reacción fue pensar: «Así ya no tendré que romper con él.»

-¿En serio? -Mary la miraba boquiabierta-. ¿De veras? ¿Eso fue lo primero que pensaste?

«Uf, me parece que he llegado demasiado lejos -reflexionó Joanna-. He sido demasiado sincera. Tendría que haberlo imaginado, debería haber sabido que esto la dejaría pasmada. En cierto modo, incluso yo estoy pasmada.»

-Pero ¿no sentiste nada? -preguntó Mary, revolviéndose inquieta en la incómoda silla de lona mientras sus manos jugueteaban con los pliegues de la falda.

-Supongo que todavía no lo he asimilado -dijo Joanna, que empezaba a sentirse cansada de nuevo y deseaba que Mary se marchase.

-Oh.

-Quiero decir que estoy atontada, ¿sabes? De los calmantes y las medicinas. Más tarde lo sentiré, estoy segura de ello.

Mary la miró con intensidad, del mismo modo que Pete la había mirado.

-Bueno, ya sé que parece una reacción un tanto fría -empezó a decir Joanna, pero entonces decidió que no tenía por qué justificarse.

«Lo que yo sienta es cosa mía -pensó-. No tengo por qué explicar a Mary ni a Pete ni a nadie cómo me siento. Al fin y al cabo, fui yo la que vi caer a Dex, la que vio la expresión de su rostro cuando advirtió que saltaba al vacío.»

Era suficiente horror para toda una vida.

Una voz interior le dijo: «Huiste, no lo ayudaste, te marchaste corriendo.»

«Fui en busca de ayuda -se autojustificó-. Hubiera podido socorrerle si aquel maldito camión no... ¿Y a quién le importa? Dex ha muerto y yo estoy aquí tumbada, completamente destrozada. ¿A quién le importa? Deja de mirarme como si fuera un repugnante pez helado.»

Como si le hubiese leído el pensamiento, Mary se puso en pie de un salto y dijo:

-Tengo que marcharme. Hasta ahora no me he dado cuenta de lo tarde que se ha hecho.

«Si ni siquiera ha mirado el reloj -pensó Joanna-. No sabe qué hora es.»

-Gracias por venir -le dijo.

-Que te mejores -le deseó Mary-. Y descansa.

-¿Qué otra cosa puedo hacer?

-Ya vendré otro día -dijo Mary tras una risita nerviosa-. Cuando pueda. Adiós. -Se apresuró a salir de la habitación sin volver la vista atrás.

-¿Qué te pasa? ¿Ha sido por algo que he dicho? -preguntó Joanna en voz alta. Al no obtener respuesta, volvió a recostar la cabeza en la almohada.

«¿Y qué? ¿Y qué? ¿Y qué? Lo siento, Dex, lo siento; pero ¿y qué?»

-¿Vas a estudiar esta noche, Joanna?

-No, mamá. Subo los libros a la habitación, pero no voy a estudiar. Esta noche saldré con un chico.

- Oh, cuánto me alegro. -Su madre se dejó caer pesadamente en un enorme sillón de la sala y puso los pies en el sofá-. Has estudiado tanto que empezaba a estar un poquito preocupada por ti.

-Bueno, he faltado un tiempo a clase y tengo que recuperar.

-Estoy muy contenta de lo bien que lo estás llevando -dijo la señora Collier, alzando los pies para examinarse los tobillos hinchados-. El fisioterapeuta dice que tu pierna se está recuperando tan bien que probablemente por Navidades, podrás dejar las sesiones.

-Bueno, así tal vez la gente deje de llamarme «la lisiada» -dijo Joanna; empezaba a subir las escaleras hacia su cuarto, intentando no cojear a pesar de las punzadas de dolor que sentía en la pierna.

-Hace tiempo que no veo a Mary -comentó la señora

Collier, que no había advertido que Joanna se marchaba escaleras arriba-. ¿Fue a visitarte al hospital?

-Sí, una vez -dijo Joanna, con más amargura de la que hubiera deseado. Luego, se apresuró a añadir-: Supongo que está muy ocupada y le resulta difícil mantener vivo el contacto con chicas de otros institutos.

Se dispuso de nuevo a subir las escaleras, pero su madre quería seguir conversando con ella.

-¿Y Dex? -le preguntó-. ¿Has dicho que salías con él esta noche? Desde lo ocurrido no he vuelto a verle...

Joanna contuvo una exclamación. Aunque su madre continuaba hablando, la voz de ésta se desvanecía como si alguien hubiera bajado el volumen. Joanna cayó en la cuenta de que no le había contado nada.

«Mi madre nunca me preguntó por él y yo tampoco le expliqué nada. No sabe nada de lo ocurrido, ni que Dex está muerto ni cómo murió, a altas horas de la noche. No sabe nada. Y, en realidad, no quiere saber. Cualquier otra madre hubiese pedido una explicación -se dijo Joanna-. Cualquier otra madre hubiera preguntado todos los detalles. Tal vez he tenido suerte, la suerte de importarle tan poco que ni siquiera me hace preguntas acerca de lo ocurrido. Bueno, a mí tampoco me importa. Por eso, las dos hemos tenido suerte.»

-He dejado de ver a Dex -dijo, comprobando que le resultaba fácil mantener la voz firme y desapasionada. -¿De veras?

La señora Collier intentaba tomárselo todo con calma, pero Joanna sabía lo mucho que la intrigaban aquellas noticias. Su madre nunca había tragado a Dex, sobre todo por las mismas razones por las que Joanna estaba dispuesta a romper con él.

-Esta noche tengo una cita con Shep -anunció Joanna.

-¿Shephard Forrest?

Joanna asintió.

-¿El hijo de Hilda Forrest? Qué bien. -En la cara de la señora Collier se dibujó una sonrisa complacida.

-Me alegro de que lo apruebes -le espetó Joanna. Le molestaba ver a su madre con esa cara de felicidad.

-Bueno, quiero decir que... Bueno, que Shephard es mucho más apropiado.

-¿Apropiado? -Joanna lo dijo con desprecio-. ¡Vaya palabra!

«¿Por qué se lo hago pasar tan mal a mi madre? -se preguntó Joanna-. Si yo también opino que es más apropiado... Lo que ocurre es que ella no es quién para decirlo. Tendría que contarle que Dex se cayó por un precipicio y murió. Sólo para ver cómo se sobresalta, sólo para ver cómo se las apaña para encontrar un comentario apropiado.»

En vez de eso, Joanna se cambió de mano los libros que llevaba y se marchó a su cuarto a fin de prepararse para su cita con Shep.

-Me encanta tu suéter, Shep -le dijo Joanna-. ¿Es de cachemir?

-Creo que sí. Te dejaré tocarlo si primero te lavas las manos. -Le dedicó aquella encantadora sonrisa que le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Joanna rió y pasó la mano por la manga del suéter azul pálido de su amigo.

-Sí, es de cachemir -asintió.

-Me lo ha regalado mi abuela -dijo Shep, ruborizándose un poco al ver que Joanna no quitaba la mano del suéter.

Shep había insistido en llevarla al baile de invierno del Garland, el instituto público al que había asistido antes de cambiarse al Landover.

-Va a ser una pasada -le dijo.

Joanna no conocía a nadie de aquel instituto y la mera idea de asistir a ese baile ya la aburría, pero como no quería que Shep pensase que era una chica que no sabía divertirse, asintió con una sonrisa.

-Tal vez debería vestirme mejor -le dijo, cuando Shep le hizo saber sus planes al ir a su casa a buscarla. Joanna llevaba una blusa marrón, una minifalda de ante oscuro y medias negras.

-Yo creo que vas bien -dijo el chico, un poco incómodo.

A Joanna le gustó aquella timidez. Shep era tan increíblemente guapo que un poco de timidez lo hacía más humano.

-¿Quieres que cojamos mi coche? -preguntó Joanna. Estaba acostumbrada a llevar a Dex a todos lados y formuló aquella pregunta de manera automática.

-Ni hablar -le dijo-. Mira. -La llevó a la puerta principal y señaló hacia la calzada. Allí, a la luz de la entrada, resplandecía un jaguar nuevo de color plateado.

- ¿Es tuyo? -Joanna se había quedado boquiabierta. -Me lo ha regalado mi abuela -respondió con una sonrisa, y se echó hacia atrás el cabello rubio y ondulado. -¡Qué abuela tan estupenda!

- Bueno, es muy vieja y muy rica -dijo Shep muy serio-. Y está muy sola; yo soy su único nieto.

- Qué suerte la tuya. -Apoyó de nuevo la mano en el brazo de Shep-. Supongo que nuestro estilo no desentonará nada con el del baile del Garland.

Cuando llegaron al gimnasio del instituto Garland, todo el mundo se alegró al ver a Shep. Los chicos, en tropel, se acercaron a saludarlo, a preguntarle cómo le iban las cosas en Landover y si echaba de menos a sus amigos del Garland.

Shep se movía entre ellos como si estuviera en su casa. «Shep había dicho que el baile sería una pasada», pensó Joanna, un poco resentida al ver lo contento que estaba el chico de haber vuelto a su antiguo instituto.

-¡Dios mío! -dijo Joanna, señalando a una chica que llevaba una falda plisada marrón y unas botas blancas de plástico-. Qué vulgar...

-Pues a mí me parece sexy -replicó Shep un poco a la defensiva.

-Podían haberse gastado unos cuantos dólares en decorar el gimnasio -se quejó Joanna-. Lo de los globos y las tiras de papel de colores está ya muy visto...

-A mí no me parece tan mal -replicó Shep, que para sorpresa de Joanna no compartió sus burlas-. Mira, los de aquí no pueden permitirse celebrar sus bailes en el salón de un hotel, como los del Landover. Y además, todo el mundo se lo está pasando muy bien, ¿no te parece?

-Sí, es fantástico -se apresuró a comentar, intentando disimular su falta de entusiasmo-. ¡Oh, no! ¡Mira qué cabello lleva esa chica! ¡Increíble!

-Eres tan esnob, Joanna -le dijo Shep. El comentario pareció una broma aunque en su tono había cierta desaprobación.

«Será mejor que tenga cuidado -pensó Joanna-. A Shep no parece gustarle mi sentido del humor.»

Bailó con él la estridente música de aquellos terribles altavoces y participó en conversaciones a gritos con sus amigos, que le parecieron muy agradables. Eran las once de la noche cuando Joanna dijo por primera vez que quería marcharse. Y hacia las once y media, él se despidió de todo el mundo y cruzaron la calle en dirección al coche.

-Ya te dije que sería una pasada -comentó él, pasándole el brazo por los hombros. Su chaqueta olía a gimnasio. «Y la mía probablemente también», pensó Joanna.

-Sí, tus amigos me han caído bien. -Intentaba por todos los medios parecer sincera y entusiasmada.

Mientras Shep la llevaba a casa en el coche, Joanna se sentó muy cerca de él. Una intensa helada había caído sobre los campos, y la tierra se veía blanca y plateada, como si hubiese nevado. Joanna apoyó la cabeza en el hombro de Shep y enseguida la alzó para ver si a él le había gustado ese gesto.

-El próximo fin de semana, ¿quieres que vayamos al cine, o algo así? -preguntó él sin apartar los ojos de la carretera.

-Sí, me gustaría -dijo ella en voz baja, sintiendo en secreto que había logrado una victoria. Lo tenía en el anzuelo, del todo enganchado.

-Me encanta el olor de los coches nuevos -dijo Joanna, feliz, tras inspirar profundamente.

La acompañó a la puerta y le dio un beso de despedida. Shep daba por terminado el beso pero Joanna le puso ambas manos en la nuca y lo atrajo hacia, sí, al tiempo que presionaba sus labios contra los de él en un prolongado beso. Finalmente, Seph volvió al coche, con una sonrisa de incredulidad en el rostro.

Ella se quedó en el umbral viendo cómo se metía en el coche. Apretó el acelerador, el motor rugió y la oscuridad se llenó de humo blanco del tubo de escape. Luego puso la marcha atrás y retrocedió en silencio.

«Primer punto para Joanna -pensó mientras cerraba la puerta con llave-. Es perfecto para mí. Tal vez le falte un poco de sentido del humor, pero con el tiempo...» Corrió a su habitación y empezaba a desnudarse cuando sonó su teléfono. Consultó el reloj. Pasaban pocos minutos de la medianoche.

¿Quién podría ser?

Descolgó a la segunda llamada, con el brazo enredado en la manga de la blusa.

-¿Hola? -Oyó crujidos al otro lado de la línea. O las líneas estaban mal o tenía que ser una llamada de larga distancia.

»¿Hola? -repitió un poco más fuerte.

-Hola, Joanna. -Era una voz de muchacho que se oía muy lejos-. Soy yo.

-¿Qué?

-Joanna... Soy yo, Dex. ¿Cómo estás?

7

Joanna no respondió.

Volvió a dejar el inalámbrico en el cargador.

«Esa voz -pensó-. Era la voz de Dex. Pero eso es imposible, completamente imposible.»

Alguien le estaba gastando una broma muy cruel, pero ¿quién podía ser?

¿Quien tenía una voz tan parecida a la de Dex? ¿Quién quería asustar a Joanna, hacerla sentir mal?

¿Pete? ¿Se trataba de Pete? Joanna no lo había visto desde el día en que fue a visitarla al hospital, desde el día que había ido a decirle que Dex estaba muerto.

Pete se había enfadado mucho con ella, recordó, y estaba muy impresionado porque Joanna no había preguntado por Dex de inmediato. Estaba tan indignado al ver que la muchacha ni siquiera lloraba al enterarse de aquellas terribles noticias... Indignado, ésa era la única palabra que definía su estado.

Pete era el único que sabía que ella, esa noche, había huido del Promontorio, que no se había quedado e intentado rescatar a Dex.

«Pero yo no huí -se recordó a sí misma-. Me marché en coche lo más deprisa que puede en busca de ayuda.»

En esos instantes, deseó habérselo podido explicar a Pete cuando fue a visitarla al hospital.

Aquel majara... Nunca le había caído bien y era muy feo, con esas marcas de acné y aquel cabello de punta espantoso... Y era tan estúpido como para hacer aquella llamada telefónica y fingir ser Dex.

Sin embargo, Joanna sabía que no podía ser Pete. Pete tenía una voz aguda y rasposa, era imposible que alguien pudiera imitarlo con aquella perfección.

Joanna se estremeció y advirtió que ya casi se había desnudado; se acercó al armario, pisando la ropa que acababa de quitarse, en busca del camisón de franela que más calentase.

«¿Qué pasa? ¿A quién se le habrá ocurrido una broma tan malvada?» La pregunta se repetía una y otra vez en su mente, pero no encontraba respuesta.

Tardó muchas horas en conciliar el sueño y cuando lo hizo, durmió de una manera superficial, despertándose de vez en cuando porque pensaba que el teléfono sonaba de nuevo.

Se pasó el domingo haciendo deberes y luego vio en televisión películas antiguas interminables y muy aburridas, de ésas tan románticas.

Pensó que Shep tal vez la llamaría, pero como no lo hizo, Joanna decidió hacerlo ella después de la cena y charlaron animadamente unos minutos.

«Shep nunca me ha preguntado por Dex -pensó Joanna-. Claro que no se conocen, pero lo que sí sabe es que yo llevaba un tiempo saliendo con un chico. Tampoco me ha preguntado nunca por el accidente. Qué extraño... Quizá no le guste sacar a colación temas desagradables. A mucha gente le ocurre.»

El día siguiente amaneció ventoso y frío; el invierno había empezado en serio. Cuando salió de la academia de francés para dirigirse a casa, unas nubes densas y bajas cubrían el cielo y, aunque eran las cinco de la tarde, parecía que ya hubiese anochecido. Una oscuridad misteriosa y espesa se cernía sobre la ciudad, presagiando nieve.

«Me gustaría tener el coche», pensó, aunque el profesor de francés vivía sólo a dos manzanas de su casa. El frío le provocaba punzadas en el pie y se obligó a no cojear. Notaba mucho los cambios de tiempo en el pie, las costillas y los hombros; era algo a lo que iba a tener que acostumbrarse.

Al llegar a la avenida Trafalgar, las luces de la calle parpadearon unos instantes y se encendieron. La repentina iluminación la sobresaltó; todo parecía tan distinto... Nuevas sombras empezaron a jugar en las aceras y Joanna tardó unos instantes en comprender lo ocurrido. Alzó la vista hacia el farol y durante una décima de segundo, la luz amarilla le recordó los faros del camión, los faros que crecían y no dejaban de ensancharse hasta envolverla por completo.

Contuvo una exclamación y echó una rápida mirada hacia Trafalgar, una de las avenidas más concurridas de Middlewood.

Apoyado en el poste de una parada de autobús, iluminado por un círculo de luz amarilla procedente de una calle que se abría a sus espaldas, vio a un chico que la miraba fijamente.

-¿Dex?

Él no se movió.

Joanna se quedó paralizada al reconocer su anorak rojo. Se lo había visto puesto tantas veces...

-¿Dex?

El semáforo estaba en su contra. Por Trafalgar circulaba una corriente incesante de coches llenos de ciudadanos que volvían a casa después del trabajo.

Él la miraba inmutable y Joanna le devolvió la mirada.

«No puede ser. Es imposible. Tú estás muerto, Dex.»

Sabía que los ojos le estaban gastando una mala pasada. Tenía que tratarse de otro chico, moreno, de ojos negros y con un anorak rojo; otro chico que se apoyaba en los postes exactamente igual que Dex, que era clavado a él.

Joanna oyó de nuevo su voz, la voz en el teléfono el sábado por la noche: «Hola, soy yo. ¿Cómo estás?»

Aquella voz tan lejana...

El semáforo cambió y él no se movió. Seguía apoyado en el poste amarillo, mirándola fijamente. Joanna se estremeció, pero no de frío.

Tenía que saber la verdad.

-¿Dex?

Miró al otro lado de la calle pero un autobús se saltó la luz roja y pasó el cruce a toda velocidad. Joanna saltó a la acera, sobresaltada.

Cuando el autobús hubo pasado, miró de nuevo al otro lado de la calle.

Dex había desaparecido.

8

Joanna se revolvió en la cama con un gemido y tiró con fuerza de la colcha. La sábana se salió de debajo del colchón y se sentó, irritada.

«Ahora tendré que volver a hacer la cama», pensó. No soportaba que los pies se le quedaran fríos.

Se levantó en la oscuridad y miró el reloj que había encima del escritorio. Las doce y cuarto.

«¿Por qué no puedo conciliar el sueño?» El ambiente en el dormitorio era gélido, por más que llevase un camisón grueso de franela. Tiró de la sábana hacia abajo y la remetió bajo el colchón. Por la calle pasó un coche, con música country a todo volumen.

«No conseguiré dormirme -pensó Joanna al tiempo que se metía en la cama-. No tengo ni pizca de sueño. Tal vez será mejor que me levante y trabaje en el comentario de texto.»

Oyó unos ruidos apagados junto a la ventana y se sentó sobresaltada. Alguien raspaba el tronco del árbol, alguien se encaramaba a él con zapatillas de deporte.

No, no era posible. Tenía que ser su imaginación, del mismo modo que había imaginado ver a Dex en la esquina de la avenida Trafalgar.

Desde fuera, una mano se agarró al alféizar de la ventana y Joanna contuvo un grito. Entonces apareció una cabeza, oculta en la oscuridad.

No.

Joanna se agarró al borde de la colcha y se la subió hasta la barbilla como para protegerse. Se inclinó hacia delante y, con mano temblorosa, encendió la luz de la mesita de noche. Casi la volcó, pero al final consiguió acertar el interruptor en el momento que Dex se colaba por la ventana.

Le sonrió con aquella sonrisa cariñosa tan familiar, y caminó erguido desde la ventana hacia la luz amarilla. Llevaba unos vaqueros negros ajustados y una gastada bomber de cuero.

- Hola, Joanna. -Su voz fue un susurro, casi fantasmal.

-¿Dex?

-Sí, soy yo.

«No grites, no grites, no grites.»

Joanna advirtió que llevaba unos segundos conteniendo el aliento y todavía tenía la colcha a la altura de la barbilla.

-Pero...

-¿Cómo estás? -Otro susurro.

A la luz de la bombilla tenía un aspecto pálido y demacrado. Avanzó unos pasos hacia ella; cojeaba un tanto porque mantenía rígida la pierna izquierda.

-Pero... pero, Dex, ¡si tú estás muerto!

Joanna no reconocía su propia voz, era como si tuviera un nudo en la garganta y le costase respirar. De repente sintió que un frío terrible se apoderaba de ella.

«No grites, no grites, no grites.»

-¿Qué? -Dex la miraba boquiabierto, totalmente sorprendido. Agitó de lado a lado el cabello largo y ondulado como si se sacudiese las palabras que Joanna había dicho.

La chica se agarró a la colcha y contempló su cara de asombro. «Qué distinto está -pensó-. Tan delgado, casi consumido...»

-¿Qué has dicho? -le preguntó Dex.

Joanna tosió. Tenía la garganta seca e irritada.

-Muerto -repitió y la palabra le sonó extraña, como si no fuese una palabra verdadera-. Pete me dijo que habías muerto, Dex.

- ¿Sí? ¿En serio?

Se le veía desconcertado, y tras un incómodo silencio, tiró de la silla del escritorio y se sentó en ella de cara al respaldo, apoyando la barbilla en éste.

-Sí, me lo dijo, que no habías sobrevivido, que...

- ¿Y por qué diría Pete algo así? -Se agarró al respaldo de la silla y se balanceó en ella.

«Está vivo -pensó Joanna, que empezaba a recuperarse de la conmoción de haber visto cómo se colaba de nuevo en la habitación-. Está vivo, está ahí sentado.»

Para su sorpresa, Joanna advirtió que, al verlo sentado en el silla del escritorio, albergaba sentimientos contradictorios hacia él. Se había acostumbrado a pensar que estaba muerto.

« ¿Me alegra verlo de nuevo? -se preguntó-. En realidad, no.»

Lo más importante, descubrió, era que verlo vivo la hacía sentir menos culpable.

-Sí -dijo Joanna por fin, soltando la colcha-. ¿Por qué Pete me dijo eso? -El susto dejaba paso al enfado-. ¿Quería gastarme una broma estúpida?

-Pobre chico -comentó Dex en voz baja, con los ojos clavados en la alfombra mullida y sin hacer caso del enojo de

Joanna-. Debía de estar asustado... Estaba muy compungido por... por lo que pasó esa noche.

-¿Estaba tan compungido que pensó que habías muerto? Joanna se incorporó y se apoyó en la cabecera de la cama. ¿Por qué tenía tanto frío? El dormitorio parecía haberse enfriado aún más tras la llegada de Dex.

-Supongo -dijo Dex. Una expresión de tristeza cruzó su rostro, una expresión que Joanna no había visto nunca.

«No sólo está triste -pensó-. Está dolido y apesadumbrado.»

-¿Y dónde has estado estos dos últimos meses? -preguntó Joanna. Formuló aquella pregunta más por enfado que por verdadero interés.

-Me di muchísimos golpes -respondió él, sorprendido por el tono de voz de Joanna. La miró a los ojos. Ella observaba su pierna rígida, extendida ante él-. Me rompí muchos huesos, tuve hemorragias internas y todo eso. Me llevaron a un hospital de la zona norte del estado. Me he pasado allí todo este tiempo.

-Cuánto lo siento -dijo Joanna.

«Pero se suponía que tú estabas muerto. Me siento tan mal, tan culpable... ¿Por qué ha tenido que pasarme todo esto? ¿Por qué me contó una mentira Pete? ¿Por despecho? ¿Por rabia? ¿Lo hizo para vengarse porque, esa noche, lo dejé allí solo?»

-Quería llamarte -dijo Dex-, pero tenía las manos vendadas. Parecía una momia. Mi tía intentó llamar, pero en tu casa tampoco contestaba nadie, quizá marcaba un número equivocado, no tiene la cabeza demasiado clara.

Dex se revolvió incómodo en la pequeña silla del escritorio.

-Fue todo tan terrible, tan insoportable -prosiguió Dex

en voz baja-. Todo ese tiempo en el hospital, tantas semanas... ¿Sabes qué hice? Fingí que representaba un papel en una obra de teatro, que todo aquello no me estaba ocurriendo realmente a mí. Qué patético, ¿no?

-Tienes buen aspecto -dijo ella, haciendo caso omiso de su pregunta, al tiempo que lo miraba de arriba abajo. «Pareces un esqueleto», pensó.

-¿Así que pensabas que había muerto? -Dex se rascó la cabeza y una sonrisa cruzó su rostro-. Entonces, esto lo explica todo, supongo.

-¿Qué explica?

-El que no supiera nada de ti en todo ese tiempo, el que no vinieras a visitarme, el que, la otra noche, me colgaras el teléfono.

-Yo también he estado en el hospital -dijo Joanna en tono defensivo.

-¿Sí?

Dex se puso en pie y Joanna vio que tenía dificultades para ello. Siempre había sido tan ágil, tan atlético... Pero tenía las piernas rígidas y parecía sufrir con cada movimiento.

-Y a ti, ¿qué te pasó?

-Cuando te caíste, salí corriendo en busca de ayuda. «Es la pura verdad -pensó Joanna-. ¿Por qué me siento como si le estuviera mintiendo?»

-¿De veras?

-Sí. Cogí el coche en dirección a la ciudad para ir a la policía, o llamar a una ambulancia o lo que fuera, pero estaba tan alterada que tuve un accidente. Me pasé un día entero inconsciente. Supongo que he tenido suerte.

-Los dos la hemos tenido -dijo Dex emocionado-. Te he echado mucho de menos.

Se acercó a ella, se inclinó hacia delante, la tomó entre sus brazos y la besó. Joanna le devolvió el beso y, de repente, también se sintió emocionada.

«Sí, es real, auténtico -pensó-. No es un fantasma. -El beso se prolongó mucho tiempo. Joanna lo cogió por la nuca para mantenerlo unido a ella-. ¿Qué estoy haciendo?»

La cara de Shep centelleó en su mente.

Con los labios pegados a los de Dex, las manos en su nuca y entre su largo cabello, de pronto se sintió terriblemente confundida.

«Siento algo por él, seguro -pensó-. ¿Verdad que sí? ¿O sólo me alivia saber que está bien? Esto no está bien, esto no es lo que yo quiero. Entonces, ¿que estoy haciendo aquí?»

La cara de Shep destelló de nuevo en su mente.

Se apartó de golpe y dejó caer las manos a los costados. Dex se quedó inmóvil, inclinado sobre ella, con los ojos negros llenos de lágrimas.

-Pensaba que habías muerto -le dijo Joanna.

-Pues no, y te lo voy a demostrar -dijo, antes de besarla otra vez.

«Aquí hay algo raro -pensó Joanna-. Algo distinto.» El segundo beso fue mucho más corto porque Joanna oyó ruido de pasos en el corredor.

-Mi madre... Se ha levantado.

-Bueno, será mejor que me vaya. Pasaré a buscarte el viernes por la noche -susurró-. Te demostraré que no estoy muerto.

-¿El viernes por la noche?

-Sí. -Dex la besó de nuevo.

-Pero, Dex...

Tenía que contarle lo de Shep. En realidad no quería salir con Dex, pero no le dijo nada porque estaba terriblemente confundida.

Dex desapareció por la ventana y ella oyó cómo se deslizaba árbol abajo.

«En él hay algo distinto. Su manera de besar es diferente, no es igual que antes.»

Joanna se durmió mientras intentaba descubrir qué era lo que encontraba distinto en la manera de besar de Dex.

9

-Sí, Shep, lo siento, yo también estoy decepcionada. -Joanna se sopló las uñas para que se secara el esmalte sosteniendo el teléfono entre la cabeza y el hombro.

Al otro extremo del hilo telefónico, Shep soltó una queja. A Joanna no le importó; de hecho le gustaba ver que la cancelación de la cita le había afectado hasta ese extremo.

- Bueno, ¿y mañana por la noche? Seguro que la película será la misma que hoy.

-Mañana por la noche tengo que salir con mis padres -respondió Shep.

- Bueno, entonces tal vez la semana próxima -dijo Joanna consultando el reloj. Tenía que encontrarse con Dex en el centro comercial al cabo de cinco minutos.

Oh, bueno, se dijo. Que esperara un poco. No sería la primera vez. Recordó aquella noche de octubre en que se había escondido detrás de una columna y lo había visto esperar. Qué risa.

«¿Por qué no se me secan las uñas?», se impacientó. Entonces Shep le preguntó si podía pasar a buscarla más tarde. «Imposible, amigo.»

-No, no es buena idea, Shep. Mi madre está enferma, tiene la gripe. Es por eso que le he prometido quedarme en casa.

Él quería hablar más, pero Joanna colgó con cuidado para que no se le estropeara el esmalte de uñas. «Qué bien miento. Hasta yo me he tragado ese cuento. Dex se cree muy buen actor, pero yo le doy mil vueltas.»

Dex. ¿Iba a salir con Dex? Es más: ¿Por qué quería salir con Dex? En realidad, ya no sentía nada por él. No le gustaba tener que admitirlo, pero se había quedado un poquito decepcionada al saber que seguía vivo.

Intentó alejar ese pensamiento de su mente ya que, en definitiva, era un pensamiento espantoso; pero de algún modo se mantenía flotando en la superficie de sus reflexiones.

Entonces, ¿por qué le mentía a Shep para poder ir al cine con Dex esa noche? Tuvo que admitir que, francamente, no lo sabía, y que estaba muy confundida. Sabía seguro que, después de pasar la velada con Dex, podría empezar a ordenar sus ideas.

Shep era tan dulce, tan aniñado, tan encantador... Sí. Lo que le ocurría con Dex debía ser a causa de su sentimiento de culpabilidad. Esa era la única razón de que se pusiera su mejor suéter Ralph Lauren de color azul sobre sus vaqueros de marca, se cepillara rápidamente el cabello y bajara las escaleras a toda prisa para sacar el coche del garaje.

-Buenas noches, mamá -gritó-. ¡No me esperes levantada!

Qué risa. Su madre nunca se había preocupado tanto por ella como para esperarla levantada; no, ni una sola vez.

-Pásalo bien con Shep -gritó desde el estudio.

-Gracias -le dijo Joanna antes de salir.

«Ojos que no ven, corazón que no siente. Ni siquiera sabe que yo pensaba que Dex había muerto y tampoco tiene por qué saber que voy a salir de nuevo con él.»

Joanna cogió su costoso abrigo forrado de piel. Siempre que lo llevaba puesto se sentía segura y protegida. Accedió al garaje desde el interior de la casa y la luz se encendió automáticamente. Se situó tras el volante del BMW nuevo de su madre. El asiento de cuero estaba frío al tacto. El coche se puso en marcha con un ligero zumbido; recorrió la calzada marcha atrás y luego se dirigió hacia el hipermercado.

Dex caminaba arriba y abajo frente a la librería. «Esto es lo que me temía», pensó Joanna con frialdad.

Se le veía tan pálido...

Eso fue lo primero que le notó. Los altos tubos de neón daban una tonalidad amarillenta a los rostros de las demás personas, pero Joanna vio rápidamente que la piel de Dex era blanca, casi tan blanca como la harina de repostería.

Llevaba los mismos vaqueros negros y la bomber de cuero negro. Se había peinado todo el cabello hacia atrás y se lo había recogido en una coleta. Cojeaba ligeramente, apoyándose en la pierna izquierda.

De repente, sintió el impulso de dar media vuelta y marcharse en coche a casa de Shep. Encontrarse con Dex no le hacía ninguna ilusión; al contrario, le daba cierto pánico. Tenía miedo de lo que fueran a decirse, tenía miedo de lo que no se dirían.

-¡Hola, Joanna!

Era demasiado tarde, Dex ya la había visto. Una sonrisa retorcida cruzó su rostro.

«Eso no es una sonrisa -pensó Joanna. Su sonrisa siempre había sido natural, espontánea, abierta-. No es la de antes, yo diría que es la sonrisa de un extraño. Oh, olvídalo -se regañó luego-. Deja de buscar diferencias.»

Pero Dex estaba distinto, por supuesto. Se había caído por un precipicio, se había roto casi todos los huesos del cuerpo, había pasado dos meses en un hospital.

Tal vez era eso lo que le hacía parecer diferente.

-Hola, Dex. Perdona, llego un poco tarde. -Le tomó la mano y la tenía fría como el hielo.

»Qué manos tan frías -dijo, sobresaltada. Dex siempre había tenido las manos muy calientes. En lo más duro del invierno siempre andaba en mangas de camisa sin advertir que los demás se estaban helando de frío.

-Lo siento. -Apartó la mano con una sonrisa de disculpa. Parecía muy nervioso-. La película acaba de empezar, creo que no nos hemos perdido mucho -dijo, cruzando hacia el otro lado del pasillo con una leve cojera.

La película era una comedia de acción con Robert de Niro que reía y pegaba tiros a un montón de gente y luego conducía un camión enorme por la autopista en dirección contraria perseguido por una docena de coches de la policía.

Joanna no podía concentrarse en el argumento. Le parecía tan extraño estar sentada de nuevo junto a Dex, tan cerca de él en la oscuridad...

Al cabo de unos minutos, Dex le pasó el brazo por los hombros y Joanna se apoyó en él sin apartar los ojos de la pantalla.

¿Qué era aquel olor?

Joanna olfateó una vez, dos veces, y luego dejó de hacerlo porque Dex había empezado a notarlo.

Se trataba de un olor como de moho, de fruta pasada o carne estropeada.

Volvió la cabeza hacia el otro lado, pero aquel tufo rancio la siguió.

Dex había olido siempre de un modo tan agradable... ¿Cuál era la causa de aquel olor nauseabundo?

10

-Dex está vivo -dijo Joanna, incapaz de reprimir una sonrisa.

Mary se quedó boquiabierta y su rostro palideció.

-¡No! -gritó, cuando por fin recuperó el habla.

-Sí, está vivo. Anoche salí con él.

Mary se puso las manos sobre las orejas y sacudió la cabeza. Sus abundantes rizos castaños vibraron a su alrededor.

-Creo que no he oído bien, Joanna. ¿Dex...?

-Está vivo -repitió Joanna, disfrutando con la reacción de asombro de su amiga. Era domingo por la tarde. La señora Collier había salido de compras otra vez y Mary había pasado a visitarla sin previo aviso. Era la primera vez que se encontraban desde el día en que había ido a verla al hospital.

-Pero... pero... Pete me dijo que...

-A mí también -la interrumpió Joanna-. ¿Qué le pasa a Pete?

-No lo sé. Yo no lo he visto -respondió Mary todavía sorprendida. Volvió a recostarse en el viejo sofá de terciopelo, apoyó la cabeza en el respaldo y clavó los ojos en la rebuscada lámpara de cristal que colgaba del techo-. Uf, Joanna, déjame recuperar el aliento. ¡Qué susto!

-Dímelo a mí -comentó Joanna con frialdad, cruzando las piernas bajo el cuerpo en el mullido y enorme sillón-. La semana pasada se coló en mi dormitorio entrando por la ventana. ¿Te imaginas?

-¿Por la noche?

-Sí, por la noche. Me quedé horrorizada, pensaba que veía fantasmas.

-Pero ¿Dex está bien? ¿En serio? -El color aún no había vuelto a su rostro.

-Sí, bastante bien, aunque cojea un poco. Supongo que al caer se dio unos buenos golpes. Se pasó dos meses en un hospital de la zona norte del estado. Ahora parece bastante recuperado.

«Menos por las manos frías y ese olor extraño», se dijo Joanna. Pero ¿de qué serviría mencionarle todo aquello a Mary?

-Vaya -exclamó Mary, cerrando los ojos-. Vaya.

-Tengo que llamar a Pete y decirle que ha sido una broma muy cruel -dijo Joanna, más para sí misma que para Mary-. Es lo más repugnante que he oído en toda mi vida. Y lo peor de todo es que le creí.

-Claro, yo también -dijo Mary abriendo los ojos-. ¿Por qué tenía que decir una mentira tan estúpida como ésa? Pete es un tipo muy raro, pero no le creía tan cruel...

-A mí nunca me ha caído bien -confesó Joanna-. Yo sólo trataba con él porque era amigo de Dex.

- Y, ¿de veras saliste con Dex?

- Sí, anoche, y para hacerlo tuve que cancelar una cita que tenía con Shep.

-¿Shep?

-Sí. ¿No te acuerdas de él? Uno chico rubio y muy alto, con una deslumbrante sonrisa. Y un Jaguar -rió Joanna.

Mary estaba demasiado absorta en sus pensamientos como para reír.

-¿Dex está vivo? ¿Y cómo es que en todo este tiempo no te ha llamado?

-Estaba muy mal. -Joanna se encogió de hombros-. Le dijo a su tía que lo hiciera, pero ya sabes que no está del todo en sus cabales y a lo mejor ni se acuerda de cómo utilizar un teléfono. Además, yo también estuve un mes o así en el hospital y Dex no lo sabía.

-¿Y ahora sales con Shep?

Joanna asintió.

-Bueno, pero tendrás que contarle lo de Dex, ¿no?

-No, ¿para qué? Creo que puedo seguir saliendo con los dos una temporada.

-¿Y Shep no sospechará cuando...?

-Shep está completamente loco por mí y aceptará todo lo que yo haga -respondió Joanna. Enseguida se dio cuenta de que lo que había dicho era un poco jactancioso, pero era la pura verdad.

Mary hizo un gesto de desaprobación.

- No me mires así -se quejó Joanna medio en broma.

-Eres terrible, Joanna -murmuró Mary, también medio en broma.

Las dos chicas se miraron sin cordialidad. Joanna se dio cuenta de que ya no estaba tan unida a Mary como antes; era obvio que se habían distanciado.

«No es culpa mía -pensó-. Mary ha cambiado. ¿Qué derecho tiene a juzgarme, sentada ahí en mi sofá?»

-Pero, bueno -insistió Mary-. ¿Tú qué sientes? ¿Todavía te gusta Dex?

Joanna bostezó. La conversación empezaba a resultarle aburrida. Se lo había pasado bien sorprendiendo a Mary y viendo su cara de pasmo, pero en aquellos momentos deseaba que su amiga se marchase.

-No sé si me gusta o no -respondió categórica. Era divertido sorprender a Mary con aquella frialdad.

-¿Qué?

-Me parece que ya no me gusta, quiero decir como novio. Supongo que lo que me ocurre es que me siento... me siento culpable.

-¿Culpable? ¿Qué quieres decir? ¿Porque pensabas que estaba muerto y no lo estaba? -Mary se incorporó en el sillón y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas de sus vaqueros gastados.

Joanna cayó en la cuenta de que Mary no conocía los detalles de lo que realmente había ocurrido esa noche. No sabía que no se había quedado para intentar rescatar a Dex, que se había marchado en el coche a toda prisa sin saber si Dex estaba vivo o muerto.

-Lo que quiero decir es que me siento culpable porque yo fui la que lo llevó al Promontorio esa noche. No se hubiera caído si no hubiese montado ese numerito para mí.

-Comprendo. -Mary parecía decepcionada por la respuesta de su amiga.

«¿Qué quiere de mí?», se preguntó Joanna. Decidió cambiar de tema.

-Hablemos un rato de ti, Mary. ¿Qué novedades hay en tu vida?

-Comparadas con las tuyas, nada -respondió la chica, recostándose de nuevo en el sofá con un suspiro-. Lo siento, Joanna, pero no puedo creer que Dex esté vivo. Es como... es como un milagro. Y tú te lo tomas con una tranquilidad...«Quiere decir frialdad», pensó Joanna.

-¿Y tú? ¿No sales con nadie? -preguntó, pasándose las manos por el cabello rubio.

-No -respondió Mary, sacudiendo la cabeza-. Mi vida es tan aburrida como siempre. La semana pasada me hice mechas-. Bajó la cabeza para que Joanna pudiera ver los mechones más claros entre los rizos morenos-. Eso es lo más interesante que me ha ocurrido.

Joanna soltó una carcajada, pero enseguida se interrumpió al advertir que no era una respuesta adecuada. Mary se compadecía de sí misma, pero Joanna no estaba de humor para abrazarla y consolarla. Agradeció que, en aquel momento, sonara el teléfono e interrumpiese su conversación.

-¿Hola? Ah, hola, Dex. -Miró a Mary significativamente.

-Déjame hablar con él -dijo su amiga. Se levantó del sofá de un salto y le quitó el teléfono-. ¿Dex? ¿Eres tú, en serio? Soy Mary.

Mary tenía los ojos negros dilatados de expectación y respiraba con dificultad.

-No te oigo muy bien. -La chica frunció el ceño-. Se te oye tan flojo, como si estuvieras muy lejos...

Dex dijo algo, pero Mary le pidió que lo repitiera porque no lo había oído. Joanna deseó que su amiga le pasara el teléfono.

-¡Dex! ¡Estoy tan contenta! -gritó Mary hablando a borbotones-. ¡Me alegro tanto de que estés bien! Pete nos dijo... bueno, no importa, estoy muy contenta... ¡Tengo ganas de verte pronto! Bueno, te paso a Joanna. -Le tendió el teléfono a su amiga-. Se le ove muy mal, como si estuviera muy lejos.

-Son las líneas, que están fatal -dijo Joanna, llevándose el receptor a la oreja-. Hola, Dex. ¿Qué? ¡Grita más! Hay muchas interferencias o algo así.

El chico, sin embargo, siguió hablando en voz baja, como si no pudiera levantar la voz; le pidió para salir el viernes por la noche.

-Sí, supongo que sí -le respondió, pensando en Shep. Charlaron unos minutos más pero, en realidad, Joanna no le oía. Y no se trataba sólo de que la línea estuviera en malas condiciones: hablaba con un hilo de voz, como si estuviera débil y cansado.

Cuando Joanna colgó, Mary se estaba poniendo la chaqueta azul.

-Creo que será mejor que me vaya -dijo.

-Me alegra tanto que hayas venido a verme -dijo Joanna, con una sonrisa sincera. Mary se detuvo en el umbral de la puerta con cara de preocupación.

-Mira, Joanna, Dex ha pasado unos momentos terribles. Tendrías que ser justa con él, ¿no te parece? Deberías contarle lo de Shep.

-Es mucho más interesante de este modo -dijo Joanna tras encogerse de hombros-. Creo que seguiré jugando y a ver qué pasa.

11

Joanna golpeó la pelota con facilidad y ésta voló por encima de la red.

-Perfecto -dijo Rod, su entrenador, con una sonrisa que dejaba al descubierto una dentadura muy blanca, perfecta-. Y ahora, colocación, colocación.

«¿Qué querrá decir? -se preguntó Joanna, sacudiendo la cabeza-. Tendré que darte el pasaporte, querido Rod, si continúas con tus tonterías de la colocación.» Joanna tenía la vaga sospecha de que en un partido auténtico podría derrotarlo.

-Elige un sitio, y luego colócala allí -dijo, secándose la frente bronceada con un pañuelo blanco.

«Y yo ni siquiera he empezado a sudar. ¿Qué le pasa?», se preguntó Joanna.

-¡Eh! ¿Puedo practicar el revés un rato? -le gritó. Para eso le pagaba, ¿por qué no podía practicar lo que realmente le apetecía?

-Vale, de acuerdo. -Se guardó el pañuelo en el bolsillo de los pantalones de tenis-. Te lanzaré unas cuantas hacia la izquierda, a ver cómo está tu revés. Hoy tienes que intentar pulirlo.

¿Pulirlo? ¿Qué quería decir? ¿Se estaba volviendo loca o Rod era un idiota rematado?

Aquél sería definitivamente el último día con el señor Sonrisas. No le había dado ni una sola instrucción que le resultase útil. A sesenta y cinco dólares la hora, la propina aparte, Joanna esperaba algo más que un «intentar pulirlo».

Él le lanzó la pelota hacia la izquierda; ella corrió y se la devolvió con un golpe de revés. A Joanna le encantaba el sonido de la pelota al dar en la raqueta. Era lo que más le gustaba del tenis: ese pequeño ping tan satisfactorio. Oía docenas de pings a su alrededor, ya que había otras personas practicando en las pistas cubiertas del club de tenis privado.

«Y esa gorda de ahí, con unos pantalones que parecen paracaídas -pensó, mirando a una mujer que iba tras una pelota en la pista contigua-. Si yo fuera como ella, no jugaría a tenis, me suicidaría.»

Una pelota alta de Rod. Joanna corrió hacia atrás y la devolvió con toda facilidad.

-Suave, muy suave. Has hecho un buen movimiento complementario.

-Millones de gracias.

-Descanso. Tengo que ir a coger más pelotas -le dijo Rod, corriendo por la cancha en busca del cesto de pelotas.

Joanna suspiró y bajó la raqueta. Miró hacia las otras pistas y en la más alejada vio a un chico que se parecía un poco a Shep, aunque no era tan guapo.

Pensó en Shep. El domingo por la noche había pasado a buscarla y habían dado un largo paseo en su jaguar. Era una noche clara y fría y él quería aparcar en el Promontorio. Al

principio Joanna había dudado y después había dado una excusa. Era un lugar al que no quería volver nunca más. Pero luego, qué demonios, decidió lo contrario. A fin de cuentas, sólo era un acantilado de roca, un lugar al que acudían las parejas de enamorados, un sitio donde poder estar cerca de Shep.

Podría apartar de su mente lo que allí había ocurrido, habían pasado unos meses... Qué demonios.

Y para su sorpresa, volver a encontrarse en aquel alto farallón que dominaba la ciudad, volver al sitio exacto en el que la roca se había desmoronado y Dex había caído, no le produjo ninguna emoción.

Al fin y al cabo, Dex había sobrevivido; Dex estaba bien, todo el mundo estaba bien. ¿Por qué tenía pues que resultarle desagradable regresar allí?

En el interior del Jaguar la temperatura era cálida, y se sentía tan cómoda junto a Shep... Los cristales se habían empañado y ellos dos se encontraban en su propio mundo, en un capullo sólo para ambos como el de los gusanos de seda; no en la aburrida ciudad de Middlewood, sino encerrados en su pequeña cápsula espacial, los dos solos, tan juntos, tan cerca...

Cuando llegó un coche lleno de quinceañeros con la radio a todo volumen y haciendo sonar el claxon, Joanna los maldijo y quiso matarlos. ¿Qué derecho tenían aquellos pesados a hacerla volver al mundo?

Suspiró y miró hacia el área de recepción del club de tenis. Shep tenía que pasar a buscarla después de la clase. Tal vez llegara antes de que terminara.

Cuando vio a Dex al otro lado de la alambrada, ahogó un grito de sorpresa.

¿Dex? ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Caminaba arriba y abajo junto a la alambrada que separaba las canchas de la zona de espectadores. ¿Por qué caminaba tan rígido? Su cojera parecía mucho más pronunciada, y en aquellos momentos tenía las dos piernas muy tiesas.

Joanna levantó la raqueta por encima de la cabeza intentando llamar su atención, pero volvió a bajarla enseguida. Su piel. ¿Qué demonios le pasaba a su piel? La tenía completamente verde.

«Tal vez sólo sea por las luces», pensó Joanna. Pero había otras personas viendo los partidos desde detrás de la alambrada y su piel era por completo normal.

«Con esos andares y la piel verde parece el monstruo de Frankenstein», pensó Joanna.

-Eh, Joanna...

La chica advirtió que Rod la estaba llamando, pero no podía apartar los ojos de Dex. ¿Estaba enfermo o algo por el estilo?

-¡Eh, Joanna!

¿Cuánto tiempo llevaba Rod llamándola?

-¡Eh, Joanna! ¡No pierdas la concentración! ¡Vamos! -Ya estoy lista -dijo la chica, al tiempo que se volvía de cara a la red; pero no podía sacarse de la cabeza la imagen de

Dex, la cara verde, las piernas tiesas...

-Recuerda el movimiento complementario -dijo Rod, mandándole una pelota alta.

Tuvo que correr a por aquella pelota y, tras hacer un movimiento brusco, ésta botó en el borde de la raqueta y salió fuera.

-Lo siento.

Rod le lanzó una nueva pelota, Joanna llegó a tiempo y se la devolvió con un golpe de revés que le pasó por encima de la cabeza.

-Out -gritó Rod.

«Bueno, ¿y a quién le importa?», pensó Joanna.

Se volvió de espaldas a la red y miró hacia la zona de espectadores, pero Dex ya no estaba allí.

«Tal vez no era él. ¿Por qué iba a venir al club de tenis? Él no sabía que esta tarde tenía clase. ¿Y por qué ha venido desde la otra punta de la ciudad a esta hora, cuando tendría que estar en el instituto?»

-Hemos terminado por hoy -dijo Rod, haciendo girar la raqueta en la mano. Rodeó la red para reunirse con ella en el otro lado de la pista-. ¿Un buen ejercicio?

-Sí, ha estado bien -respondió Joanna sin entusiasmo. Se volvió de nuevo, y miró hacia la zona de recepción, pero Dex tampoco estaba allí.

- Me gusta tu raqueta -le dijo Rod-. Yo quería comprarme la misma pero no puedo permitírmelo.

-Sí, es buena -convino Joanna, mirando la raqueta-. Hasta la próxima -se despidió, y empezó a alejarse hacia el vestuario.

- Un buen revés -le gritó Rod-. La próxima vez lo trabajaremos más.

Joanna no respondió, sino que siguió corriendo hacia las duchas. «Tal vez no sea tan mal entrenador -pensó-. Un entrenador de tenis no tiene por qué ser un genio, quiero decir.»

Tomó una ducha rápida y volvió a ponerse el uniforme del instituto. Luego dobló cuidadosamente los pantalones y la camiseta de tenis y los metió en la bolsa de lona que llevaba. Shep la esperaba en la puerta.

-¿Cómo estás? -le preguntó con una cálida sonrisa al tiempo que le cogía la bolsa.

Era un día soleado pero frío y Joanna se subió la cremallera de la chaqueta de piel.

-Bien. El entrenador es un auténtico estúpido, pero he practicado un poco el revés.

Cruzaron la calle en dirección al coche.

-Tengo unas ganas de que sea primavera para poder verte en una de las pistas del club de campo... -dijo Shep, echando la bolsa a la parte trasera-. Yo sí que le voy a dar trabajo a tu revés.

-¿Juegas bien? -le preguntó Joanna.

-No, no mucho, sólo lo suficiente para...

-Ser un buen entrenador -dijo ella. Quiso empezar un chiste pero se le hizo un nudo en la garganta.

Dex. Era realmente Dex. En aquellos momentos estaba muy cerca y lo veía con toda claridad. Se encontraba apoyado en la pared de ladrillos del aparcamiento del club de tenis, con las manos embutidas en los bolsillos de los vaqueros. Incluso a la luz del sol, su piel tenía un tono verde.

«Casi como un reptil», pensó Joanna con aprensión. Dex miraba al suelo, pero en aquel instante alzó los ojos y los miró a los dos.

«¿Nos ve? --se preguntó Joanna-. Tiene que vernos, me mira directamente a mí.»

Shep se metió la mano en el bolsillo en busca de las llaves del coche y se le cayeron al suelo.

Joanna miró fijamente a Dex y sus ojos se encontraron. De repente los del chico brillaron, rojos como los de una mala foto tomada con flash, brillantes como los de un perro en la oscuridad nocturna.

12

-Cuéntamelo de nuevo -le dijo Shep, que se encontraba muy cerca de ella, en la entrada de su instituto. Avanzó más hacia Joanna hasta que ésta chocó con la puerta del armario de los abrigos-. ¿Por qué no puedes salir conmigo los dos días, el viernes y el sábado?

Ella le dio un pequeño empujón para apartarlo y poder respirar. Dos chicas a las que conocía pasaron por el corredor cada vez más vacío y soltaron una risita tonta.

-Tengo que irme a casa -dijo Joanna, intentando evitar la pregunta de Shep-. ¿Por qué me empujas hacia el armario?

Él sonrió y dio un gran paso hacia ella que la hizo retroceder todavía más.

-Contesta a mi pregunta -insistió.

-Oh, Shep, te estás portando como un cerdo, en serio.

-Oink, oink.

Cuando se ponía juguetón, Joanna lo detestaba. Era un estilo que no iba con él, pensó la chica. Le gustaba más cuando estaba serio y callado.

-Ya te lo he contado -dijo ella cansinamente, al tiempo que le daba un empujón algo más fuerte que el anterior y se precipitaba hacia el medio del pasillo para que él no pudiera acorralarla de nuevo.

-Hola, señor Munroe -dijeron ambos al unísono cuando su profesor de francés pasó junto a ellos, camino de la sala de profesores. El barrigudo y calvo profesor los saludó con la cabeza, sonrió, y siguió caminando.

-El viernes por la noche tengo que estudiar -mintió Joanna-. Me he perdido tantos días de clase por culpa del accidente que mamá quiere que dedique a estudiar una de las noches del fin de semana. Ésa es la razón, Shep, por lo que deja de sentirte ofendido.

¿Se estaba creyendo aquel cuento?

Sí, parecía creérselo.

-Vale, de acuerdo -dijo él, dando una patada a la pared con la punta de su bota Frye de color marrón-. Entonces, ¿por qué no puedo ir a tu casa el viernes por la noche y estudiamos juntos?

-Imposible -respondió ella, con una sonrisa que imitaba la diabólica mueca de la cara de Shep-. Si vienes a casa, no estudiaremos, y eso ya lo sabes.

-Podríamos estudiar -insistió él-. En serio.

-No, de veras que no -repitió ella-. Imposible. Al menos este fin de semana es imposible. ¿De acuerdo? -Bueno, yo...

A Joanna le gustaba verlo tan decepcionado y entonces le dijo:

-Hablo en serio, quiero graduarme a tiempo. No tengo ganas de tener que estudiar un semestre más por culpa de ese estúpido accidente de tráfico. Tengo que ponerme al día en los estudios, ¿comprendes?

-Por supuesto -respondió él algo más alegre-, por supuesto.

Joanna miró hacia ambos lados del pasillo para asegurarse de que no había nadie y le dio un rápido beso en la mejilla. -Gracias -le susurró.

«Me encanta que sea tan ingenuo, tan confiado -pensó Joanna, mientras se ponía la chaqueta-. También me alegro de que Dex viva en el otro extremo de la ciudad, ya que de ese modo es más probable que Shep y Dex no lleguen a conocerse.»

Comprendió que pronto tendría que cortar con Dex; en realidad no sentía nada por él, pero le resultaba útil. También era divertido tener a Shep haciendo preguntas porque se sentía incómodo. Y la idea de salir con dos chicos a la vez le atraía. «Es como tener dos abrigos de invierno -pensó-. Así puedes escoger según el humor.»

El viernes por la noche, cogió el coche y atravesó la ciudad para encontrarse con Dex. Este se metió en el coche y llevaba algo escondido en la mano; de repente, extendió la mano hacia Joanna y en la palma brilló algo plateado.

-¡Dex! -exclamó Joanna tan sorprendida que se olvidó de controlar el volante y el coche dio un bandazo.

-Sorpresa -dijo Dex al tiempo que le prendía un ramillete en la solapa de la chaqueta.

-Oh, qué bonito -dijo Joanna, complacida.

Decidieron ir a una pequeña discoteca de las afueras de la ciudad. Se llamaba Barks[2]. y a Joanna le extrañó el nombre.

[2] *Ladrido. (N. de la T)*

-¿Por qué se llama de ese modo? -preguntó mientras cerraba el BMW.

-Espera y verás -respondió Dex, saliendo del coche con dificultad debido a los problemas de sus piernas. Una vez dentro, enseguida quedó claro por qué el local se llamaba Barks. Las paredes estaban llenas de pinturas de perros gigantescos.

-Qué sitio tan cutre... -comentó Joanna mientras contemplaba aquellas pinturas tan espantosas y la diminuta pista de baile con su luz estroboscópica.

-¿Y qué hace esa horripilante cabeza de ratón en la pared? -preguntó Joanna-. Los ratones no ladran.

-Sabía que te gustaría este sitio -dijo Dex riendo.

Joanna advirtió que, cuando reía, las mejillas se le hundían. «Está tan distinto...», pensó.

-El equipo de sonido es muy bueno -dijo Dex, llevándola hacia la pista-. Y el local no se llena en exceso.

En la pista había cinco o seis parejas bailando una canción de Gloria Estefan. Joanna miró un cuadro de un pastor alemán especialmente feo sentado sobre los cuartos traseros y con la cabeza echada hacia atrás como si aullara.

-Ven, vamos a bailar -gritó Joanna por encima de la música-. Es mejor que mirar esas pinturas.

Dex la tomó de la mano. Joanna notó de nuevo lo helada que la tenía, y aunque le dedicó su cariñosa y familiar sonrisa, en cierto modo parecía sin vida, como si le costase un auténtico esfuerzo sonreír.

«Está tan distinto -pensó mientras empezaban a bailar, chocando contra las otras parejas hasta hacerse un hueco en la pequeña pista rectangular-. Antes estaba siempre alegre; todo le divertía, era tan teatral...»

En esos instantes bailaba con Joanna de un modo apático, con una lenta cadencia y casi sin levantar los pies del suelo.

El ritmo cambió y se suavizó, conviniéndose en una melodía romántica. Él la atrajo hacia sí, tomándola con sus gélidas manos.

«Otra vez ese olor de fruta pasada, a podrido.»-¿Llevas colonia o algo así, Dex?

-¿Qué? -A Dex le costaba entender lo que decía debido al volumen de la música.

-Que si llevas colonia -le repitió ella al oído.

-En absoluto -respondió él con una mueca de desaprobación. Luego soltó una carcajada desagradable.

«Es la primera vez que le oigo reír de ese modo -pensó Joanna mirándolo a la cara-. Es como un extraño, un desconocido, no es el mismo.»

Entonces, de repente, Dex dejó de bailar y se llevó la mano a la boca.

-¿Qué te ocurre, Dex?

El chico no respondió. Tal vez, la música le había impedido oír la pregunta. Bajo la luz estroboscópica, era como si desapareciera y apareciera otra vez en fracciones de segundo. Durante un momento se le veía radiante y lleno de colorido con la camisa marrón que llevaba sobre sus gastados vaqueros, y al instante siguiente lo envolvía la oscuridad y se convertía en una silueta negra que se llevaba la mano a la boca y que caminaba rígidamente por la pista.

-¿Dex? -Joanna lo siguió-. Eh, espera. ¿Qué te pasa?

Él chocó contra una chica que llevaba un suéter blanco de lana de angora y una minifalda roja y siguió caminando. La muchacha se volvió enfadada, sorprendida por su brusquedad.

Joanna no sabía seguro si Dex quería que lo siguiera o no; era como si se hubiera olvidado de ella.

Se detuvo ante un espejo que ocupaba una pared entera y se miró en él al tiempo que jugueteaba con algo que tenía en la boca.

A desgana, Joanna se acercó a él.

-¿Dex? ¿Qué pasa?

-No, nada -respondió él sacándose los dedos de la boca al tiempo que se volvía hacia ella, avergonzado.

-¿Nada?

-Tengo algunos dientes flojos, eso es todo.

Ella rió, pero enseguida cayó en la cuenta que no era divertido.

-¿No te parece que eres demasiado joven como para que se te caigan los dientes?

-Sólo están flojos -le respondió él mirándola con frialdad-, nada más.

Entonces Joanna pensó que aquello tenía que deberse a la caída por el precipicio. Dex nunca había querido hablar de las lesiones sufridas y ella, claro, tampoco se lo había preguntado.

Hasta aquel momento Joanna había dado por seguro que aunque Dex había estado muy grave se había recuperado y en general estaba bien, pero lo del diente le extrañó mucho.

¿Y las piernas, Dex? Cojeas. ¿Es debido a...?

Se me pondrán bien -se apresuró a decir para interrumpirla, pero de repente parecía muy cansado-. Las piernas se me curarán -añadió tras unos instantes de mirarse, incómodo-. Me estoy recuperando mucho más deprisa de lo que esperaba. -Volvió a reír de aquella manera tan extraña. Era una risa amarga.

-Tendrías que tomar el sol -dijo ella, poniéndole una mano en el hombro-. Tienes la piel completamente verde.

-Tal vez flete un avión privado y me vaya a las Bahamas -dijo él tras encogerse de hombros.

-Oh, Dex, esta broma no parece tuya, parece mía.

-Tu madre y tú siempre os vais de vacaciones en invierno -dijo muy serio, sin tener en cuenta el comentario de Joanna-. Podríais llevarme con vosotras. -Se llevó el dedo a la boca y jugueteó con los dientes flojos, vuelto de nuevo hacia el espejo.

¡Qué ocurrencia! A Joanna casi se le escapó la risa. Se imaginaba la reacción de su madre si le pedía que Dex las acompañara a St. Croix.

Lamentaba haber dicho que tenía la piel de color verde, lamentaba haberle hablado de su aspecto. Lamentaba haber salido con él.

«Antes de la caída era tan divertido, tan entusiasta...», pensó con amargura mientras él jugueteaba con el diente ante el espejo.

-¿Quieres que bailemos más? -le preguntó Joanna, intentando que se alejara del espejo y, al mismo tiempo, dar por finalizada la conversación-. A eso hemos venido, ¿no?

-Primero vamos a por unos refrescos, ¿vale?

-Sí, claro. ¿Puedes ir a buscarlos tú? Yo te esperaré en esa mesa.

Él asintió y, caminando con las piernas tiesas, tanto que casi arrastraba la izquierda tras él, se dirigió hacia la barra que se encontraba al otro lado de la pista.

«Qué verde que está... -pensó Joanna-. Creo que en la caída se hizo mucho más daño de lo que me ha dicho. Parece que tiene las rodillas muy dañadas, y la cara...»

De repente, Dex se detuvo al borde de la pista.

«Y ahora, ¿qué pasa? -se preguntó Joanna, mirándolo-. ¿Por qué se ha parado ahí?»

-¡Dios mío, no!

Joanna no advirtió que estaba gritando y luego tuvo la sensación de que se asfixiaba; se sentía mareada, a punto de vomitar. Estaba segura de que había visto a Dex llevarse la mano al rostro y arrancarse un trozo de piel de la frente.

13

-Estás guapísima, Joanna, pero pon la espalda más recta.

-Pero, mamá, si ya tengo la espalda recta.

-Entonces tal vez sea culpa del vestido.

-¡Ya basta, mamá! -gritó Joanna-. ¿Pretendes que me sienta insegura?

-¿Yo? -preguntó la señora Collier boquiabierta-. ¿Por qué tendría que querer eso?

«Porque sabes que tú pareces un ratoncito anticuado con ese vestido de noche horrendo que llevas, y quieres que yo me sienta tan mal como tú», pensó Joanna, pero decidió no responder a la pregunta de su madre. Subió a su lado las escaleras de cemento del antiguo depósito de armas y ambas entraron en el salón principal, resplandeciente de luz.

-¡Uf! ¡Qué retratos tan horribles! -exclamó Joanna. Las paredes estaban llenas de retratos gigantescos y oscuros de los fundadores de la ciudad, del siglo XVIII, y otros altos dignatarios.

-No seas negativa, por favor -la reprendió su madre. -Vaya sitio para dar una fiesta -prosiguió Joanna, al tiempo que se quitaba el abrigo y se lo tendía al joven que estaba tras el mostrador del guardarropa.

-Sólo tienes que ser simpática y agradable un par de horas -le dijo su madre, pugnando con su enorme abrigo de piel. No conseguía desabrochar el primer botón y Joanna la ayudó-. Es todo lo que te pido, Joanna. No es tan difícil, ¿verdad?

-Haré lo que pueda, mamá -respondió Joanna, mirando con tristeza el viejo e inmenso salón.

Cada invierno, el Club de Damas celebraba su baile de caridad en el antiguo arsenal, y aquel año, su madre ocupaba voluntariamente el cargo de presidenta del acto. ¿Y por qué no? Según Joanna no tenía otra cosa que hacer. Pero la señora Collier la había reclutado para la organización y tendría que encargarse de servir el ponche.

Iba a ser una noche interminable, lo sabía, aunque la fiesta terminara a las once. Había hecho todo lo posible por escaquearse, incluso fingido tener diarrea, pero su madre no se había creído ninguna excusa.

Todo un sábado por la noche desperdiciado, se lamentó interiormente mientras se colocaba los tirantes de su vestido de terciopelo verde y se abría paso hacia la gigantesca ponchera de cristal que estaba en una mesa cercana a la pared.

Podría haber salido con Shep. O con Dex.

Hacía una semana que no veía a Dex, exactamente desde la desagradable noche que pasaron juntos en aquella discoteca horrible. Había telefoneado un par de veces entre semana y parecía muy animado, como solía estar antes de la caída.

La noche anterior, Joanna había ido al cine con Shep a ver una comedia muy divertida de Tom Hanks. Shep se había reído como un loco, nunca lo había visto pasárselo tan en grande. Se reía de un modo ridículo y le gustaba mucho más cuando estaba serio; pero le complacía que estuviese tan desinhibido y habían pasado una noche muy agradable.

Y allí estaba ella, en el arsenal precisamente. El patilludo rostro de William Beathard Rogerson, 18491910, miraba hacia la puerta. ¿Por qué se metía la mano debajo de la camisa?, ¿le picaba algo?

El salón se llenó enseguida. Los asistentes eran en su mayor parte ancianos o personas de mediana edad con abrigos de pieles y trajes de etiqueta. Joanna suspiró desesperanzada. Se preguntó si cuando tuviera cuarenta años sería así. Imposible.

Con una sonrisa forzada empezó a servir el ponche en las copas de cristal puestas en hilera sobre la mesa, sin dejar de pensar en Dex y en lo que estaría haciendo aquella noche.

-Tú eres la hija de Dorothy, ¿verdad? -le preguntó una mujer que llevaba un traje violeta sin tirantes.

-Sí -le respondió Joanna sin abandonar la sonrisa-. ¿Quiere tomar ponche?

La mujer llevaba los labios pintados de púrpura, a juego con el vestido; se había puesto mucho colorete en las mejillas y llevaba un corte de cabello con mucho estilo.

-Por supuesto, querida. Tu madre me ha dicho que sales con Shephard Forrest.

Joanna se sobresaltó y derramó un poco de ponche fuera de la copa.

-Sí. -¿Qué pasaba con su madre, se lo había contado a toda la ciudad?

-Hace muchos años que conozco a la familia de ese chico -dijo la mujer, tendiéndole la mano para estrechársela. Llevaba unos guantes color violeta hasta el codo-. Soy Sylvia Norris.

-Encantada de conocerla, señora Norris. -Joanna le tendió la copa de ponche.

-Es un joven muy agradable y hacéis muy buena pareja. -Gracias.

Por fortuna, un caballero de cabello blanco que vestía un esmoquin de satén, dio unos golpecitos en el hombro a la señora Norris y ésta se volvió para saludarlo y ambos se alejaron en animada conversación.

«Para su edad, está muy bien conservada -pensó Joanna-. Espero poder pintarme los labios de violeta cuando sea tan mayor como ella. Y en cuanto a lo que ha dicho sobre Shep y yo, tiene toda la razón. Somos una pareja perfecta. Entonces, ¿por qué sigo saliendo con Dex? Es una locura. Yo no soy así. -Llenó otras dos copas de ponche y las tendió a las manos que las esperaban-. Esto es un defecto de mi carácter. Exacto, eso es. Dex es una debilidad mía. La semana que viene cortaré con él. Tal vez sería mejor que le escribiera una carta. No, Dex nunca se creería lo que le dijese en una carta. Al recibirla, lo primero que haría sería subir por el árbol y colarse en mi dormitorio, de madrugada, lo sé, y me pediría que saliésemos a dar una vuelta o alguna otra tontería, fingiendo que no ha recibido la carta. No, tengo que romper con él cara a cara, en persona.»

Se imaginó la cara de Dex, su rostro verde. Siempre había sido tan guapo... Luego vio el jirón de piel arrancada.

Eso no había ocurrido, ¿verdad que no? Habían sido imaginaciones suyas. Pero ¿por qué estaba tan distinto? ¿Por qué actuaba de una manera tan diferente?

«Entre él y yo ha terminado todo -pensó mientras servía más ponche, sonriendo como un robot a dos mujeres rechonchas muy bien vestidas que le devolvieron la misma sonrisa estereotipada-. Sí, romperé con él el próximo sábado por la noche. No me importa que casi se muriera la noche del Promontorio. Fue por culpa de sus ideas estúpidas; la mayor de todas ir a ese lugar y después montar ese numerito al borde del precipicio hasta caerse. Yo ya no me siento culpable; no lo soy. No siento nada, y no puedo seguir viéndole, semana tras semana, y fingir que todavía lo quiero por lo que pasó esa noche.»

Una vez tomada esa decisión, borró a Dex de su mente y se dedicó a pensar en Shep el resto de la velada. Era tan guapo, tan simpático, tan adecuado para ella... Decidió que hasta le gustaba su estúpida manera de reír.

Hacia las once y cuarto, la madre de Joanna, sonrojada y excitada tras el éxito de la fiesta, le dijo a Joanna que cogiera el coche y volviera a casa.

-Yo voy a salir con los Wayne y los Sturbridge -dijo, dándole un pellizco en el brazo-. Luego me llevarán a casa. Gracias por tu ayuda, Joanna.

-Gracias por obligarme a hacerlo -replicó Joanna, y rió para que su madre se diese cuenta de que era una broma.

Al cabo de unos minutos, se puso el abrigo y bajó deprisa las escaleras del antiguo arsenal camino del aparcamiento. Iba a tenderle el vale al encargado, pero se detuvo sorprendida.

-¡Pete!

El chico tardó unos instantes en reconocerla, probablemente porque nunca la había visto tan bien vestida y arreglada.

-¿Joanna?

-¿Quién eres? Quiero decir ¿qué haces aquí? -farfulló. Su aspecto era el mismo de siempre, con el cutis lleno de marcas de acné v el cabello de punta.

-Trabajo de mozo de aparcamiento. Pagan muy bien, ¿sabes? -dijo, un tanto a la defensiva-, y los sábados hago horas extra.

-¡Qué bien! -exclamó ella con falso entusiasmo. Se miraron unos instantes y entonces Joanna advirtió que aún tenía el vale en la mano.

-¿Dónde te habías metido? Hacía mucho tiempo que no te veía -le comentó ella, con ganas de coger el coche y marcharse de allí para terminar aquella charla con Pete.

-Sí, hacía mucho -dijo él, dando palmadas, para calentarse las manos probablemente. Luego se encogió de hombros.

-Escucha, he visto a Dex -le contó Joanna, para decir algo-. Me sorprende que no te haya mencionado nunca. Dex...

-¿De qué estás hablando, Joanna? -Sacudió la cabeza con una extraña sonrisa en los labios-. ¿Me estás tomando el pelo?

-Yo no te tomo el pelo.

-Sí que lo haces. Y es una broma de muy mal gusto, ¿sabes? -Dio una patada al bordillo de la acera.

- Pete, la semana pasada vi a Dex.

-Tú alucinas. Dex murió; está muerto, Joanna.

- Para, Pete. No está muerto. ¿Por qué insistes en ello? Lo vi la semana pasada, lo toqué, bailé con él; no está muerto. ¿Por qué...?

-Mira, Joanna, no se adónde quieres ir a parar o si es que te has vuelto loca. -Pete la miró enfadado, estudiando sus ojos para descubrir si la chica hablaba o no en serio-. Yo sólo sé una cosa -dijo en un susurro casi inaudible-. Dex ha muerto.

-Pero...

- Asistí a su funeral, lo vi en el ataúd, y estaba muerto, frío como el mármol.

-Pete...

-Tal vez has creído verlo -prosiguió Pete acaloradamente-, tal vez son imaginaciones tuyas producto de la culpa o algo así. Quiero decir que deberías sentirte culpable, ¿sabes? A fin de cuentas, lo dejaste morir.

-¡No es cierto!

«Oh, ¿de qué sirve que intente explicarme?», pensó ella,

-Tal vez necesites algún tipo de ayuda: Yo no soy psiquiatra, pero te repito que sólo sé una cosa: Dex ha muerto, está muerto, Joanna. Lo vi morir, estuve en su entierro. Ha muerto para siempre. Y ésa es la única verdad.

14

De vuelta a casa, Joanna condujo despacio, con precaución, mientras repasaba mentalmente la conversación mantenida con Pete. Agarró el volante con fuerza para no temblar y, aunque puso la calefacción al máximo, no conseguía entrar en calor.

Cuando se apeó del coche y entró en casa por el garaje, todavía temblaba. Se puso ropa cómoda y caliente y luego se preparó una taza de té, pero seguía sin poder tranquilizarse. Continuaba oyendo las aterradoras palabras de Pete.

«Lo que Pete ha dicho es verdad -decidió-. Pero, ¿cómo puede serlo?»

¿Y qué significaba? Si lo que Pete había dicho era cierto, había estado saliendo con un fantasma. Y Dex no era un fantasma, de eso estaba segura.

-¡Es absurdo! -gritó en voz alta, y enseguida lo lamentó porque no quería despertar a la doncella.

Cogió el té, salió de la cocina, se marchó a la sala y encendió todas las luces. El té la reconfortó y los temblores cesaron.

«Esto debe tener una explicación lógica -pensó-. Todas las cosas la tienen, ¿no? -Se sentó en el inmenso y mullido sillón, dobló los pies debajo del cuerpo y dejó la taza de té en su regazo-. A ver si puedo pensar en todo esto...»

Pero no había manera lógica de pensar y explicarse lo ocurrido. Dex estaba muerto, Pete ya le había dado esa noticia en octubre, cuando estaba en el hospital. Luego, en diciembre, hacía unas cuantas semanas, Dex había reaparecido diciendo que se había hecho mucho daño. Y su aspecto y su manera de actuar corroboraban sus palabras. Pero estaba vivo, completamente vivo. Sin embargo, Pete insistía en que había muerto y en que había asistido a su funeral.

Luego, eso significaba... eso significaba...

«¿ Qué?», se preguntó la chica.

Cuando llegó la señora Collier, Joanna estaba sentada en el sillón de la sala, con la vista clavada en el empapelado de la pared y la taza de té vacía en la mano.

-¡Dios del cielo, Joanna! Pensaba que ya estarías acostada.

-Pues no, yo...

-¡Qué noche! -exclamó su madre-. Y qué éxito tan aplastante. ¿Sabes cuánto hemos recogido para la fundación?

-No. -Joanna ni se molestó en fingir que le interesaba.

-Muchísimo. ¿Sabes lo que me ha dicho la señora Norris? Ha dicho que...

Su madre siguió hablando, pero Joanna había desconectado y su voz se convirtió en un pequeño zumbido en los pensamientos de la chica. Asentía de vez en cuando, y decía «oh, sí» para que su madre creyera que la estaba escuchando. «Esta mujer puede hablar horas y horas sin tomarse un respiro -pensó Joanna-. Bueno, pues que hable, lo de hoy es lo más importante que le ha ocurrido en todo el año, pobrecita.»

Joanna pensó en Dex, en un intento por unir las piezas de aquel misterioso rompecabezas, pero las piezas no encajaban.

Por más cambiado que estuviera, Dex seguía siendo Dex. Entonces pensó en qué había cambiado. Aquel color verde de su piel, la rigidez de sus piernas, su manera de caminar, el olor a fruta pasada, a descomposición, el diente suelto, el trozo de frente que se había arrancado como si fuera... como si fuera un zombi.

«La noche de los muertos vivientes. Uf.»

Se recriminó por dejarse llevar por la imaginación de aquella manera y se obligó a pensar de un modo sensato. Los zombis eran una insensatez.

-Me parece que no te has enterado de nada de lo que te he contado. -Su madre se levantó y se dirigió hacia la escalera.

-Claro que sí, lo he oído todo -mintió Joanna-. Escucha, mamá, tengo que salir.

-¿A estas horas? ¿Estás loca?

«Espero no estarlo», pensó Joanna.

-Uf, estoy tan cansada..., de la fiesta y todo lo demás; con toda esta excitación no puedo relajarme. Voy a dar una vuelta en coche y a que me dé un poco el aire fresco.

-¿Ahora quieres coger el coche? No me gusta que conduzcas tan tarde -le suplicó su madre, después de mojarse con saliva la punta del dedo y quitar una mota de polvo del espejo-. La última vez que saliste de noche...

-Iré con cuidado, mamá. «Gracias por fingir que te preocupa que salga.» Te prometo que volveré enseguida.

Joanna pasó a toda prisa junto a su madre, cogió el abrigo del perchero y se dirigió hacia el garaje.

-Ve con cuidado -le dijo su madre-. La verdad es que no me gusta que salgas.

«A mí tampoco me gusta -pensó Joanna, mientras sacaba el BMW marcha atrás por la calzada-. Me gustaría mucho más estar calentita en mi cama. Pero tengo que saber la verdad, tengo que saber qué esta pasando.»

Cuando enfiló la calle Fairview en dirección al otro extremo de la ciudad, donde se encontraba la casa de Dex, empezó a formársele un nudo de terror en el estómago.

De repente advirtió que saber la verdad podía ser más terrorífico que no saberla.

15

El barrio de Dex era mucho más pobre de lo que Joanna recordaba. Las casas eran diminutas y se apiñaban unas contra otras como pequeñas tiendas de campaña, todas seguidas, sin patios laterales ni delanteros que las separasen.

«No es de extrañar que Dex siempre quiera que nos encontremos en la zona donde yo vivo», pensó Joanna pulsando el cierre automático del coche.

Cuando se acercó a la casa de Dex, disminuyó la velocidad. Al otro lado de la estrecha calle, dos perros flacuchos, casi esqueléticos a la luz de los faros, volcaron un cubo de basura. La tapa rebotó sobre el asfalto y rodó hasta el centro de la calle. Los escuálidos perros empezaron a tirar de un gran paquete envuelto en papel de embalar y se gruñían.

Joanna tuvo que desviarse para esquivar la tapa del cubo y echó un último vistazo a los perros por el retrovisor. Incluso con las ventanas cerradas, oía los ladridos y gruñidos mientras pugnaban por abrir el asqueroso paquete.

«¿Por qué dejarán los cubos de basura en la calle? -se preguntó Joanna intentando contener la respiración para no oler la basura-. ¿Y nunca dan de comer a los perros?»

¿Era ésa la casa de Dex? ¿Esa pequeña de ladrillos con papel de periódico en la ventana rota? Sí, lo era. Ya había estado allí una vez. Joanna se detuvo, pero dejó el motor en marcha. La casa estaba a oscuras a excepción de una bombilla de escasa intensidad que brillaba sobre la puerta de entrada. En el pequeño espacio cuadrado que hacía las veces de patio delantero había un neumático viejo y todo el recinto estaba lleno de hierbas que no se habían cortado en meses y que se cimbraban movidas por el viento de la noche.

«¿Cómo es posible que yo conozca a alguien que vive aquí? ¿Cómo he podido salir con alguien que tiene un neumático viejo en el patio y un papel de periódico en una ventana rota? Y, ¿qué estoy haciendo aquí? La casa está a oscuras, seguro que Dex y su tía están durmiendo. Esto es una locura, una verdadera locura. -Miró el reloj del tablero de mandos: la una y media-. Dex solía quedarse despierto hasta altas horas. -Miró la casa a oscuras-. Tal vez no esté dormido. Si he venido hasta aquí ha sido para hablar con él. Si llamo a la puerta delantera, su tía seguro que no me oirá y Dex me abrirá.»

Después de tomar esa difícil decisión, acercó el coche a la acera. No había calzada de acceso a la casa y tuvo que aparcar en la calle. Apagó los faros y la repentina oscuridad la sorprendió.

Joanna se preguntó si eran tan pobres que no podían tener ni alumbrado en la calle.

«Oh, bueno, cuando rompa con Dex no tendré que venir nunca más a este barrio horrible, a menos que no sea para alguna obra de beneficencia.»

Abrió la puerta del coche a desgana y salió a la oscuridad. El viento era frío y racheado y parecía alejarla del coche; retrocedió, sin atreverse a soltar la manecilla de la puerta.

«Eso es un error, una equivocación estúpida. No, tengo que averiguar la verdad, lo que pasa con Dex. Tengo que averiguar... ¿qué? ¿Si está vivo o muerto?»

La calle estaba en silencio y sólo se oía al viento. Una estrecha franja de cemento llevaba al porche delantero. La débil y amarillenta bombilla del porche proyectaba unas sombras bajas en la pared de la casa que parecían animales al acecho.

Joanna caminó deprisa hacia la puerta y sus pasos resonaron en el silencio. En aquel instante cayó otra tapa metálica de un cubo de basura y el ruido la sobresaltó. Contuvo una exclamación y oyó de nuevo los ladridos de los perros en la distancia, peleándose por los desperdicios.

El olor a basura volvió a rodearla, llevado por el viento. Contuvo la respiración y entró en el porche.

No supo por qué, pero en aquel momento se acordó del olor dulce que siempre notaba en Dex cuando la abrazaba. Ya no olía de ese modo, olía igual que aquella basura.

Buscó el timbre pero no había y, después de respirar hondo, llamó con los nudillos. La parte superior de la puerta de tela metálica estaba desencajada y una de sus esquinas colgaba.

«Dex, por favor, ojalá que estés despierto.

»Contesta, abre. Ojalá que estés vivo.

»Dime que Pete es un mentiroso, dime que Pete se ha vuelto majara, que Pete ha estado encerrado en un manicomio, que se ha escapado y ha ido al antiguo arsenal para asustarme, para que me vuelva tan loca como él. Siempre he odiado a Pete.

»Con ese diamante ridículo en la oreja y el pelo de punta, con espuma y gomina para que le quede erizado; es tan repugnante y estúpido...

»Nunca he comprendido por qué te caía tan bien, Dex. Nunca he entendido de qué podíais hablar, de qué os reíais constantemente. Pete es tan estúpido... Un subnormal.»

El viento sopló con fuerza y abrió la puerta de tela metálica. Joanna, sobresaltada, contuvo un grito y alzó las manos para detener la puerta e impedir que la golpeara.

«Es como si un fantasma hubiese abierto la puerta -pensó, pero luego se recriminó por dejarse llevar por la imaginación-. No te asustes, Joanna.»

Llamó a la puerta otra vez, con más fuerza. Escuchó con atención, pero dentro de la casa todo estaba en silencio.

«Quizá ni siquiera esté en casa, es muy propio de él llegar de madrugada. Tal vez he venido hasta aquí para nada, pero ¿qué otra alternativa me quedaba? Pete me ha puesto tan nerviosa que... -Llamó de nuevo a la puerta, esta vez con el puño-. ¡Uf, qué daño! -Seguía sin oírse nada-. Muy bien, al menos lo he intentado.»

Se sentía decepcionada pero también aliviada. Iba a marcharse, caminando hacia atrás por si oía ruidos, cuando chocó con algo. Entonces sintió un aliento caliente en la nuca y una mano en el hombro.

El viento pareció ahogar su grito y el sonido se le quedó atorado en la garganta, pero gritó de nuevo, no podía evitarlo.

Y al volverse se encontró cara a cara con Dex.

-¿Dex?

Sus ojos negros se clavaron en los de Joanna sin parpadear. Su rostro no expresaba ninguna emoción: ni sorpresa por haberla encontrado allí, ni excitación ni alegría por su inesperada visita. Nada.

-¿Dex? ¿Estás bien?

El chico no respondió.

-Siento haber gritado así. -De repente, Joanna se sintió avergonzada. Había chillado como una niña pequeña. Eso no era propio de ella-. Pero es que me has asustado, no esperaba...

Él avanzó hasta que la luz lo iluminó.

-¡Oh! -Joanna no pudo contener un grito de asombro.

Tenía un aspecto terrible... con la piel de color sopa de guisantes y los ojos, que seguían sin parpadear, rojos.

Joanna lo miró y sintió que el miedo la invadía; el terror la venció y la dejó allí inmovilizada, como cuando llevaba la escayola en el hospital.

A Dex la piel se le caía a pedazos, tenía la frente ahuecada como si ya se le hubiese desprendido en parte. Su cabello negro, antes tan hermoso, tan sedoso y lacio, era casi inexistente; le faltaban trozos de cuero cabelludo y en las zonas descubiertas se adivinaba una superficie lisa de color gris. ¿El cráneo?

-¡Dex! -gritó Joanna, incapaz de apartar los ojos de él por más que quería marcharse corriendo-. Dex, ¿estás bien?

El olor, aquel horrible olor a basura no estaba en el aire. Procedía de Dex.

«No es de basura -pensó Joanna mareándose-. Es de descomposición.»

-Dex, ¿por qué no dices nada? -Él la miraba sin pestañear.

-Dex, ¡por favor! ¡Me estás asustando de veras! Finalmente, el chico sonrió y la sonrisa se formó muy despacio, como a cámara lenta.

«Estoy soñando. Un sueño a cámara lenta. Despierta, despierta, despierta.»

Mientras se formaba la sonrisa, Dex abrió la boca.

-No! -gritó Joanna al darse cuenta de que le faltaban todos los dientes delanteros.

Él dio un paso hacia la casa y se apoyó en la desvencijada puerta de tela metálica. Alzó la mano: en ella llevaba un pequeño ramillete ajado y los pétalos de una de las flores estaban traspasados por una larga aguja de plata. Olía a carne podrida. Le sonrió con aquella sonrisa desdentada.

-¿No quieres darme un beso, Joanna? -le preguntó en un levísimo susurro.

16

Joanna, ¿qué pasa? ¿Por qué no te vistes?

-No... no puedo. -Joanna levantó la cabeza de la almohada con un gemido-. Me parece que estoy enferma.

Su madre, ya vestida con un traje gris muy elegante, sacudió la cabeza y apoyó una mano en la jamba de la puerta.

-Sabía que no tenías que haber salido la noche pasada a esas horas -le dijo en voz baja.

«No sabe la razón que tiene», pensó Joanna con amargura.

-Seguro que has cogido esa gripe que tiene todo el mundo, Joanna.

-No, mamá, no creo. Lo que pasa es que estoy muy fatigada. Un día en la cama y me pondré bien.

«Nunca me pondré bien -pensó con tristeza-. Nunca se me borrará de la mente esa cara repugnante, en plena descomposición.»

-Bien, pues si no tienes la gripe, creo que deberías hacer un esfuerzo y venir conmigo a la iglesia -dijo su madre, ajustándose el lazo de satén que colgaba del cuello de su blusa de seda plisada-. Todo el mundo preguntará por tí. Todo el mundo me felicitó por tu colaboración en el baile de beneficencia.

Como si fuera un hermoso perro de raza, se dijo Joanna con amargura. «Oh, señora Collier, qué líneas tan bonitas tiene. ¿Puede hacernos una demostración de sus cualidades? ¿Sabe levantarse sobre los cuartos traseros para pedir algo?»

-No puedo ir a la iglesia, voy a pasarme el día durmiendo. Lo siento.

Su madre parecía más decepcionada que preocupada.

-Ya sabes que esta noche no volveré hasta muy tarde. Tengo un almuerzo con los Wilkerson y luego un cóctel y una cena con los Smith.

«Buenas noticias -pensó Joanna-. Pues vamos, vete ya, pero ahora mismo.»

-Si puedo hacer algo por ti, querida, dímelo. Estás hecha un trapo.

«Eso es, mamá. Asegúrate de soltarme la indirecta antes de irte.»

-No, gracias, si necesito algo ya llamaré a la doncella.

-¡Oh, no! Helen tiene la mañana libre y hace un par de horas que se ha marchado a casa de su hermana. De haber sabido que te encontrabas mal le hubiese dicho que se quedase, pero ¿cómo iba a imaginármelo?

«Eso es incluso mejor. -Joanna hundió más la cabeza en la almohada-. Tendré todo el día para mí sola.»

-Vete, mamá, o llegarás tarde a la iglesia. Dile a todo el mundo que lo siento, por favor. -Se volvió de lado, de espaldas a la puerta. Tal vez su madre comprendería la indirecta y se marcharía.

Al cabo de unos minutos la oyó bajar las alfombradas escaleras y poco después escuchó cerrarse la puerta de un coche, que enseguida se puso en marcha y se alejó.

«Y ahora, ¿qué? ¿Quedarme todo el día aquí tumbada pensando que mi vida se ha convertido en una película de terror? ¿Dormir otra vez? No puedo pasarme toda la vida durmiendo, ¿verdad que no? ¿Qué tengo que hacer? ¿Fingir que lo de anoche no ocurrió? ¿Aparentar que Dex no se ha convertido en una horrible criatura fantasmal?»

Joanna se revolvió en la cama, incapaz de encontrar una postura cómoda. De repente cayó en la cuenta de que quedarse completamente sola no era la mejor idea del mundo, porque estando sola no había nada que pudiera distraer su mente de todo lo sucedido la noche anterior.

Y allí tumbada, vería la cara distorsionada de Dex, su mirada de soslayo, su piel verde que se caía a tiras, los trozos de cráneo al descubierto y la sonrisa sin dientes una y otra vez.

-No!

Se sentó y bajó los pies a la alfombra, empezó a ponerse en pie pero el tobillo aún le dolía de cuando se había caído intentando huir de él. Se lo había torcido y lo tenía algo hinchado.

¿Dex la había horrorizado tanto que había tenido que salir huyendo? ¿Había escapado de alguien a quien había amado, de alguien a quien creía conocer mejor que a nadie en el mundo?

Sí, había bajado del porche de un salto, esquivando su asqueroso beso, y había corrido entre los hierbajos del patio delantero.

En esos momentos no le parecía real, sino una escena vista en una de esas asquerosas películas de terror que emitían por la tele de madrugada; pero el dolor y la hinchazón del tobillo le corroboraban que todo había sido real.

Y no cesaba de ver la cara verde que sonreía y su mente le decía que también era real.

La noche anterior, cuando había huido de él y, al tropezar con el neumático que estaba en medio del patio, se había caído entre las matas de hierba mojada, se había vuelto a mirar hacia el porche. Para su alivio, vio que Dex no iba a su encuentro; en realidad, ni se había movido. Estaba quieto, con las piernas tiesas, apoyado en la puerta de tela metálica, mirándola con una terrible sonrisa clavada en su rostro descompuesto.

Y el olor, oh, ese olor.

Con punzadas de dolor en el tobillo, Joanna había vuelto hasta el coche renqueando. En cuanto llegó a casa, se quitó la ropa, la tiró en el cesto de la lavandería, y luego se dio una ducha. Fue la ducha más larga de su vida, con el agua cada vez más caliente para librarse de aquella horrorosa pestilencia y para intentar olvidar el rostro de Dex, el miedo pasado y toda la confusión.

Pero la ducha no le sirvió de nada, ya que salió de ella con el mismo miedo y el mismo frío que había sentido en aquel porche pequeño y mal iluminado mirando unos ojos rojos que no parpadeaban.

Incluso ahora, en una mañana soleada de domingo, la escena seguía envolviendo a Joanna como una bruma húmeda y pegajosa.

«Tendría que haber ido a la iglesia con mi madre. No, tengo que hablar con alguien, tengo que contárselo a alguien; pero ¿a quién? A Mary; sí, claro, a Mary.»

En momentos como aquéllos, Mary era su única amiga, la única que conocía a Dex y que estaba al corriente de todo lo ocurrido. O de casi todo.

Si alguien iba a creerla, Mary sería la única; ella lo haría y la comprendería. De todas formas, Joanna no sabía seguro si creérselo ella misma.

Cruzó la habitación, caminando con cuidado, y cogió el teléfono. Volvió a la cama, se sentó en el borde de ésta y marcó el número de Mary. Mientras esperaba respuesta miró por la ventana. El cielo se había llenado de nubes grises que amenazaban lluvia.

Alguien cogió el teléfono a la sexta llamada.

-Hola, ¿eres Mary?

-Sí, hola -respondió una voz soñolienta y pastosa.

-Mary, soy yo, Joanna. ¿Estás durmiendo?

-No, he tenido que despertarme para coger el teléfono.

-Muy aguda. Vaya chiste.

-Me parece que lo oí en un programa de televisión. Por cierto, Joanna, ¿qué hora es? De madrugada, ¿no?

-No, son casi las nueve. ¿Puedes venir a casa?

-¿Qué?

-Necesito hablar contigo, Mary, en serio. -Joanna estaba un poco avergonzada por su tono de súplica. No le gustaba parecer una niñita indefensa y desvalida, y sabía que ponía voz de serlo.

Sin embargo, era la primera vez en su vida que se sentía realmente indefensa, la primera vez en su vida que pensaba que las cosas se habían descontrolado y que se encontraba en una situación que no sabía cómo afrontar.

Era una sensación extraña que le desagradaba. Hubiera deseado tener más entereza; le disgustaba además tener que sincerarse con una amiga íntima y mostrarse tan vulnerable, en especial con una amiga tan íntima como aquélla.

-¿Puedes venir?

-¿Cuándo? ¿Ahora? -Mary seguía medio dormida.

-Sí. ¿No puedes?

- ¿Y no podemos hablar por teléfono, Joanna? Me gustaría ir a verte, pero tengo que almorzar en casa de mi prima y...

-Mary, por favor, te necesito. -Aquello era bochornoso, ¿por qué Mary se hacía tanto de rogar y le ponía tan difíciles las cosas?-. Anoche me ocurrió algo terrorífico.

-Muy bien, voy para allá. Tardaré una hora, más o menos.

-Oh, qué bien... Gracias.

-Joanna?

-¿Sí?

-¿Estás bien?

-Creo... creo que sí. Sí. No. No lo sé. Me siento muy confundida. -Empezó a notar que se desmoronaba y que tenía ganas de llorar, algo que no le había ocurrido en años y años.

«Pues no empieces ahora -se dijo, utilizando toda su fuerza de voluntad para contener las lágrimas-. No empieces ahora. ¿Para qué llorar, además? ¿Porque Dex se ha convertido en un muerto viviente? ¿Porque tu novio huele a carne podrida y la cara se le cae a trozos? Bueno, él no es tu novio, ni siquiera le amas. Y ésa es la verdad. No te importa si está vivo o... ¿muerto?»

-Hasta ahora -le dijo a Mary, y volvió a dejar el teléfono en su soporte, encima del escritorio.

Oyó un ruido en la ventana y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Era el ruido de siempre; después sonaron unos golpecitos en la ventana.

«¡Dex! ¡No, por favor!»

Asió el borde del escritorio para apoyarse; las rodillas le temblaban y tuvo miedo de caer. La habitación empezó a dar vueltas y a Joanna le asustaba mirar hacia la ventana.

¿Por qué subía a su habitación a plena luz del día? ¿Qué estaba haciendo allí?

-¡Vete! -gritó-. ¡Por favor, vete!

17

Llamaron de nuevo.

No era Dex.

Dex llamaba más fuerte; ya estaría aporreando el cristal para que ella le abriese.

Recordó su cara verde, aquella horrorosa sonrisa, el agujero negro en la boca, los ojos brillantes y rojos... Sin quitar la mano del escritorio, se volvió hacia la ventana. En el alféizar, una paloma daba suaves picotazos al cristal. Tap, tap, tap.

Joanna se recuperó y se reprendió. «No tienes que ponerte paranoica porque una paloma golpee la ventana. ¿Y si tomara otra ducha?»

El agua caliente la haría sentir bien, borraría todos los recuerdos, todas las imágenes de la noche anterior, antes de que se le pegasen a la piel como un sudor rancio.

Tomó una buena ducha caliente y se lavó el cabello. Después de secarse, se sintió relajada, un poco mejor.

Se vistió enseguida, con unos pantalones de terciopelo verde claro y una camiseta amarilla de manga larga. Luego bajó a la cocina v se preparó un zumo de naranja, un tazón de cereales y una tostada con mantequilla para desayunar.

Cuando dejaba los platos y la taza en el lavavajillas, el pequeño Toyota de Mary enfiló la calzada y Joanna se apresuró a secarse las manos para salir a recibir a su amiga.

-¡Café! -gritó Mary tan pronto como Joanna abrió la puerta-. ¡Prepara café! Esta mañana necesito despertarme de manera contundente.

-Te veo algo dormida -dijo Joanna, estudiando la cara pálida de su amiga-. ¿Una noche movida?

-No, nada especial -suspiró Mary. Siguió a Joanna hasta la cocina-. ¿Te sientes mejor? Por teléfono parecías estar muy mal.

-Sí, un poco -respondió Joanna mientras llenaba de agua la cafetera.

-Parecías muy... muy asustada. Joanna, eso es algo impropio de ti. -Mary se quitó la chaqueta, la tiró encima de uno de los taburetes de la cocina, se sentó en otro, y se apoyó en el mostrador de formica mientras Joanna medía el café.

-La verdad es que no sé... no sé cómo empezar -dijo Joanna, que detestaba aquella sensación de vulnerabilidad tan nueva en ella pero que a la vez estaba ansiosa por contárselo todo a Mary-. Se trata de Dex.

-¿Todavía sales con él? -Mary ocultó un bostezo tras la mano.

-Sí, creo que sí -respondió Joanna al tiempo que pulsaba el interruptor de la cafetera.

-Con él y con ese otro chico, Shep.

-Sí, pero voy a romper con Dex para siempre -dijo Joanna, incómoda, al captar la desaprobación de Mary.

Joanna no quería que las cosas fueran de aquel modo. Esperaba apoyo por parte de Mary, no desaprobación. Quería comprensión, tal vez una explicación.

¿Una explicación?

¿A quién intentaba engañar? ¿Cómo podía haber una explicación?

-Escucha, Mary, a Dex le ha pasado algo muy extraño.

-¿Qué? -Aquellas palabras tuvieron el efecto de despertarla. Se sentó erguida en el alto taburete sin respaldo.

- Quiero decir que me parece que Dex está enfermo o algo parecido.

-¿Tiene algo así como la gripe?

- No, no como la gripe. Me parece que su enfermedad es algo realmente grave.

-¿Cómo lo sabes, Joanna? ¿Te ha dicho que estaba enfermo?

-No, no me lo ha dicho, pero... Espera, voy a servir el café y luego te lo contaré todo. -Cogió las tazas de la estantería y añadió-: Has sido muy amable viniendo hasta aquí tan deprisa... Lamento haberte despertado.

- No pasa nada -dijo Mary-. Parecías muy preocupada. Joanna sirvió el café. Añadieron leche y azúcar y se llevaron las tazas a la sala.

Entonces, se sentaron ambas en el amplio sofá y Joanna le contó toda la historia, empezando por el día en que habían ido a la pequeña discoteca hasta las escenas de pánico vividas la noche anterior en el porche de la casa de Dex.

Mary la escuchó en silencio mientras tomaba café a largos sorbos. La expresión de su rostro no había cambiado y Joanna no sabía qué pensaba.

-Y eso es todo -concluyó Joanna-. Es decir, hasta ahora. La verdad es que no sé qué pensar, Mary.

-Ni yo, de veras. -Mary miraba el café con aire meditabundo-. Tienes razón, creo que Dex ha contraído alguna enfermedad extraña, algo que provoca que la piel se le caiga a pedazos.

-Pero ¿qué puede ser? -preguntó Joanna-. Nunca he visto a nadie con una enfermedad de ésas, ni siquiera en Hospital General.

Aquello pretendía ser una broma, pero Mary no rió. Al parecer estaba muy concentrada pensando algo.

-Lo más sorprendente de todo es lo de Pete -dijo por fin-. Pete asegura que Dex está muerto.

-Sí, y cuando le dije que no lo estaba, me miró como si estuviera loca de remate -explicó Joanna-. Pete me contó que había asistido a su funeral; todavía no puede hablar de todo eso sin emocionarse. Anoche tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Es todo tan extraño... -dijo Mary-. Pero esto debe tener una explicación lógica; si nos esforzamos en buscarla, estoy segura de que la encontraremos. -Alzó la taza-. ¿Puedo tomarme otro café?

-Claro, prepáratelo tú misma -respondió Joanna-. A mí me gustaría...

En esos instantes sonó el teléfono, interrumpiéndola. Pasó la mano por encima del reposabrazos y cogió el aparato que estaba en la mesita contigua.

-Hola, Joanna, qué guay que estés en casa.

-Era un chico y parecía asustado.

-¿Quién es? -gritó Joanna.

-Soy Pete. Oye, tienes que escucharme.

-¿Qué? ¿Qué pasa? Te noto tan raro...

-No digas nada, por favor, escucha, no tengo mucho tiempo.

-Pete, por favor, ¿de qué demonios estás hablando? -Joanna era presa del pánico y cogió el teléfono con tanta fuerza que la mano empezó a dolerle.

-Yo también lo he visto, Joanna.

-¿A Dex?

-Sí, lo he visto. -A Pete le temblaba la voz y resultaba difícil entender sus palabras.

-Tranquilízate, Pete. Yo ya te dije que lo había visto. Dex está...

-Joanna, por favor! -gritó el chico-. No lo entiendes. Dex ha vuelto, ha regresado de la muerte.

-¿Qué?

-Es cierto, Joanna, lo siento pero es verdad.

-Dices tonterías, Pete. ¿Dónde estás?

- Eso no tiene ninguna importancia. Escucha, Dex estuvo muerto, realmente muerto; yo asistí a su funeral y vi su cadáver. Pero ha vuelto de la tumba, Joanna. Él mismo me lo ha contado.

-¿Que él te lo ha contado?

-Sí. Dios mío, tiene un aspecto terrible. Se está deshaciendo a pedazos, en serio, se le caen trozos del cuerpo. Y huele tan mal... Se está pudriendo.

Joanna olió de nuevo aquella pestilencia fantasmal. Se había duchado dos veces y no se había librado del olor. Se imaginó a Dex sonriendo, desdentado.

-Escucha, Pete...

-Eres tú la que tiene que escuchar. Escucha -prosiguió Pete, cada vez más frenético. Joanna oía ruido de tráfico, un claxon sonando. Era obvio que Pete la llamaba desde un teléfono público de la calle.

»Ha vuelto para castigarte, Joanna -aseguró con voz temblorosa-. Ha regresado de la tumba porque quiere vengarse de ti por haberle dejado morir.

-Pero si yo...

-Lo sabe todo, Joanna. Sabe que te marchaste corriendo y lo dejaste. Y ha vuelto para vengarse.

-Para, Pete. Yo... -Las palabras se le quedaron atravesadas en la garganta. De repente, se sintió terriblemente mareada.

-¡Tienes que escapar! -gritó Pete por encima del ruido de un autobús-. ¡Tienes que marcharte de ahí! ¡Dex va hacia tu casa dispuesto a matarte! ¡Me lo ha dicho, Joanna! Ha vuelto para matarte. ¡Llegará en cualquier momento!

-Pete...

Joanna oía el tráfico en la distancia, pero Pete no contestaba.

-¿Pete?

-¿Qué ocurre? -preguntó Mary, que volvía de la cocina con la taza de café llena.

-Dex...

Joanna se interrumpió y escuchó.

Alguien golpeaba con fuerza la puerta principal.

18

-¿Por qué estás tan asustada? -preguntó Mary, dejando el café en la mesita-. Alguien llama, eso es todo.

Los golpes se repitieron, un poco más fuertes y con más insistencia. También sonó el timbre.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Mary-. Yo abriré la puerta.

-No... Mary... -Joanna intentó detenerla pero las palabras se le atragantaron. Con el corazón que le latía acelerado, siguió a Mar-y hasta el vestíbulo-. ¡No! ¡No abras!

Pero era demasiado tarde; Mary ya había abierto la puerta.

Entró Shep, temblando de frío, enfundado en su enorme abrigo de lana.

-Hola, soy Shep -dijo, tendiéndole la mano.

Mary se presentó y vio que Shep miraba a Joanna, que estaba detrás de ella apoyada contra la pared y suspirando, aliviada.

-Gracias, Dios mío. Suerte que eres tú.

-¿Qué es esto? -preguntó Shep, riendo-. ¿Un cumplido?

-Tenemos que marcharnos -le dijo Joanna, intentando sin lograrlo que no se le notase lo aterrorizada que estaba.

-¿Adónde vais? -preguntó Shep, desabrochándose el abrigo-. Yo acabo de llegar.

-¿Qué ocurre, Joanna? -preguntó Mary-. Pareces tan asustada... ¿Es por esa llamada?

-Sí. Yo... -Joanna miró a Shep. El chico no sabía nada de Dex, sólo sabía que ella había roto con alguien después del accidente de coche para salir con él.

¿Cómo podía empezar a contarle lo ocurrido en aquellos momentos? A ella misma le costaba creer que fuera cierto.

-Pensarás que estoy loca -dijo; el corazón aún le latía con fuerza.

-Ya lo pienso -bromeó Shep, dedicándole una afectuosa y cálida sonrisa-. Eh, huelo a café...

-Sí, acabo de preparar una cafetera -dijo Mary.

-Sería capaz de matar a alguien por una taza, no veas el frío que hace ahí fuera -dijo Shep, frotándose las manos para calentárselas.

-No tenemos tiempo para cafés -dijo Joanna impaciente-. Dex... Dex viene hacia aquí.

El atractivo rostro de Shep se llenó de confusión.

-¿Dex?

-¿Viene hacia aquí? -preguntó Mary, asombrada.

-El que ha llamado ha sido Pete. Ha visto a Dex y sabe que Dex ha vuelto... Ha vuelto para...

-¿Quién es Dex? -preguntó Shep, dejando el abrigo en el pasamanos de la escalera-. ¿Qué quieres decir con eso de que ha vuelto?

-Es una historia demasiado larga -respondió Joanna, cerrando los ojos; le habría encantado desaparecer-, y tampoco la creerías.

-Pruébalo -la instó Shep camino de la cocina. Inhaló profundamente el aroma del café recién hecho-. ¿Dónde están las tazas?

-¡Shep! ¡No me estás tomando en serio! -gritó Joanna. Mary y Shep la miraron alarmados.

-¡Viene a matarme! -chilló Joanna-. ¡Pete ha dicho que Dex viene a matarme! Joanna sabía que parecía una histérica, pero no le importaba. Tenía que hacer comprender a sus amigos que aquella situación era una emergencia, que los tres estaban en peligro.

-Pero ¿por qué, Joanna? -le preguntó Mary, acercándose a ella para pasarle un brazo por el hombro-. Tienes que tranquilizarte. ¿Qué te ha dicho Pete para que te hayas asustado tanto?

- ¡Dex ha vuelto de la tumba! -respondió Joanna, separándose de Mary con brusquedad. Sintió que la cara le ardía-. Se lo ha dicho a Pete: ha vuelto de la tumba para matarme.

Shep miró a Mary como preguntándole qué le ocurría a Joanna.

-¡No estoy loca! -chilló ésta-. Dex estuvo muerto, Pete fue a su funeral, pero ahora ha regresado. ¿No lo entendéis? ¡Ha vuelto para matarme!

- Tal vez tendríamos que llamar a un médico -sugirió Shep, dirigiéndose a Mary-. ¿Está en casa su madre? ¿No hay nadie más?

-No, en la casa no hay nadie -respondió Mary. Se volvió hacia Joanna-. Escucha, ¿por qué no vamos los tres a mi casa?

-No me creéis, ¿verdad? -gritó Joanna, apretando los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en la mano.

-Lo que creemos es que estás alterada por algo -dijo Shep despacio y con dulzura-. ¿Por qué no vamos a la sala y nos sentamos? Tal vez silo hablamos con calma...

-No hay nada de que hablar -replicó Joanna enfadada-. Dex está muerto, viene hacia aquí para matarme y puede matarnos a todos.

-Sí -respondió Mary, empujando a Shep hacia el vestíbulo-. Coge el abrigo, Joanna. Iremos a mi casa. Allí Dex nunca te encontrará.

-No lo entiendo -intervino Shep-. ¿Dex es ese chico con el que salías?

-Sí -respondió, empujando a Shep hacia el recibidor-. En el coche Joanna te lo contará todo.

-¿Explicar que un tipo ha vuelto de la tumba?

-¡Tú no me crees! ¡Bueno, me importa un pito si me crees o no! Yo me voy. -Empezó a caminar hacia la puerta principal, pero Shep la agarró por el brazo y la hizo retroceder.

-Te creo -le dijo aunque de modo poco convincente-, pero creí que debíamos sentarnos un momento, tomar una taza de café y hablar...

Shep no pudo acabar la frase porque la puerta principal se abrió de repente, golpeando con fuerza contra la pared, y los tres se sobresaltaron.

-¿No has cerrado la puerta, Shep? -preguntó Joanna gritando.

-He pensado que lo haría la doncella -dijo Shep, aterrorizado.

Oyeron que se cerraba la puerta y luego pasos en el vestíbulo.

Dex entró en la cocina, caminando deprisa, con las piernas rígidas y los ojos como platos.

-¡Dex, para! -dijo Pete, que entró corriendo detrás de él. El chico tenía las mejillas encendidas, jadeaba y su expresión denotaba terror-. ¡Para! ¿No me oyes?

Los tres contuvieron el aliento al ver a Dex que se tambaleaba bajo la intensa luz de la cocina. Resultaba difícil creer que se tratase de Dex; parecía un personaje sacado de una película de terror. Le faltaba un trozo enorme de cuero cabelludo y se le veía el cráneo grisáceo. Se le habían caído todos los dientes y de los ojos le rezumaba un líquido purpúreo. El rostro era de color verde hierba y le faltaban trozos de piel en las mejillas y la frente.

Miró a Joanna con la boca abierta en una sonrisa espantosa y se tambaleó hacia delante. Moverse le costaba un esfuerzo tremendo y uno de los brazos le colgaba fláccido, pegado al costado.

-¡Para, Dex! -gritó Pete y luego, dirigiéndose a Joanna, dijo-: He intentado detenerlo, pero no ha querido escucharme, de veras. Me parece que ni siquiera me oye.

-Dex -intentó decir gritando Joanna, pero las palabras se le atragantaron y de repente le pareció que no podía respirar ni moverse.

«Estoy paralizada de miedo -pensó-. Esto es miedo verdadero. Va a matarme, lo sé, y yo no puedo hacer otra cosa que quedarme aquí inmóvil y dejar que lo haga.»

-He vuelto, Joanna -dijo Dex de repente-. He vuelto de la tumba.

-¡No, Dex, no...! -consiguió gritar Joanna.

-No tenías que haberme dejado morir, Joanna.

Dex levantó el brazo bueno y en la mano sostenía un gran cuchillo de cocina.

19

-¡Paradlo, tenéis que pararlo! -les gritó Pete. Se abalanzó sobre él de inmediato, intentando agarrarlo por los hombros.

Con una rapidez increíble, Dex esquivó a Pete; éste se golpeó contra el mostrador de la cocina y se quedó aturdido.

Dex miró a Joanna con los ojos goteantes y se tambaleó hacia atrás.

-He vuelto -dijo en un ronco susurro-. Aquí estoy. De un golpe rápido con la mano abierta, Shep le hizo saltar el cuchillo de la mano.

-¡Eh! -gritó el chico, sorprendido.

Se lanzó sobre el arma, pero Joanna la cogió antes. Ni siquiera tuvo que pensárselo: agarró el cuchillo por el mango de madera, saltó sobre Dex y se lo clavó en el pecho. La camiseta se tiñó de sangre muy roja.

Con la mirada desencajada, primero de sorpresa y luego de terror, Dex miró el cuchillo y después sus ojos se posaron despacio en Joanna.

-No, no es esto -dijo, desplomándose en el linóleo. En el suelo se formó de inmediato un charco de sangre.

-¡No! -gritó Pete, agarrando a Joanna con fuerza para apartarla de Dex.

Joanna miró el cuerpo de Dex que yacía, inmóvil, en medio de su propia sangre y se sintió aturdida. De hecho, no sentía nada. Luego, al ver que Pete tiraba de ella, la invadió la perplejidad.

Mary retrocedió hasta el fregadero y se llevó las manos al rostro mientras Shep se apoyaba en el mostrador con cara de confusión y pánico.

-¿Qué has hecho? -le gritó Pete-. ¡Lo has matado, Joanna! ¡Lo has matado!

-¿Qué?

¿Qué decía Pete? ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo podía haber matado a alguien que ya estaba muerto?

Pete se arrodilló y se inclinó sobre el cuerpo. Le puso una mano en el cuello y luego el revés de la mano bajo la nariz.

-Muerto -le dijo tras un instante inacabable-. Está muerto.

-Espera... -empezó a decir Joanna-. ¿Qué pasa, qué quieres decir?

-Todo era una broma -dijo Pete en voz baja, mirándola, aún arrodillado en el suelo manchado de sangre.

-¿Qué? -preguntó Shep, que se había acercado a Joanna y le había puesto las manos sobre los hombros.

Joanna se apoyó en él, agradecida por su afecto e interés.

-¿Qué dices, Pete? -preguntó Mary, con lágrimas en las mejillas y el cuerpo tembloroso.

-Todo era una broma -repitió Pete. Pasó los dedos por la cara de Dex y se los mostró a Joanna. Los tenía verdes-. Maquillaje de teatro -añadió.

-¿Quieres decir que...? -Joanna tragó saliva.

-Sí, maquillaje para profesionales del teatro. El color verde, pintura negra sobre los dientes, el líquido que le salía por los ojos. Y luego, sus andares a lo monstruo de Frankenstein. Todo teatro, Joanna.

-Me contaste que habías ido a su funeral, Pete -dijo Joanna, que empezaba a comprender lo que ocurría y asimilaba el horror de lo que acababa de hacer.

-Todo era una broma -repitió Pete con tristeza-. Lo planeamos juntos para vengarnos de ti, para hacerte pagar por lo ocurrido y que aprendieras una pequeña lección. Eso es todo.

-Pero...

-Pero ahora lo has matado -le dijo Pete con expresión de dureza-. Ahora lo has matado de veras.

20

-Llama a una ambulancia -dijo Shep, que seguía sujetando a Joanna por los hombros-. Tal vez...

-Está muerto -dijo Pete al tiempo que se pasaba la mano por el cabello erizado.

-Voy a devolver -dijo Mary, blanca como la cera. Salió de la cocina corriendo, con una mano sobre la boca.

-¿Cómo has podido matarlo así? -le preguntó Pete, en un tono más acusador que inquisitivo.

-Pero, Pete... -Joanna no sabía qué decir.

-Ya viste cómo entró Dex con el cuchillo -Shep salió en su defensa-. Joanna tenía que reaccionar, tenía que protegerse.

-Exacto -dijo Joanna-, ha sido en defensa propia. «Defensa propia. Eres un genio, Shep.»

-Tenía que protegerme -insistió la chica-. Quiso atacarme y actué. -Joanna empezaba a respirar con normalidad y recuperaba la confianza en sí misma.

-Qué broma tan terrible... -dijo Shep, mirando el cadáver de Dex-. Mira, Pete, tú tienes tanta culpa como Joanna. -Yo no lo he matado con un cuchillo -replicó Pete.

-Pero si no hubieras participado en ello, si los dos no hubierais planeado que Dex...

-¿Por qué, Pete? ¿Por qué queríais gastarme una broma tan estúpida? -quiso saber Joanna.

-Ya lo sabía que era estúpida -respondió Pete tras un suspiro. Se dejó caer en uno de los taburetes de la cocina, como si su cuerpo se hubiese quedado sin una pizca de energía-. Yo ya le dije a Dex que era una tontería. Fue ese día en el hospital, Joanna; el día en que fui a decirte que había muerto. La broma solamente tenía que llegar hasta ahí, pero luego... luego...

-Luego, ¿qué? -preguntó Joanna. El miedo cedía paso a la cólera.

-Cuando ni siquiera lloraste, cuando ni siquiera pareció que te entristecías, fue cuando Dex intentó llevar la broma lo más lejos posible.

-¿Y todo eso lo hicisteis para asustarme? -preguntó Joanna.

-Te lo merecías por la manera en que trataste a Dex. Lo utilizaste. A Dex le encantaba actuar -prosiguió Pete en voz más baja-, y le encantaba maquillarse. Tendrías que haberle visto al salir del hospital; estaba tan excitado con la idea... Se pasó días buscando el olor adecuado para que pareciese que se estaba descomponiendo.

-¡Uf! Joanna hizo una mueca al recordar aquel tufo amargo.

-Ha sido una broma estúpida que ha llegado demasiado lejos -dijo Pete, sacudiendo la cabeza-. Tienes razón Joanna, la culpa es tanto mía como tuya.

-Pero ¿qué vamos a hacer? -quiso saber la chica-. No podemos quedarnos para siempre aquí, hablando de ello. -Tenemos que llamar a la policía -dijo Shep, apretándole el hombro a Joanna, pero ésta se apartó de él y empezó a caminar arriba y abajo por la cocina, nerviosa.

-No podemos -dijo tras unos instantes de reflexión-. ¿Pensáis que la policía se creerá esta historia? Lo único que creerán es que lo he matado yo.

-Pero todos somos testigos, hemos visto lo ocurrido -insistió Shep.

-No nos creerán, dirán que nos inventamos esa historia para explicar su muerte.

Mary regresó a la cocina y todavía estaba pálida y temblorosa.

-Joanna tiene razón -dijo, tras sentarse en uno de los altos taburetes y sujetarse al borde del mostrador-. La policía no se creerá esa historia. Tenemos que librarnos del cuerpo, llevarlo al bosque o algo así.

-¡Sí! -gritó Joanna. De repente, tuvo ganas de abrazar a Mary-. ¡Es una idea excelente! ¿Por qué tenemos que arruinarnos la vida por culpa de una broma estúpida?

Joanna advirtió que respiraba bien y que su pulso había vuelto a la normalidad. Empezó a sentirse más fuerte y a tener más dominio de la situación.

-Eso es, tenemos que librarnos del cuerpo -repitió. -No es una buena idea -dijo Shep-. Nos cogerán. La familia de Dex sabrá adónde había ido y lo dirá...

-No tiene familia -le interrumpió Joanna-, sólo una tía vieja que nunca sabe dónde anda. La policía nunca podrá culparnos de esto, imposible, sobre todo si llevamos el cuerpo a un lugar alejado.

-No, lo siento, pero creo que tenemos que avisar a la policía -dijo Shep-. Si todos les contamos lo ocurrido, nos creerán.

-¿Por qué eres tan cobarde? -le preguntó Joanna enojada-. ¿Sabes que también tu vida puede arruinarse por esto? ¿Estás dispuesto a renunciar a tu futuro por culpa de una broma estúpida de Dex?

Shep no respondió y se acercó a la ventana para contemplar el extenso jardín trasero.

-Sí, creo que tienes razón -dijo Pete renuente, mirando a Joanna-. Ahora ya no podemos hacer nada por Dex.

Mary volvió la cabeza, los hombros aún le temblaban.

-No llores, Mary -le dijo Joanna-. Si nos libramos del cuerpo todo irá bien. -Quiso acercarse a su amiga y consolarla, pero temía echarse a llorar ella también. Y no quería llorar, quería dominar la situación, seguir pensando con claridad y estar alerta.

Iban a salir de aquel lío, no iba a permitir que Dex arruinase su vida. Para empezar, nunca tenía que haber salido con él.

-Pete y yo nos llevaremos el cuerpo -dijo Mary, que se había vuelto de repente. Se secó las lágrimas con un pañuelo de celulosa.

-Yo no voy a colaborar -dijo Shep, que seguía mirando por la ventana-. No voy a impedir que lo hagáis, pero no ayudaré. Creo que no es lo correcto, así que no contéis conmigo.

-Muy bien -dijo Pete, levantándose bruscamente. Luego se acercó al cuerpo de Dex y añadió-: Mary y yo lo meteremos en el maletero y lo dejaremos en el bosque, cerca de su casa.

-Shep y yo limpiaremos -dijo Joanna, mirando a Shep.

-Sí, de acuerdo -asintió éste, aunque distaba mucho de parecer entusiasmado.

Se oyó que se abría y se cerraba la puerta delantera y los tres se quedaron petrificados.

-¿Quién es?

-¿Tu madre?

-No, es Helen -les respondió-. La doncella. Mamá le había dado la mañana libre pero ya ha regresado. ¡Deprisa! -Señaló el cuerpo-. Por la puerta de atrás. ¡Deprisa!

Asustado, Pete se agachó, cogió a Dex por las axilas y empezó a tirar de él. El cuerpo se deslizó sobre el linóleo.

-Creo que podré arrastrarlo solo -le dijo a Mary-. Tú abre la puerta.

Mary corrió a la puerta de la cocina e hizo lo que Pete le había indicado.

-Te llamaré después -dijo Joanna, al oír los pasos de la doncella en el vestíbulo-. Buena suerte. Estoy segura de que estamos haciendo lo correcto.

«Marchaos de una vez», pensó Joanna.

Suspiró aliviada cuando Pete y Mary desaparecieron tras la puerta y ésta se cerró a sus espaldas. Shep se acercó al mostrador con cara de preocupación.

Los pasos de Helen se acercaron para alejarse de nuevo. «Va a su cuarto a cambiarse -pensó Joanna-. Y luego vendrá a la cocina.»

Miró el charco de sangre oscura del suelo.

-Bueno, ya se han ido -dijo Shep en voz baja-. Espero que los vecinos no vean lo que llevan hacia el coche.

-Los vecinos no pueden ver nada, las otras casas están muy alejadas -dijo Joanna-. Y además, con todos esos árboles...

Abrió un cajón y sacó un cuchillo de mesa; luego avanzó deprisa hacia Shep. Éste alzó la cabeza y la miró sorprendido. Cuando vio el cuchillo en su mano y que caminaba hacia él con un propósito definido, la sorpresa dio paso al terror.

-¡Para, Joanna! -gritó-. ¿Qué vas a hacer con eso?

21

Joanna cogió a Shep por la mano izquierda, le volvió la palma hacia arriba y le hizo un corte largo y fino con el cuchillo.

Una sangre roja y brillante corrió a lo largo del corte y no tardó en gotear al suelo.

-¿Joanna?

Shep apartó la mano, se miró la herida y luego miró a Joanna, horrorizado.

-¡Helen! -gritó la chica, tirando el cuchillo sobre el mármol-. ¡Helen!

-¿Sí? -respondió la criada desde el vestíbulo.

-¿Puedes venir un momento, por favor? Mi amigo se ha cortado y hay mucha sangre en el suelo. Tendrías que limpiarlo.

Helen llegó a toda prisa, abrochándose las mangas de su uniforme blanco. Era una mujer baja y rechoncha con la cara redonda. Al ver el gran charco de sangre frunció el ceño, sorprendida. Miró a Shep, que se apresuraba a envolverse la mano en unas servilletas de papel.

-Tendrías que ir al médico, has perdido mucha sangre -dijo Helen, corriendo al armario de la limpieza.

-No será nada -dijo Joanna.

Shep la miró enojado, pasó junto a ella y salió al vestíbulo, con las servilletas apretadas alrededor de la mano cortada. Joanna lo siguió hasta la puerta.

-Lo siento, Shep -le dijo en un susurro para que la doncella no la oyera-. Tenía que hacer algo... No quería hacerte daño, pero lo primero era lo primero y...

-Qué fría eres, Joanna -dijo el chico con la mano en la manecilla de la puerta-. Eres inhumana. No sabía lo fría que eras.

Antes de que Joanna pudiera replicar, Shep ya había salido por la puerta. Joanna lo vio subir al coche, recorrer la calzada marcha atrás y luego marcharse a toda prisa. Entonces cerró la puerta delantera con llave y subió corriendo las escaleras para ir a su cuarto.

Una vez allí, se sentó en el borde de la cama todavía sin hacer.

-No va a pasarme nada -dijo en voz alta.

«No va a pasarme nada, todo esto saldrá bien y no me ocurrirá nada malo.»

Repitió la frase «no va a pasarme nada» una y otra vez, hasta que las palabras quedaron vacías de sentido, y entonces advirtió que estaba temblando.

El lunes se encontró con Shep en el instituto. Llevaba la mano vendada y pasó junto a ella fingiendo que no la veía. Joanna suspiró y se compadeció de sí misma.

«Le tengo afecto a Shep. Tenemos que volver a salir juntos, somos el uno para el otro.»

Pensó en perseguirlo, en correr tras él y echarle los brazos al cuello.

«Le pediré que me perdone. Se lo suplicaré, me disculparé mil veces, le diré que tenga compasión de mí.»

En cambio, se quedó en medio del vestíbulo mirándole la espalda hasta que dobló una esquina y desapareció.

Intentó concentrarse en los inminentes exámenes parciales pero le resultó casi imposible. Su mente no cesaba de volver a todo lo que había ocurrido. No podía estudiar, no podía pensar en nada más.

El lunes por la noche llamó a Mary para enterarse de lo ocurrido con el cuerpo de Dex, pero Mary no podía hablar porque sus padres estaban en la sala.

El martes hizo dos exámenes y tuvo que esforzarse mucho para concentrarse. Se quedó con la sensación de haber fracasado en ambos.

El miércoles y el jueves pasaron volando entre exámenes y el jueves por la noche descolgó el teléfono para llamar a Shep, pero volvió a colgar. ¿Y si se negaba a hablar con ella? ¿Y si no quería ponerse al teléfono?

El viernes, al terminar las clases, pensó en saltarse la lección de tenis, pero en el último minuto decidió no hacerlo. Un poco de ejercicio le sentaría bien. Tal vez consiguiera sacarse a Dex de la cabeza, olvidarse del suelo manchado de sangre, de su cuerpo inmóvil en el suelo. Tal vez olvidara que había perdido a Shep.

«Voy a sudar un buen rato para que mi sangre vuelva a fluir con normalidad. Sangre.» Tenía que dejar de pensar en la sangre.

«No me pasará nada -se repitió al cruzar las puertas de cristal del club de tenis-. No me pasará nada, no fue culpa mía, y nadie lo sabrá nunca.»

Gary era su nuevo entrenador. Parecía más un levantador de pesas que un jugador de tenis, con aquellos bíceps prominentes bajo la camiseta, su amplio tórax y su cabello largo y rizado.

-Primero haremos un poco de calentamiento -dijo, arrastrando un cesto lleno de pelotas amarillas hacia la pista.

El club estaba atestado de gente, sobre todo de niños que aprendían a jugar a la salida de la escuela. Las voces resonaban en los techos altos. Hasta aquel día Joanna no había advertido lo ruidosas que eran aquellas instalaciones. Gary le mandó unas pelotas fáciles y Joanna se quedó en su sitio, devolviéndolas con golpes directos, cambiando de vez en cuando al revés.

Después de haber devuelto cinco o seis pelotas, algo la hizo volverse hacia la zona de espectadores de detrás de la alambrada.

«Ahí estuvo Dex -recordó-. Exactamente ahí, con esa cara verde tan extraña...»

Recordó haberlo visto después en el aparcamiento, con los ojos rojos y encendidos. Fue tan espantoso... Y todo falso... Una farsa.

Le costaba creer que Dex hubiera urdido aquel plan tan elaborado, con todo ese maquillaje, todo el tiempo y trabajo que había dedicado al disfraz...

¿Y adónde lo había llevado todo aquello? A una tumba poco profunda en el bosque. O tal vez ni siquiera tenía una tumba, quizá lo habían dejado entre los arbustos y las malas hierbas.

Tendría que haber llamado a Mary de nuevo, o a Pete, tendría que haberse enterado de lo ocurrido con el cuerpo. Aunque, en cierto modo, resultaba mejor no saberlo. El cuerpo no estaba, Dex no estaba; entonces, ¿por qué lo buscaba?

-Joanna! ¡Joanna!

Advirtió que Gary llevaba un rato llamándola y se volvió.

-¿Buscas a alguien? -le preguntó.

-No -respondió, aún distraída.

-¿Jugamos un partido? -preguntó, haciendo girar la raqueta en la mano.

-No -se negó Joanna-. Tengo que irme.

No podía concentrarse, no quería estar allí.

«No puedo jugar en esta pista. Aún tengo la sensación de que Dex está ahí, mirándome con esos horribles ojos rojos.» -¿Joanna? -la llamó Gary.

Pero ella se volvió y corrió hacia el vestuario sin mirar atrás.

«Tengo que marcharme de aquí, irme, irme ahora mismo. Tengo que dejar de pensar en Dex. Pero ¿qué me pasa? Dex ni siquiera me importaba. ¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza? -Ella misma se respondió a esa pregunta-. Porque lo has matado.»

Se apresuró a ponerse la ropa de calle y se pasó una hora en el coche, conduciendo sin rumbo fijo, antes de ir a casa.

«Quizá será mejor que llame a Mary y me entere de cómo ha terminado la historia. De ese modo, a lo mejor consigo quitarme lo ocurrido de la cabeza. ¿Cómo ha terminado la historia? ¿Tiene un final?»

Había leído el periódico a diario en cuanto bajaba a desayunar, para sorpresa de su madre, pero no decía nada del cadáver de Dex descubierto en el bosque. Cada día había visto las noticias de las seis en la cadena local de televisión y tampoco daban la noticia.

Así que, tal vez, la historia había terminado.

Tenía que hablar con Mary, saber cómo estaba; mejor que ella, sin pensar en Dex y en el homicidio cada minuto del día.

«Tal vez Mary pueda ayudarme a olvidarlo», pensó.

Pero cuando Joanna llegó a casa, su madre estaba allí. Tenía que hablar con ella, fingir que mantenía una conversación. Joanna le habló de los parciales y de cómo le iban, y de las clases de tenis. Llegó incluso a bromear acerca del aspecto de levantador de pesas del entrenador.

Su madre rió.

«Sabes mentir tan bien -se dijo Joanna-. Si también pudieras mentirte a ti misma...»

Quería subir a su cuarto y llamar a Mary, pero la señora Collier la detuvo cuando iba a salir de la habitación.

-Helen está a punto de servir la cena -le dijo-. Ha hecho uno de tus platos favoritos, pierna de cordero. Después tengo que salir pero, por una vez, creo que podríamos cenar juntas.

Así que Joanna tuvo que inventar más historias que contarle a su madre: del instituto, de Shep, de lo fantástico que era...

-Apenas has comido cordero -dijo la señora Collier al cabo de un rato.

-No... No tengo mucha hambre -dijo Joanna, lo cual era absolutamente cierto.

-¿Te encuentras bien, Joanna? Pareces cansada. -Su madre siempre le decía que parecía cansada.

Joanna alzó la vista del plato casi intacto y la posó en su madre. Por una fracción de segundo sintió la tentación de contarle lo que la preocupaba.

«Maté a Dex, le clavé un cuchillo. Él me estaba gastando una broma; quería hacerme creer que había vuelto de la tumba para matarme, pero lo maté yo a él. Luego Mary y Pete escondieron el cuerpo. Y es por eso que tengo problemas para comerme el cordero. ¿Tú crees que puede complicarse la cosa?»

Joanna no podía creer que, aunque fuese sólo un instante, hubiera pensado en contarle a su madre lo sucedido. «Me estoy volviendo loca de veras», pensó.

Helen sirvió de postre tarta de manzana con canela, y Joanna consiguió comer un poco. Luego se excusó y dio un beso a su madre en la frente, lo cual sorprendió a la señora Collier, que no estaba acostumbrada a muchas muestras de afecto por parte de su hija.

-¿Joanna? -empezó a decir, pero Joanna ya corría escaleras arriba para llamar a Mary. Se sentó ante su escritorio jadeando y, cuando iba a coger el teléfono, éste sonó. Sobresaltada, lo cogió antes de que acabara la primera señal de llamada.

-¿Sí?

-Hola, Joanna. -Era una voz de chico entre las interferencias de la línea.

-¿Shep? ¿Eres tú?

-No, Joanna, soy yo, Dex -dijo, después de una risa apagada-. He vuelto, Joanna. Esta vez he vuelto de veras.

22

-Hasta luego -dijo la voz de Dex entre las interferencias.

-¿Dex?

-Hasta luego. -Se cortó la comunicación, Joanna emitió un pequeño grito y se sentó, mirando el teléfono.

Vio de nuevo la cara verde de Dex, la piel que se le levantaba y también lo vio en el suelo de la cocina, en medio del charco de sangre.

Sangre de verdad, muerte auténtica, todo real. Y había regresado otra vez.

«Tiene que ser una broma -pensó con un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo-. Hay alguien que finge ser él.» Pero su voz se parecía tanto... Había incluso reconocido su risa apagada.

Sin embargo Dex estaba muerto, lo había matado ella, le había clavado el cuchillo y había visto la sangre.

«Ayuda, que alguien me ayude. No puedo pensar como es debido y tengo que averiguar qué ha ocurrido.»

Marcó el número de Mary, el teléfono sonó cuatro veces y luego lo cogió la madre de su amiga.

-Ahora Mary no puede ponerse, está muy ocupada.

-Oh, por favor, tengo que hablar con ella. -Joanna no reconocía su propia voz. Estaba tan teñida de miedo y de desesperación...

-Ya le diré que te llame en cuanto pueda.

Eso no bastaba, se dijo Joanna. Tenía que enterarse enseguida de lo que había pasado, y debía marcharse de aquella casa cuanto antes.

«Hasta luego», había dicho Dex, pero Dex estaba muerto. «Hasta luego.» ¿Significaba eso que iba hacia su casa? Dex, muerto, hacia su casa, ¿para hacerle qué...?

Joanna dejó caer el teléfono inalámbrico, se puso en pie de un salto, y bajó las escaleras de dos en dos.

-¿Mamá? ¿Mamá?

-Acaba de salir -gritó Helen desde la cocina-. Tenía una reunión en el club o algo así.

«Tengo que irme de aquí -pensó Joanna; el corazón le latía con fuerza-. Iré a casa de Mary.»

Cogió el abrigo del armario y buscó las llaves del coche en la mesita del recibidor.

-Me voy a casa de una amiga -le gritó a Helen.

Helen le respondió algo, pero Joanna no la oyó porque ya se había marchado.

«Mary sabrá qué hacer», se dijo mientras conducía deprisa entre las casas que ocupaban ambos lados de la calle. La noche era clara y fría y todo se recortaba como visto a través del objetivo de una cámara muy cara.

«Mary sabrá qué hacer.»

Pero aquello era estúpido, ¿no? ¿Cómo sabría Mary qué hacer con alguien que había vuelto de la tumba?

Dex estaba muerto, pero no se resignaba a estarlo... Unos minutos más tarde, metió el coche en la calzada de acceso a la casa de su amiga y apagó los faros. La parte delantera de la casa estaba a oscuras, con la luz del porche también apagada.

Joanna se apeó del coche y esperó a que los ojos se le acostumbraran a aquella negrura. Al cabo de unos instantes, vio ante ella la silueta oscura de la casa perfilada sobre un cielo un poco más claro. Poco a poco fue distinguiendo los arbustos y un árbol torcido del jardín.

Joanna se volvió y miró hacia la calle; las farolas tampoco estaban encendidas.

De repente sintió un escalofrío. Se tapó con la chaqueta, que no llevaba abrochada, y empezó a caminar deprisa hacia la casa. Notaba el suelo duro y helado bajo las zapatillas de lona. Su aliento formaba nubes de vapor ante su rostro.

Cuando llegó al porche delantero, vio que en la parte trasera de la casa había algo de luz.

«Ya casi he llegado.» Estuvo a punto de tropezar con una piedra lisa colocada al borde del sendero de losas que llevaba a la casa. ¿Por qué estaba todo tan oscuro? Recuperó el equilibrio y corrió hacia el porche delantero.

«Mary sabrá qué hacer, lo único que me falta es poder hablar con ella.»

Alzaba ya la mano para llamar cuando se detuvo. Lo primero que notó de él fue el olor. Aquel olor acre de la carne podrida, distinto del falso olor a basura, mucho peor. El crudo hedor de la putrefacción.

Entonces notó unos golpecitos en el hombro.

-Oh. -Se volvió, incapaz de respirar-. ¡Dex!

Pese a la oscuridad, vio que le faltaba un ojo, que tenía una cuenca vacía.

-Joanna -dijo él en un ronco susurro-. ¿Por qué me has matado?

23

Estaba muy oscuro y el hedor era agobiante.

Joanna advirtió que llevaba rato conteniendo el aliento. De repente, lo soltó con una sonora exhalación.

-¿Por qué me has matado, Joanna? Mira, todavía sangro. -Se levantó la camisa y Joanna vio que la herida era ancha y profunda.

-Dex... yo no quería... -La chica miró a su alrededor para ver si podía huir por algún sitio, pero él la tenía acorralada contra la puerta principal.

Joanna desvió la mirada, no soportaba la visión de aquella cuenca vacía, la piel que se le desprendía a pedazos y la oscura herida en el pecho.

Incluso en la oscuridad de la noche, el aspecto de Dex era terrorífico.

-¿Por qué me has matado? -repitió Dex, con una voz tan débil que apenas se le oía. Era como si las palabras saliesen flotando de sus encías desdentadas.

-¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! -gritó Joanna a pleno pulmón, al tiempo que empezaba a correr. Las zapatillas de lona resbalaban sobre el suelo duro y mojado.

-¡No corras! ¡Volver ha sido tan difícil! -le gritó Dex, justo a sus espaldas.

-¡No! ¡Vete, vete!

-Ya me fui, Joanna, pero he vuelto.

Dex la cogió por el hombro, deslizó la mano hacia abajo hasta pasarle el brazo por la cintura y ambos tropezaron y cayeron al suelo duro y frío. Él aterrizó encima de ella y la inmovilizó contra el barro.

-¡No! -gritó Joanna.

Estaba a punto de gritar de nuevo pero se detuvo.

-¡Eh! Pero si eres sólido -dijo, al tiempo que intentaba sacárselo de encima-. Te estoy tocando. -Lo agarró por el brazo-. Eres sólido.

Él jadeaba debido a la carrera. Joanna alzó la mano, le tocó la cara y le arrancó un trozo de maquillaje de látex.

-¡Eres un imbécil! ¡No estás muerto! ¡Esto todavía forma parte de esa asquerosa broma!

-Tienes razón -dijo él esbozando la horrible sonrisa sin dientes y hablando en su tono de voz normal-. Estoy vivo -añadió-, pero la broma ha terminado.

-¡Levántate! ¡El suelo está muy frío! ¡Me estás estropeando la chaqueta!

-La broma ha terminado, Joanna -repitió él.

-¿No me oyes? ¡Levántate! ¿Qué haces? Uf, apestas. -Se debatió para ponerse en pie pero Dex era muy fuerte. -La broma ha terminado -insistió.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una navaja automática y la abrió.

-¡Dex, deja eso! -gritó Joanna.

De repente se encendió la luz del porche, y bajo la bombilla amarillenta su aspecto era aún más espantoso. Además, estaba muy enfadado.

-La navaja es real -dijo Dex, mirándola con el arma ante su rostro-. Es tan real como yo.

-Dex...

-Esta vez no es falsa, no es un cuchillo retráctil de atrezo.

-¡Dex, por favor! -gritó Joanna-. ¿Qué pretendes?

-Pretendo demostrarte que la navaja es de verdad -dijo, acercándosela despacio.

24

Dex clavó la navaja en el barro, junto a la cabeza de Joanna; lo único que quería era asustarla.

Con energía renovada, Joanna se lo quitó de encima y se puso de pie. Él recuperó enseguida el equilibrio y se plantó a su lado.

-¿Por qué, Dex? ¿Por qué has hecho todo esto?

El chico se volvió de espaldas y miró hacia el porche de la casa. Aunque la luz se había encendido, la puerta seguía cerrada. Se volvió de nuevo hacia ella y le lanzó una mirada cargada de odio.

-¿Por qué? Porque yo no te intereso. -Enojado, se quitó la cuenca vacía falsa.

- Pero, Dex...

-Yo te amaba, Joanna. -Su voz se quebró en la palabra «amaba»-. Eres lo mejor que nunca me ha ocurrido. Yo te tenía mucho afecto y entonces... -Miró el cuchillo-. Entonces, cuando me caí al precipicio a ti no te importó si vivía o me moría...

-¿Eso fue lo que Pete te contó? -preguntó Joanna al instante-. Bueno, pues eso es mentira, Dex, no es cierto... Yo...

-¡Es verdad! -le dijo, mirándola con unos ojos que echaban chispas-. ¡No me mientas más, Joanna! Esa noche, te importaba un pito si me moría o no... Y luego, cuando Pete fue a verte al hospital...

-¡En el hospital estaba totalmente drogada! Yo también estaba herida, ¿sabes? Cuando Pete vino a verme...

-Te dijo que había muerto y te quedaste igual.

-Estaba drogada. No era yo misma, Dex. Me harté de llorar.

-No es cierto, Joanna -replicó él tras una amarga risa-. Y el domingo pasado, cuando me clavaste ese cuchillo y morí por segunda vez, yo seguía sin importarte un pimiento.

-¡Estaba muy alterada!

-Y lo único que querías era librarte de mi cadáver. Eso era todo lo que te importaba. Yo sólo era un charco de sangre que había que limpiar para que tu vida y la de tu novio, ése tan rico, no se vieran destrozadas.

-Pete está detrás de todo esto, ¿verdad? -preguntó Joanna mirando hacia el coche. Estaba cerca, pero no lo suficiente.

Si pudiera meterse en el coche y cerrar las puertas... -Todo esto es idea de Pete, ¿verdad, Dex?

El chico sacudió la cabeza, abrió y cerró varias veces la navaja, nervioso, al tiempo que la miraba con dureza y respiraba con dificultad.

-Pete me ha ayudado, eso es todo -dijo en voz baja-. Pete me ha ayudado, pero ahora ya no necesito su ayuda. -¿Qué quieres decir? ¿Qué vas a hacer?

Miró hacia la casa. ¿Por qué no se abría la puerta? ¿Por qué no salía nadie en su ayuda? ¿Nadie oía el altercado?

-No voy a morir por tercera vez -dijo Dex avanzando, con una voz inexpresiva, tranquila y apacible.

«Lo dice tan tranquilo porque está loco -pensó Mary-. Absolutamente loco, loco de remate.»

-No voy a morir otra vez -dijo-. ¡Ahora te toca a ti! Joanna retrocedió hacia la calzada, y él alzó el cuchillo y se abalanzó sobre ella.

-¡No!

Dex tropezó con la piedra lisa del final del camino, la misma en la que había tropezado Joanna hacía unos instantes.

La navaja le saltó de la mano y cayó a los pies de Joanna, que se apresuró a agacharse y cogerla.

-Te equivocas, Dex -le dijo-. Es tu turno de nuevo.

25

-¡Para, Joanna!

Mary salió corriendo de la casa; llevaba sólo unos vaqueros cortados por encima de las rodillas y una camiseta.

Joanna se volvió hacia ella, sorprendida, olvidando la navaja que tenía en la mano.

-Mary, ¿qué estás...?

Esperaba que Mary se detuviera, pero Mary le dio un empujón y le quitó la navaja de la mano.

-¡Apártate de él! -gritó Mary, enfadada.

Sorprendida por la reacción de su amiga, Joanna retrocedió.

-¿Ibas a matarlo de veras? -le preguntó Mary, gritando-. ¿No le has hecho ya bastante daño?

Se acercó a Dex y le pasó la mano por la cintura. Él agachó la cabeza y Mary le dio un beso en la mejilla.

- ¡Mary! -De repente Joanna se sintió débil; la amarillenta luz del porche osciló y le pareció que las sombras la envolvían subiendo desde la oscuridad del suelo.

«Esto no es real», pensó.

-¿Y tú también estabas metida en esto, Mary? -preguntó, debatiéndose por encontrar las palabras adecuadas.

-Todo fue idea mía -dijo Mary, que seguía abrazada a Dex y sonreía de oreja a oreja-. Sí, desde el principio.

- Pero, Mary, yo creía que eras mi mejor amiga... -Joanna los miró mientras esperaba que las sombras dejaran de moverse y que la oscuridad, aquella densa y terrorífica oscuridad, se levantara-. ¿Por qué?

-Tú lo tenías todo -respondió Mary con amargura-, y yo, ¿qué tenía? Nada. Tú tenías una casa grande, el coche de lujo, tenías a Dex... Y eso era lo que yo más deseaba del mundo. -Mary lo miró y se abrazó a él con fuerza.

-Pero, Mary...

- Me partía el corazón, Joanna. Me partía el corazón que tú tuvieras a Dex y ni siquiera te importase. Lo utilizaste, igual que utilizas a todo el mundo; para ti sólo era un juego, tú misma me lo dijiste. Era como un animalito doméstico, una mascota, una cosa que te pertenecía, como te pertenecen otros cientos de cosas.

-No eres justa -dijo Joanna mirando con intensidad la navaja que Mary aún asía con fuerza.

-Sí, sí que lo soy -replicó Mary acalorada-. Una y otra vez me dijiste que Dex no significaba nada para ti. Te has portado con él de un modo terrible. Le dabas esquinazo y luego venías a contármelo orgullosa; salías con Shep a sus espaldas...

Mary estaba cada vez más excitada.

Joanna miró la navaja y se preguntó si Mary, con lo alterada que estaba, llegaría a utilizarla.

-Era tan irónico -prosiguió Mary, con la voz aguda y tensa y los ojos encendidos de rabia-. Tú venías a contarme lo poco que Dex significaba para ti cuando lo único que yo quería era tener a Dex.

Sin poder controlarse, Joanna estalló en una carcajada. -Mira, Mary, escucha, puedes quedártelo enterito, de veras. -A continuación empezó a caminar hacia el coche.

-¡No te rías de mí, Joanna! -gritó Mary.

En un ataque de furia, Mary saltó sobre Joanna enarbolando la navaja.

-¡No, para! -Joanna se volvió justo a tiempo, tropezó y cayó de espaldas al suelo.

Mary levantó la navaja, pero Dex la cogió del brazo.

-¡Déjame matarla! ¡Déjame matarla! -gritó Mary. Pero Dex, con suavidad, le quitó la navaja de la mano y la tiró al suelo.

-Vamos -le dijo en voz baja, abrazándola-. Tranquila, tranquila. -Mary seguía jadeante, pero las palabras de Dex la calmaron un tanto-. Vamos dentro, olvidémonos de Joanna, olvidemos toda esta historia demencial.

Mary lanzó una mirada cargada de odio a Joanna y después volvió la cabeza. Ambos caminaron tomados del brazo hasta la casa y no volvieron la vista atrás.

Joanna se incorporó y contempló cómo se marchaban hacia la casa hasta que la puerta se cerró tras ellos y la luz del porche se apagó.

Entonces cogió la navaja, y la hoja se deslizó con toda facilidad al interior del mango.

Era una navaja falsa de atrezo.

En cuanto llegó a casa, Joanna se fue directa a su habitación y se sentó ante el escritorio. Tenía la navaja en la mano y jugueteaba con ella.

«Es tan falsa como yo -pensó-. Mary tiene razón en todo lo que ha dicho. No me queda nadie, no tengo ningún amigo, tal vez nunca los he tenido. Porque nunca he sabido amarlos.»

Antes de poder controlarse, unas lágrimas calientes recorrieron sus mejillas y empezó a sollozar. Era tan extraño...

«Hacía años que no lloraba. No había llorado desde... -lo pensó unos instantes-. ¿Desde cuándo? No he llorado desde que papá nos dejó.»

Y por una vez, no huyó de sus verdaderos sentimientos y lloró amargamente, hasta que ya no le quedó nada por lo que llorar.

Se secó los ojos y guardó la navaja en un cajón del escritorio. Luego, tras respirar hondo, cogió el teléfono y marcó el número de Shep.

-¿Shep?

-Hola, Joanna.

-Shep, tengo que hablar contigo -le dijo-. He... He vuelto de la tumba.

Shep no la entendió, pero Joanna esperaba que le diera la oportunidad de explicárselo.